

INT-1153

c. 1 (E)

NACIONES UNIDAS

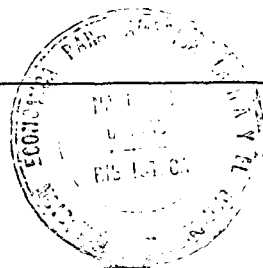


SOLO PARA PARTICIPANTES
DOCUMENTO DE REFERENCIA
DDR/1
4 de septiembre de 1992

COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL)
FONDO DE POBLACION DE LAS NACIONES UNIDAS (FNUAP)
CENTRO LATINOAMERICANO DE DEMOGRAFIA (CELADE)

Reunión de Expertos Gubernamentales sobre Población y Desarrollo en América Latina y el Caribe, preparatoria de la Conferencia Internacional sobre la Población y el Desarrollo de 1994

Santa Lucía, 6 al 9 de octubre de 1992



AMERICA LATINA Y EL CARIBE:
DINAMICA DE LA POBLACION Y DESARROLLO *

* Documento elaborado bajo la coordinación de Juan Chackiel y Miguel Villa. Este documento no ha sido sometido a revisión editorial y las opiniones expresadas son de la exclusiva responsabilidad de los autores y pueden no coincidir con las de la Organización.

92-9-1326

2 OCT 1992

2

3

4

5

Presentación

El presente trabajo ha sido elaborado como uno de los documentos de referencia para la Reunión de Expertos Gubernamentales sobre Población y Desarrollo en América Latina y el Caribe (Santa Lucía, 6-9 de octubre de 1992). Esta reunión antecede a la Conferencia Regional (México, mayo de 1993) Preparatoria de la Conferencia Internacional sobre Población y Desarrollo que se llevará a cabo en El Cairo en septiembre de 1994.

Puesto que la reunión de Santa Lucía proporcionará un ámbito de reflexión e intercambio entre los expertos gubernamentales con vistas a la preparación de los debates a realizarse en Ciudad de México, ha parecido oportuno contribuir con un conjunto de documentos que sirvan de referencia en el transcurso de las sesiones. Los documentos de referencia preparados cubren los distintos temas identificados en la Agenda y el presente, en particular, está dedicado a entregar una visión global de la dinámica demográfica de la región y sus relaciones con el proceso de desarrollo económico y social.

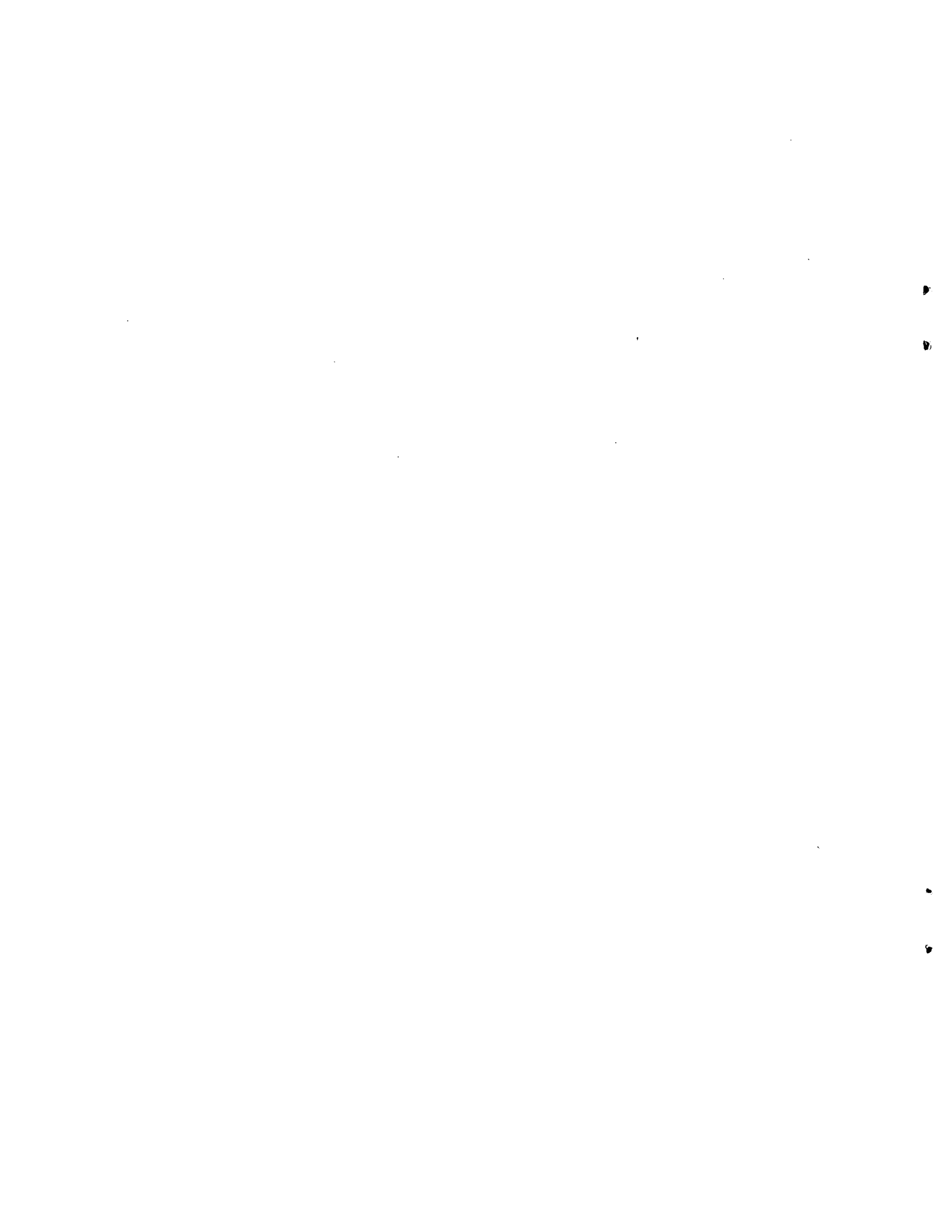
El Capítulo I reseña la situación y tendencias de la población, los componentes de su crecimiento y la estructura por edades en los países de la región, incluyendo un análisis que da cuenta de la heterogeneidad del proceso de transición demográfica.

Los temas relativos a la movilidad y distribución espacial se abordan en el Capítulo II. Se destaca en este capítulo el estudio de las migraciones internacional e interna así como el proceso de urbanización.

Dada la importancia otorgada a la superación de la pobreza en el marco de la Transformación Productiva con Equidad, el Capítulo III está destinado a un análisis de las expresiones demográficas de las desigualdades sociales dentro de los países. Se analizan, también, algunas repercusiones de esos comportamientos demográficos diferenciales sobre la reproducción sociodemográfica de la pobreza.

El Capítulo IV, finalmente, relaciona la situación y tendencias consideradas anteriormente con los requerimientos de empleo, servicios sociales, etc., buscando identificar las principales implicaciones de relevancia para la formulación de políticas de desarrollo económico y social.

En la elaboración de este documento, preparado en CELADE, contribuyeron, entre otros, la señora Susana Schkolnik y los señores Jorge Bravo, José Miguel Guzmán, Jorge Martínez y Jorge Rodríguez, coordinados por Juan Chackiel y Miguel Villa.



I. SITUACION Y TENDENCIAS DEMOGRAFICAS

A. SITUACION DEMOGRAFICA Y CAMBIOS MAS IMPORTANTES DESDE 1950

La población de América Latina y el Caribe pasó de 165 millones de habitantes en 1950 a cerca de 460 millones en 1992, y representa en la actualidad, aproximadamente un 8.5 por ciento del total mundial. Este aumento absoluto de casi 300 millones de personas es el resultado de las altas tasas de crecimiento demográfico, que hasta mediados de la década de 1960, eran, en muchos países, cercanas o superiores al 3 por ciento (véanse los anexos A-1 y A-2). Dichas tasas fueron consecuencia de una baja continua de la mortalidad —observada desde la posguerra, o incluso desde antes— y de la persistencia de tasas de fecundidad elevadas. Estas tendencias se hicieron presentes —al menos hasta mediados de la década de 1970— simultáneamente con un crecimiento económico sostenido en la mayoría de los países de la región. Este crecimiento fue lo suficientemente intenso como para producir, durante esa época, un aumento en el producto interno bruto per cápita, que abrió grandes expectativas en los sectores marginados de la población en el sentido de acceder a los frutos del desarrollo.

Es en este contexto, y apoyado en buena medida por programas más o menos explícitos de planificación familiar, que se inicia en muchos países una fuerte disminución del número de hijos por mujer. De esta manera, el proceso de aumento de la tasa de crecimiento de la población se revierte, hecho que comienza a notarse en la región como un todo a finales del decenio de 1970, disipando —al menos en parte— los temores de un crecimiento incontrolado de la población. En general, el proceso de baja de la fecundidad fue extendiéndose a la mayoría de los países y, dentro de éstos, desde los sectores de más alta instrucción de zonas urbanas a aquellos menos instruidos de zonas rurales.

La crisis económica que comienza a afectar a la región desde finales de la década de 1970, lleva entre 1980 y 1989 a un descenso claro y sostenido del producto interno bruto per cápita. Esta situación, que por supuesto no es homogénea entre los países, generó un deterioro en los niveles de vida de la población y un aumento de los niveles de pobreza e indigencia (CEPAL, 1990). Cabe destacar que, en los momentos en que la crisis cobra más fuerza, la mayoría de los países ya se encontraba en un proceso de transición demográfica, que aparentemente no sufre alteraciones por ese hecho, aunque sin duda ha tenido efectos demográficos importantes en otros aspectos, tales como la composición de la familia, la nupcialidad y los movimientos migratorios, sobre todo en los sectores más afectados por ella. Estos hechos deberán investigarse más a fondo, fundamentalmente a la luz de los resultados de los censos de 1990, de los que recién se comienza a conocer resultados. América Latina y el Caribe, como un todo, han tenido en el decenio 1980-1990 una tasa de crecimiento demográfico medio anual de 2.1 por ciento, y se espera que entre 1990 y el 2000 crezca a razón de 1.7 por ciento, lo que significa la incorporación de 81 millones de personas. Estas tasas de crecimiento son similares a las esperadas para el promedio mundial y para Asia, siendo superadas solamente por el continente africano (2.9 por ciento). La persistencia del crecimiento, a pesar de los cambios en la fecundidad, se explica principalmente por el

potencial de crecimiento poblacional subyacente en las estructuras por edad jóvenes, y se mantendrá por un tiempo más. Ahí está el reto que significa recuperar el nivel de bienestar perdido en la mayor parte de los países en toda el decenio de 1980.

Por otra parte, uno de los rasgos característicos de la distribución de la población latinoamericana es su grado relativamente alto de urbanización, hecho que la distingue, desde hace mucho tiempo, de otras regiones de menor desarrollo. En 1950, casi el 60 por ciento de los latinoamericanos habitaba en áreas definidas como rurales, pero hacia 1990 sólo lo hace menos de un 30 por ciento, y se prevé que para el año 2000 las tres cuartas partes vivirán en zonas urbanas. Este proceso, que es parte del modelo de desarrollo concentrador que estuvo vigente en los países latinoamericanos, se considera como uno de los factores que facilitó el proceso de transición demográfica, en cuanto permitió una más rápida difusión del sistema educativo, de nuevas pautas culturales y de las tecnologías modernas.

1. Tipología de países según etapas de la transición demográfica

La "transición demográfica" alude al proceso observado en distintas sociedades, y consiste en la evolución desde niveles altos de fecundidad y mortalidad a una situación de bajos niveles en tales variables, lo que se expresa en distintas fases. Si bien existe una "teoría de la transición demográfica", que ha conducido a fuertes polémicas en el ámbito académico, con fines prácticos en este documento se recurre al proceso empírico de cambio demográfico que se ha observado, en general, en la mayoría de las sociedades. Se podría considerar que este proceso de transición demográfica es parte integrante de los cambios sociales ocurridos en la región, aunque la relación entre esta transición y dichos cambios es compleja y no ha sido suficientemente clarificada. En los países de la región el proceso es bastante heterogéneo, tanto entre países como al interior de éstos por áreas geográficas y sectores sociales, en el sentido que coexisten poblaciones en diversas etapas. Existen contrastes muy grandes entre países cuyas mujeres tienen, en promedio, alrededor de 6 hijos durante su vida reproductiva, y otros en que tienen aproximadamente 2 hijos; asimismo, hay países cuya esperanza de vida al nacer no alcanza a 60 años, y, en cambio, hay otros que tienen una expectativa de vida cercana a los 75 años.

A continuación se presenta una agrupación de los países de la región, clasificados según la etapa que atraviesan en el proceso de transición demográfica. Como toda tipología, cada grupo contiene excepciones y un cierto grado de heterogeneidad, considerando sobre todo que los países que se encuentran actualmente en una misma etapa, pudieron tener diferentes intensidades de cambio en las tendencias de sus variables demográficas. En la tipología usada se han considerado las tasas brutas de natalidad y mortalidad. Si bien estas medidas no expresan fielmente los niveles de fecundidad y mortalidad, determinan el crecimiento de la población, y, además, expresan la influencia de la estructura por edades de ésta (véase el recuadro I.1). La clasificación se realizó de acuerdo a las estimaciones de estas tasas en el período 1985-1990. Se consideró como alta a una tasa superior a 32 por mil; como moderada si estaba entre 24 y 32 por mil y como baja si era inferior a 24 por mil. A su vez, las tasas de mortalidad superiores a 11 por mil se consideraron altas, las que estaban entre 7 y 11 por mil, moderadas y las inferiores a 7 por mil como bajas.¹ El otro componente del cambio demográfico es la migración internacional, que, por su menor influencia en la evolución del crecimiento y estructura de la

¹ En la descripción que sigue debe tenerse en cuenta que los calificativos se refieren a los valores observados en la región. Los países desarrollados, en la mayoría de los casos, muestran una fecundidad y mortalidad más bajas.

Recuadro 1.1

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: SITUACION DE LOS PAISES DE ACUERDO
A LA ETAPA QUE SE ENCUENTRAN EN LA TRANSICION
DEMOGRAFICA.
1985 - 1990

Tasa de Natalidad

A L T A	NICARAGUA 3.5 GUATEMALA 3.2 HONDURAS 3.2 II EL SALVADOR 2.6 PARAGUAY 2.8	BOLIVIA 2.6 HAITI 2.3 I	
	R. DOMINICANA 2.5 MEXICO 2.4 COSTA RICA 2.5 VENEZUELA 2.3 SURINAME 2.2 PANAMA 2.2 COLOMBIA 2.0 TRIN. Y TAB. 1.9	ECUADOR 2.5 PERU 2.2 III BRASIL 1.9 GUYANA 1.9	
	JAMAICA 1.7 CHILE 1.7 BAHAMAS 1.5 MARTINICA 1.2 CUBA 1.1	IV GUADALUPE 1.3 ARGENTINA 1.3 PUERTO RICO 1.1 URUGUAY 0.8 BARBADOS 0.7	

Tasa de mortalidad

BAJA

MODERADA

ALTA

Tasas por mil:

Tasa de natalidad: ALTA: 32 - 45 MODERADA: 24 - 32 BAJA: 10 - 24
Tasa de mortalidad: ALTA: 11 - 16 MODERADA: 7 - 11 BAJA: 4 - 7

Nota: La cifra al lado de los países corresponde a la tasa de crecimiento natural expresada en porcentajes.

Fuente: CELADE y United Nations (1992).

Recuadro 1.1

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: SITUACION DE LOS PAISES DE ACUERDO
A LA ETAPA QUE SE ENCUENTRAN EN LA TRANSICION
DEMOGRAFICA.
1985 - 1990

Tasa de Natalidad

A L T A		NICARAGUA 3.5 GUATEMALA 3.2 HONDURAS 3.2	
		EL SALVADOR 2.6 PARAGUAY 2.8	BOLIVIA 2.6 HAITI 2.3
	M O D E R A D A	R. DOMINICANA 2.5 MEXICO 2.4 COSTA RICA 2.5 VENEZUELA 2.3 SURINAME 2.2 PANAMA 2.2 COLOMBIA 2.0 TRIN. Y TAB. 1.9	ECUADOR 2.5 PERU 2.2
B A J A	JAMAICA 1.7 CHILE 1.7 BAHAMAS 1.5	GUADALUPE 1.3 ARGENTINA 1.3	
	MARTINICA 1.2 CUBA 1.1	PUERTO RICO 1.1 URUGUAY 0.8 BARBADOS 0.7	

Tasa de mortalidad

BAJA

MODERADA

ALTA

Tasas por mil:

Tasa de natalidad: ALTA: 32 - 45 MODERADA: 24 - 32 BAJA: 10 - 24
Tasa de mortalidad: ALTA: 11 - 16 MODERADA: 7 - 11 BAJA: 4 - 7

Nota: La cifra al lado de los países corresponde a la tasa de crecimiento natural expresada en porcentajes.

Fuente: CELADE y United Nations (1992).

población, así como por lo poco previsible de su tendencia, no es tomado en cuenta en la formulación de la tipología. Este componente se examina en la sección A del capítulo II.

De esta manera, se confeccionaron los siguientes grupos:

Grupo I. Transición incipiente. Países con alta natalidad y alta mortalidad (crecimiento medio natural moderado, del orden de 2.5 por ciento): Bolivia y Haití.

En estos países existe una fecundidad elevada, que no ha sufrido cambios, o que han sido muy leves en el período estudiado, y una mortalidad que muestra un descenso no muy pronunciado. Esto conduce a una tasa de crecimiento moderada que, en promedio, se acerca al 2.5 por ciento (recuadro I.1). Las altas tasas existentes en estos países se deben a que una mayoría importante de la población vive en condiciones de pobreza y en áreas rurales, lo que limita el acceso a la información y a los servicios relacionados con salud y planificación familiar. Por su alta fecundidad, estas poblaciones se componen en gran parte de niños y jóvenes, lo que obliga a centrar las prioridades en la atención materno infantil, en los programas de cuidados primarios en salud y en las políticas tendientes a disminuir la transmisión intergeneracional de la pobreza.

Grupo II. Transición moderada. Países con alta natalidad y mortalidad moderada (crecimiento medio natural alto, cercano al 3 por ciento): El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua y Paraguay.

Debido a que la fecundidad de estos países se mantiene alta, y se observan descensos moderados de la mortalidad, se produce una alta tasa de crecimiento medio anual de la población próxima al 3 por ciento, que en algunos países es incluso superior. Dentro de estos países, Paraguay sería una excepción, tanto por estar fuera de la subregión centroamericana como por tener una mortalidad relativamente más baja que el resto de los países que integran este grupo. En estos países, al igual que en los del grupo I, existen vastos sectores de población rural que, por sus condiciones de inserción social, aún no tienen posibilidades de acceder a los beneficios del progreso económico y, por lo tanto, presentan altas tasas de fecundidad y mortalidad, aunque en esta última variable se han hecho importantes progresos. La baja de la mortalidad, que ocurre fundamentalmente en edades tempranas, ha conducido a un rejuvenecimiento en la estructura por edades de la población y por lo tanto a un acentuamiento de los problemas de una población con una alta relación de dependencia. Se espera, para el futuro cercano, un descenso en la tasa de crecimiento como efecto de probables descensos mayores en la fecundidad. Aun así, las tasas de crecimiento permanecerán altas, como resultado de la estructura joven de su población y porque la mortalidad todavía debe disminuir notablemente.

Grupo III. En plena transición. Países con natalidad moderada y mortalidad moderada y baja (crecimiento medio natural moderado, cercano al 2 por ciento): Brasil, Colombia, Costa Rica, Guyana, Ecuador, México, Panamá, Perú, República Dominicana, Suriname, Trinidad y Tabago, y Venezuela.

Este grupo abarca a la mayoría de la población de América Latina, debido a que está integrado por la mitad de los países y, entre ellos, los que tienen más habitantes (véase el recuadro I.2). La muy baja tasa bruta de mortalidad (en general, inferior a 7 por mil) que caracteriza a este grupo, tiene su explicación: por un lado, en los progresos hechos por muchos de estos países en materia de salud, pero, fundamentalmente, en la estructura por edades producida por los descensos de la fecundidad. Estos descensos han producido una alta concentración porcentual de población en edades jóvenes, de baja mortalidad, y en las edades en que las mujeres son más fértiles. Por ello, se produciría un número relativamente menor de muertes y también un número relativamente mayor de nacimientos, factores que conducen a tasas de crecimiento moderadas. En promedio, este grupo ha crecido en los últimos años a una tasa del 2.1 por ciento que, como era de esperar, es similar a la de la región en su conjunto, y se espera que, para el próximo decenio, su tasa de crecimiento descienda a 1.7 por ciento, como efecto de la continuación de los descensos de la fecundidad. Este crecimiento no será menor debido a la inercia de su estructura por edades, que aún es muy joven.

En estos países han estado ocurriendo cambios importantes en los comportamientos demográficos, que conducen a nuevos desafíos. Los cambios en la mortalidad y en la estructura por edades de la población traen consigo variaciones sustanciales en el perfil epidemiológico de la población, en las demandas de educación, empleo y seguridad social. Si bien existe un proceso positivo tendiente a disminuir la relación de dependencia, a través de un menor porcentaje de niños, surgen nuevas preocupaciones, tales como la mayor presencia de enfermedades crónicas propias de la edad adulta —que exigen mayores costos de prevención y atención— y una mayor presión sobre el mercado de trabajo, producto de las altas tasas de crecimiento de la población en décadas anteriores. A esto debe agregarse que aún persisten importantes desigualdades sociales, palpables en sectores que no tienen acceso a los beneficios del desarrollo, y hacia los cuales deberán focalizarse las políticas sociales y de población, incluyendo el acceso a la información y a los servicios de planificación familiar. Salvo excepciones, en la mayoría de estos países se ha producido un fuerte proceso de urbanización que, junto a otros factores, explican los pronunciados cambios en los patrones demográficos de su población.

Recuadro I.2

MAGNITUD Y CRECIMIENTO DE LA POBLACION SEGUN GRUPOS DE PAISES EN
DISTINTA ETAPA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA. PERIODO 1990-2000

La mayor parte de la población de América Latina y el Caribe (75 por ciento) se encuentra en pleno proceso de transición demográfica, es decir, con cambios importantes en la mortalidad y la fecundidad, lo que conducirá en los próximos años a tasas de crecimiento moderadas (1.7 por ciento). Sin embargo, aún quedan en la región países que mantienen altas tasas de crecimiento, debido a su alta fecundidad. Por este hecho, los países de los grupos I y II (en transición incipiente y moderada), que representan el 10 por ciento de la población regional, aportarán el 16 por ciento del aumento que ocurrirá en la década de 1990. Por otra parte, los países con una transición más avanzada (grupo IV), representan el restante 15 por ciento de la población total de América Latina y el Caribe, y crecerán a tasas del orden del 1 por ciento anual.

	Grupos				
	Total	I	II	III	IV
Población (millones)					
1990	441	14	29	332	66
2000	523	17	39	393	74
Porcentaje de población	100	3	7	75	15
Crecimiento medio anual (por ciento)	1.7	2.2	3.0	1.7	1.1
Incremento (millones)	82	3	10	61	8
Porcentaje de incremento	100	4	12	74	10

Grupo IV. Transición avanzada. Países con natalidad baja y mortalidad moderada y baja (crecimiento medio natural bajo, del orden de 1 por ciento): Argentina, Bahamas, Barbados, Chile, Cuba, Guadalupe, Jamaica, Martinica, Puerto Rico y Uruguay.

En este grupo se distinguen claramente dos subgrupos de países. Por un lado, están los países que han tenido baja fecundidad y mortalidad desde hace mucho tiempo, como es el caso de Argentina, Uruguay y, en menor medida, Cuba, países que tienen un crecimiento y estructura por edades cercanas a la de los países más desarrollados. Argentina y Uruguay tienen tasas brutas de mortalidad mayores, en parte, por el hecho de tener una estructura etaria envejecida, producto de su baja fecundidad histórica. Por otro lado, están aquellos países que han logrado, en años recientes, descensos importantes de su fecundidad y mortalidad pero que, por su población relativamente joven —que los conduce a un elevado potencial de crecimiento— aún tienen tasas de crecimiento más altas. En este subgrupo se encuentran, por ejemplo, Bahamas, Chile y Jamaica (con tasas de crecimiento natural entre 1.5 y 1.7 por ciento). Con la excepción de los países del Caribe, la baja tasa global de fecundidad y la alta esperanza de vida al nacer de estos países, se dan en un marco de fuerte urbanización, que supera el 80 por ciento de la población (en los casos de Uruguay y Argentina está cerca del 90 por ciento). El hecho de que estos países muestren una población más envejecida, y presenten demandas propias de esta etapa de la transición, no significa que no haya preocupación por los problemas de atención materno infantil. Se supone que la baja fecundidad de estos países se produce conjuntamente con una alta prevalencia de abortos y con la persistencia de altas tasas de embarazo en la adolescencia, hechos que, sin duda, requieren de la formulación de programas específicos para disminuir su incidencia.

B. FECUNDIDAD

A partir de mediados de los años sesenta, recién comienza a observarse en algunos países de América Latina una acentuación en el proceso de transición de la fecundidad, que, poco a poco, se va extendiendo a toda la región. Desde 1950, y antes de iniciarse este proceso, la fecundidad promedio se mantenía cercana a los 6 hijos por mujer, y el rango de variación de la tasa global de fecundidad entre países implicaba una diferencia de 4.5 hijos. En el período 1985-90, el promedio descendió a 3.4 hijos por mujer y, aun cuando los niveles han bajado en todos los países, las diferencias entre los valores extremos de la tasa se mantienen en 4 hijos por mujer.

Dado que el descenso de la fecundidad es relativamente reciente y la estructura por edades de la población de muchos países es todavía relativamente joven, el número de nacimientos anuales en América Latina ha aumentado de 7 a 12 millones entre 1950-55 y 1985-90, lo cual ha significado, en números absolutos, un incremento considerable en la mayoría de los países. Sin embargo, en algunos países de transición avanzada, el descenso de la fecundidad ya se tradujo en una cierta estabilización del número de nacimientos.

Se observan diferencias importantes en los niveles y tendencias de la fecundidad según los países (véase el anexo A-3). En aquellos caracterizados como de transición incipiente o moderada (grupos I y II), la tasa global de fecundidad se mantiene todavía elevada (aproximadamente, entre 4.5 y 6 hijos por mujer). La tendencia observada desde mediados de este siglo hasta 1985-90 muestra un descenso de 1 a 2 hijos. Aunque en cada uno de estos países hay grupos de baja fecundidad, principalmente entre las mujeres urbanas y con mayor nivel de educación —con promedios de 2 y 3 hijos por mujer—, la mayor

parte de la población tiene fecundidad alta, hecho que está asociado a factores socioeconómicos y culturales y a un menor uso de métodos anticonceptivos modernos.

El fenómeno más importante, desde el punto de vista del descenso de la fecundidad desde 1950, lo han protagonizado los países del grupo III, caracterizados como de plena transición. En ellos, la tasa global de fecundidad, que era de 6-7 hijos por mujer a mediados de siglo, disminuyó a 3-4 hijos, lo que equivale a decir que hubo un descenso de aproximadamente un 50 por ciento. Colombia y República Dominicana son los países que muestran el mayor descenso, de 3.9 y 3.6 hijos por mujer, respectivamente, en el período considerado. En los países que muestran un mayor cambio en la fecundidad, el conocimiento de métodos anticonceptivos modernos por parte de las mujeres en edad fértil, es prácticamente del 100 por ciento y el uso de ellos es superior al 45 por ciento, con excepción de Perú y Ecuador, países que tienen la fecundidad más alta del grupo.

Finalmente, entre los países del grupo IV, que muestran una transición avanzada, con tasas de hasta 3 hijos por mujer, se observan dos grupos. Por un lado, Uruguay y Argentina, con niveles bajos de fecundidad desde mediados de siglo, que no han cambiado significativamente en el período; en los restantes países el descenso ha sido entre 2 y 3 hijos. Entre ellos deben distinguirse claramente los casos de Cuba, Barbados y Martinica, que presentan tasas globales de fecundidad por debajo del nivel de reemplazo.

Los cambios en el nivel promedio de la fecundidad se relacionan con modificaciones en la estructura por edades de ésta. Se ha observado que el descenso de la fecundidad está asociado al hecho de que ella tiende a concentrarse en las mujeres más jóvenes, con un aporte mayor al número total de hijos por parte de las mujeres con edades entre 20 y 34 años, y tiene importantes consecuencias para la salud materno infantil, dado que son las edades menos problemáticas desde el punto de vista de los posibles riesgos para la madre y el niño (anexo A-4 y cuadro I.1). Cabe destacar que en el grupo de mujeres mayores de 34 años es donde se han detectado los mayores descensos de la fecundidad.

Dentro de este contexto, hay una creciente preocupación —tanto en los países como en los organismos internacionales— por el alto número de embarazos y de nacimientos en madres menores de 20 años, en un contexto de cambio de actitudes y conductas respecto al sexo que favorece una mayor exposición a las enfermedades de transmisión sexual y un aumento de la edad a la primera unión.

Esta preocupación por el impacto de la fecundidad adolescente se basa en el hecho de que, si bien hay una tendencia general al descenso de las tasas en el grupo de 15-19 años desde mediados de siglo (anexo A-4), el número absoluto de nacimientos correspondientes ha aumentado en todos los países, debido al aumento en el número de adolescentes, producto de las más altas tasas de fecundidad en el pasado. Nicaragua experimentó el mayor aumento relativo en el número de nacimientos de mujeres entre 15 y 19 años (superior al 200 por ciento) entre 1950-55 y 1985-90, en tanto que Uruguay sólo tuvo un incremento del 17 por ciento. La mayoría de los países registró un crecimiento que va del 60 por ciento (Colombia, Chile) al 130 por ciento (Costa Rica, Paraguay) (cuadro I.1).

Cuadro I.1

AMERICA LATINA: NACIMIENTOS TOTALES ANUALES Y PORCENTAJE DE NACIMIENTOS POR GRUPOS DE EDAD DE LAS MUJERES EN QUINQUENIOS SELECCIONADOS, SEGUN PAISES AGRUPADOS DE ACUERDO A LA ETAPA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA

Países	Total nacimientos anuales (en miles)			Porcentaje de nacimientos según grupos de edades de las mujeres a/					
				Edades centrales 20-34 años		Edades de alto riesgo			
	1950-55	1985-90	1995-00	1950-55	1985-90	15-19 años	35 años y más		
	1950-55	1985-90	1995-00	1950-55	1985-90	1950-55	1985-90	1950-55	1985-90
Grupo I									
Bolivia	138	248	274	69.0	71.5	10.6	12.4	20.4	16.1
Haití	148	224	258	64.1	71.2	8.3	8.0	27.6	20.7
Grupo II									
El Salvador	100	172	192	72.3	66.2	14.9	23.5	12.8	10.2
Guatemala	164	350	415	68.1	69.9	17.4	17.1	14.5	13.0
Honduras	78	189	217	68.1	70.1	15.3	16.5	16.6	13.4
Nicaragua	65	150	176	69.6	67.2	16.0	22.0	14.4	10.8
Paraguay	69	139	161	70.9	71.9	10.5	11.7	18.7	16.4
Grupo III									
Brasil	2590	3801	3474	71.7	78.8	9.3	9.0	19.1	12.2
Colombia	607	802	802	69.1	74.0	13.1	15.5	17.9	10.5
Costa Rica	45	82	87	72.8	73.1	12.5	16.8	14.7	10.2
Ecuador	166	321	335	67.3	73.9	14.3	13.9	18.4	12.2
México	1333	2400	2466	71.0	72.0	12.6	18.3	16.3	9.7
Panamá	36	62	63	69.6	72.1	17.1	18.5	13.3	9.4
Perú	384	636	670	67.3	72.8	13.8	12.4	19.0	14.8
Rep. Dominicana	129	213	208	68.7	76.4	16.5	13.8	14.8	9.8
Venezuela	263	519	539	70.4	73.9	15.5	14.4	14.1	11.7
Grupo IV									
Argentina	458	669	698	75.2	73.7	10.7	13.7	14.2	12.7
Cuba	182	182	181	76.4	69.8	10.2	26.1	13.4	4.1
Chile	239	301	309	70.7	76.5	10.4	13.6	19.0	9.8
Uruguay	49	54	54	75.1	74.4	12.2	13.8	12.7	11.9

Fuente: CELADE y United Nations (1991).

a/: El porcentaje de nacimientos se refiere al cociente entre los nacimientos de las edades en estudio y el total de nacimientos en cada país.

En América Latina, el rango de variación de la tasa de fecundidad del grupo 15-19 años en 1985-90 oscila entre 48 por mil en Brasil y 160 por mil en Nicaragua. En general, las tasas de los países de los grupos I y II son más elevadas que las de los grupos III y IV, con la excepción de Haití, que registra una tasa baja, la segunda después de Brasil. Entre los que exhiben las tasas más altas —superiores a 100 por mil—, se encuentran Guatemala, Honduras y El Salvador, países de transición moderada. Además de los casos de Brasil y Haití, ya aludidos, las tasas más bajas, menores o cercanas a 70 por mil, se encuentran en Argentina, Chile, Uruguay (grupo IV) y Perú (grupo III).

En cuanto a la evolución de las tasas en ese grupo de edad entre 1950-55 y 1985-90, la información disponible indica que la mayoría ha descendido en forma continua entre los dos quinquenios, en proporciones que varían del 1 por ciento en Nicaragua al 52 por ciento en República Dominicana. Cabe señalar, sin embargo, como excepciones, la evolución que corresponde a tres países del grupo IV, Argentina, Cuba y Uruguay, donde se ha producido un aumento en las tasas de fecundidad en estas edades.

Sin embargo, estos datos deben considerarse con reservas, ya que la información sobre hijos tenidos por mujeres en edades jóvenes generalmente adolece de algunas deficiencias. Debido a esto, se considera que ellos no reflejan la situación en el momento actual con el grado de precisión deseado, ni permiten identificar sin equívocos la dirección de las tendencias más recientes, respecto de las cuales no se dispone, en general, de cifras fidedignas a nivel nacional (Wulf, 1986).

Entre los pocos países de América Latina en los que se conocen estudios sobre la fecundidad adolescente se encuentra el caso de Brasil, donde se ha observado que la tasa de fecundidad de mujeres de 15 a 19 años parece haber aumentado levemente entre 1970 y el período 1981-86 (Henriquez *et al.*, 1989). Para otros países, como Panamá y República Dominicana (Wulf, 1986), datos provenientes de encuestas realizadas en hospitales, que indican un aumento en la proporción de nacimientos de madres adolescentes, podrían estar señalando un fenómeno similar al de Brasil si esta tendencia se confirmara. Datos comparativos de Perú indican, por su parte, que si bien la tasa específica de fecundidad de las mujeres de 15-19 años permaneció casi igual en los últimos quince años, la tasa de fecundidad de las adolescentes urbanas declinó, en tanto que aumentó, de 115 a 137 por mil, entre las jóvenes rurales (Ferrando, Singh y Wulf, 1989).

Tanto por sus consecuencias sociales como por su impacto negativo sobre la salud de madres e hijos, el embarazo adolescente es un problema que requiere mayor investigación y la búsqueda de soluciones efectivas, relacionadas con la educación de los jóvenes y con el acceso al conocimiento y uso de métodos de planificación familiar. Por sus características, este hecho puede conducir a un aumento de embarazos no deseados y a una mayor incidencia de abortos.

El descenso de la fecundidad no ha tenido la misma intensidad en todos los grupos sociales. Un aspecto que constituye una fuente de preocupación para los gobiernos de la región es la persistencia de diferencias de fecundidad entre grupos, que reflejan grandes disparidades de nivel de vida. Se pueden identificar bolsones de alta fecundidad, que en algunos países representan una proporción muy importante de la población, y que están ligados principalmente a la residencia en áreas rurales, bajos niveles educativos y a los estratos ocupacionales de menores ingresos, con diferencias que pueden llegar hasta 3 ó 4 hijos. Esta problemática debe ser analizada teniendo en cuenta que una proporción importante de la fecundidad de las mujeres de los países de la región no fue deseada, tal como lo muestran las Encuestas Demográficas y de Salud realizadas durante la década de 1980. Como ejemplo, destacan los casos de

Bolivia y Perú, donde uno de cada tres hijos aparece, al momento de la encuesta, como no deseados. Aun más, son los grupos sociales más bajos y residentes en zonas rurales los que, en general, muestran mayores proporciones de fecundidad no deseada.

Las diferencias de fecundidad entre los grupos dentro de un país —en términos absolutos— son menores cuanto más avanzado se encuentre éste en el proceso de transición de su fecundidad. En efecto, en Chile y Cuba, países en los que el descenso ha sido más pronunciado, y que tienen en la actualidad una fecundidad total calificada como baja (grupo IV), se observa claramente que ha habido una tendencia a la convergencia de la fecundidad urbana y rural, en niveles de aproximadamente 2 y 3 hijos.

En los países cuya fecundidad es aún intermedia (grupo III) como, por ejemplo, Panamá y República Dominicana, se observa que hubo cambios tanto en lo urbano como en lo rural, aunque éstos son, en general, de menor magnitud que los anotados para Chile y Cuba, y recién se comienza a perfilar la tendencia a la convergencia mencionada más arriba. En estos países, si bien el proceso de transición se encuentra más avanzado en las zonas urbanas, podrían esperarse en los próximos años, cambios más importantes en las rurales, por lo menos en aquellos países donde la fecundidad urbana ya ha alcanzado niveles bajos.

En el otro extremo, en los países que mantienen una fecundidad elevada (grupos I y II), como Guatemala y Honduras, se observa que ha habido sólo un descenso de la tasa en las ciudades capitales —entre aproximadamente 10 y 15 por ciento—, mientras que en las zonas rurales aún no se advierten cambios en su nivel. Mayores detalles sobre las diferencias de fecundidad al interior de los países se presentan en el capítulo III.

Como factores que han condicionado el descenso de la fecundidad en América Latina se encuentran la concentración de la población en centros urbanos, la expansión de la educación, la ampliación de la cobertura de salud y, en general, el acceso a mejores condiciones de vida y de salubridad de grandes sectores de la población. Estos factores, sin embargo, no han afectado a la fecundidad en forma directa, sino que lo han hecho a través de otras variables, que a su vez inciden sobre ella, tales como los patrones de nupcialidad y la edad a la que se producen las primeras uniones, las pautas que rigen las relaciones sexuales dentro de las uniones, los factores que afectan la exposición a la concepción, incluyendo principalmente el uso de anticonceptivos, y los factores que afectan al embarazo y al parto. Estos elementos están presentes en cada sociedad, pero éstas tienen diferencias en la importancia relativa que asignan a cada una de ellas, o en la particular combinación en que se presentan, ya que tienen que ver con creencias y valores generalmente muy arraigados en las tradiciones culturales.

Existe consenso en señalar que, entre los determinantes próximos de la fecundidad, el más asociado con su descenso en América Latina es el uso de anticonceptivos. Debido a la urbanización, a la expansión de la educación, a los cambios en la situación de la mujer y a los esfuerzos de los programas de planificación familiar, entre otros factores, la información sobre planificación familiar se ha difundido por los países de la región.

En los países para los que se dispone de esta información, se ha observado que en aquellos caracterizados como en plena transición (grupo III) la proporción de mujeres que usa anticonceptivos es elevada y se concentra en los métodos más modernos, mientras que en los países de alta fecundidad (grupos I y II) la proporción de usuarias es más baja. Según los últimos datos disponibles, el porcentaje de uso de anticonceptivos modernos es de aproximadamente 55 por ciento en Brasil y Colombia;

alrededor del 45 por ciento en El Salvador, México, República Dominicana y Trinidad y Tabago; 35 por ciento en Ecuador y Paraguay, y alrededor del 20 por ciento en Bolivia y Guatemala (Demographic and Health Surveys, 1991). Entre los países en que no se han llevado a cabo estos estudios están Argentina, Chile, Cuba y Uruguay, que tienen una fecundidad actualmente baja. Aunque no se dispone de información sobre prevalencia de anticonceptivos en estos países se supone que, por sus reducidos niveles de fecundidad, su uso debe ser elevado.

También el aborto es un mecanismo de reducción de la fecundidad extensamente utilizado en América Latina. Debido a que en la región, con excepción de Cuba, el aborto es ilegal, es prácticamente imposible obtener información confiable sobre la verdadera magnitud de este fenómeno. Sin embargo, se cree que el número de abortos ilegales que se practican anualmente en la región es muy elevado.

De hecho, aunque desconocido en su verdadera magnitud, el aborto es utilizado para espaciar nacimientos o eliminar embarazos indeseados. Cuando no se practica en buenas condiciones sanitarias, o si es muy frecuente, puede tener consecuencias negativas sobre la salud de las mujeres. Se cree que las tasas de hospitalización y mortalidad por complicaciones relacionadas con el aborto son elevadas, pero la documentación es muy incompleta y difícil de obtener. En el caso de Brasil, por ejemplo, se ha informado, sobre la base de extrapolaciones derivadas de algunas experiencias hospitalarias, que, a comienzos de la década de 1980, el total de abortos llegaba aproximadamente a 3 millones por año. La información también indica que la mayor incidencia del aborto se daría principalmente entre las mujeres urbanas, de nivel socioeconómico bajo y que no utilizan métodos anticonceptivos (Merrick, 1983).

Las proyecciones de población efectuadas en décadas pasadas muestran claramente la limitación existente para prever la intensidad de los cambios en la fecundidad. Si bien se consideró su descenso, no se previó que América Latina redujera, en los últimos 20 años, su fecundidad en casi un 40 por ciento.

En cuanto a los próximos años, los descensos de la fecundidad previstos en las proyecciones se basan fundamentalmente en los niveles y tendencias mostrados por los países. No puede descartarse, sin embargo, que el impacto de las estrategias de desarrollo y la continua expansión de las comunicaciones en muchos de los países de la región, conduzcan a la adopción, por parte de sectores cada vez más amplios de la población, de los ideales de familia pequeña, como resultado de una incorporación más generalizada de ciertos patrones de consumo y de vida, incluyendo un mayor acceso a los medios de control de la natalidad. De la velocidad de este proceso dependen los descensos futuros de la fecundidad.

Si bien, de acuerdo con las proyecciones disponibles, se espera un promedio de 2.8 hijos por mujer para el último quinquenio del siglo, se prevé que la región en su conjunto alcanzaría, alrededor del año 2020, el nivel de reemplazo, es decir, el nivel de fecundidad requerido para que una población mantenga el número de sus integrantes. En el análisis por países, los que pertenecen a los grupos I y II aún tienen una tasa global de fecundidad cercana a los 5 hijos, y llegarían a una tasa neta de reproducción igual a 1 diez años más tarde que el promedio de la región. Hacia 1990, Bahamas, Barbados, Cuba, Martinica y Puerto Rico tenían ya su fecundidad en el nivel de reemplazo, mientras que los restantes países de los grupos III y IV tendrían en el año 2010 una tasa global inferior a 2.5 hijos, y varios de ellos llegarían al nivel de reemplazo alrededor de ese mismo año. Los cambios futuros que se han mencionado, tendrán efectos importantes sobre el crecimiento y la estructura por edades de la población, tal como se analiza en la sección D de este capítulo.

Recuadro I.3

Estudios realizados hacia fines del decenio de 1980 permiten observar el nivel de conocimiento y uso de métodos anticonceptivos en algunos países de la región. Como puede verse, existe una importante brecha entre el conocimiento que se tiene y el uso que se hace de los mismos. También puede observarse la magnitud del número de hijos no deseados, que es uno de los indicadores de la demanda no satisfecha de métodos anticonceptivos.

PORCENTAJE DE MUJERES ACTUALMENTE CASADAS DE 15-49 AÑOS POR
CONOCIMIENTO Y USO DE METODOS ANTICONCEPTIVOS
Y NUMERO DE HIJOS NO DESEADOS

Países	Año de la DHS	Porcentaje que conoce algún método moderno	Porcentaje que usa actualmente algún mét.	Porcentaje que usa actualmente algún mét. moderno	Número de hijos no deseados
<u>Grupo I</u>					
Bolivia	1989	68	30	12	1.8
<u>Grupo II</u>					
El Salvador	1985	93	47	45	1.1
Guatemala	a/1987	72	23	19	0.7
Paraguay	1990	96	48	35	-
<u>Grupo III</u>					
Brasil	a/ 1986	100	66	57	0.7
Colombia	1986	100	66	55	0.5
Ecuador	1987	90	44	36	0.7
México	1987	93	53	45	-
Perú	1986	86	46	23	1.5
Rep. Dom.	1986	99	50	47	1.0
Trin. y Tab.	1987	99	53	44	-

Fuente: Demographic and Health Surveys (1991).

a/: Para mujeres entre 15-44 años.

C. MORTALIDAD

Uno de los logros notables en la posguerra en América Latina ha sido la intensificación de la reducción del nivel de mortalidad general, que ha llevado a un aumento significativo de la esperanza de vida al nacimiento en la mayoría de los países (véase el anexo A-5). Este índice, que para el conjunto de la población de la región se situaba cercano a los 52 años en 1950-55, experimentó un aumento, en promedio, de dos años por quinquenio, que lo llevó a 66.7 años para el período 1985-90. Se estima que un niño nacido el año 2000 alcanzaría los 70 años de vida, que es la meta para fin de siglo de la Organización Mundial de la Salud, denominada "Salud Para Todos el año 2000" (SPT-2000).

Esta ganancia de cerca de 15 años en la esperanza de vida al nacer, se ha dado principalmente como consecuencia de una reducción de la mortalidad a edades tempranas y, en particular, de la mortalidad infantil, ya que en las personas de mayor edad el descenso ha sido mucho menor.

Asimismo, se observa que la reducción de la mortalidad femenina durante el período en estudio ha sido mayor que la masculina; de ahí que el aumento de la esperanza de vida al nacer en mujeres haya sido mayor que en hombres (16 y 14 años, respectivamente). Este hecho ha llevado a una mayor diferenciación por sexo en el promedio de vida, que ha pasado, para el conjunto de la región, de algo más de 3 años a cerca de 6 años. Si se observa un grupo de países, cuyas estadísticas vitales permiten confiar en la calidad de sus estimaciones desagregadas por sexo (Argentina, Costa Rica, Cuba, Chile, Guatemala, Uruguay y Venezuela) (CELADE, 1990), puede verse que, para el período 1985-90, las diferencias varían entre 6-7 años, en Chile, Argentina, México y Venezuela, en tanto que en Cuba, Costa Rica y Guatemala, éstas varían entre 3.5 y 4.7 años (en los extremos se sitúan Chile, con 7 años de diferencia entre hombres y mujeres y Cuba, con 3.5 años). Estas diferencias muestran que los determinantes biológicos de la diferenciación en la sobrevivencia por sexo están influenciados por el efecto del contexto específico del país, que incluye variables como la magnitud de los riesgos de salud que caracterizan a las actividades económicas desarrolladas por la población activa, mayormente masculina, el nivel de participación de la mujer en la actividad económica, los patrones alimenticios, etc.

Las estimaciones para los diferentes países muestran una tendencia hacia ganancias en la esperanza de vida al nacer cada vez menores. En particular, la década de 1980 estaría marcando, en casi todos los países, una reducción neta menor en la mortalidad que la observada en décadas anteriores. Este hecho podría ser el reflejo de las dificultades de distinta índole asociadas con la crisis económica y social de esta década, y, al mismo tiempo, estaría reflejando lo difícil que resulta lograr mayores reducciones a medida que se van controlando las enfermedades de fácil prevención y tratamiento.

El proceso de cambio, sucintamente descrito arriba, no tuvo el mismo comportamiento ni partió de similares niveles en los distintos países de la región. Como extremos de la realidad actual de América Latina en cuanto al nivel de mortalidad, se tiene, por una parte, a Haití y Bolivia, que conforman el grupo I, con esperanzas de vida al nacer inferiores a 60 años (54.7 años en el caso de Haití) y por otra parte a Cuba y Costa Rica, con un promedio de vida ligeramente superior a los 75 años.

Si se analiza la tendencia por grupos de países, pueden anotarse algunos hechos importantes: en primer lugar, llaman la atención las ganancias importantes logradas en los promedios de vida en países que partieron de niveles muy precarios. Tal es el caso de Perú, Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Honduras. Partiendo a comienzos de los años 50 de una esperanza de vida promedio de 42-45 años,

llegan a valores de este índice de 61-64 años en la actualidad, lo que significa 20 años de ganancia total. Bolivia es otro de los países, cuya esperanza de vida se habría incrementado en forma importante; sin embargo, dado el bajo nivel del que partió, aún mantiene para el período 1985-90 un promedio de vida inferior a los 60 años. Ninguno de los países arriba citados, que pertenecen en general a los grupos de países con transición incipiente y moderada, llegaría a cumplir para fines de siglo la meta de SPT-2000 de 70 años. Sin embargo, la mayoría estaría muy cerca de esta cifra.

Hay otro grupo de países que parten de valores más elevados en sus esperanzas de vida en el período 1950-55 (entre 46 y 55 años) y que llegan a promedios de 64-70 años en el período 1985-90. Entre éstos están países del grupo III, tales como Brasil, Ecuador, República Dominicana, Colombia, México y Venezuela; los tres primeros no llegarían a alcanzar, en el año 2000, una esperanza de vida al nacer superior a los 70 años, aunque sí estarían cerca de este valor. Otros dos países que también partieron de promedios de vida inferiores a los 55 años son Chile y Panamá, pero sus tendencias al descenso fueron mucho más pronunciadas, lo que los llevó a superar los 70 años en el período 1985-90. Como caso contrario se destaca Paraguay, país que habría empezado la década de 1950 con una esperanza de vida al nacer superior a los 60 años, pero que no logra mayores avances, llegando apenas a 67 años de esperanza de vida en el período 1985-90.

Argentina y Uruguay, países cuya transición demográfica ya estaba avanzada en la década de 1950, logran progresos significativos, especialmente en el decenio siguiente, pero no llegan a tener los mismos avances que Cuba y Costa Rica, países que, incluso partiendo de esperanzas de vida más bajas, logran sobrepasar los 75 años para el período más reciente. Lo que hace a estos últimos países puntos de referencia importantes en el contexto latinoamericano no es tanto la magnitud de las ganancias absolutas obtenidas en el período analizado, sino que estas ganancias se han logrado cuando la mortalidad de estos países era ya medianamente baja, etapa en la cual las ganancias son más difíciles.

En lo que respecta al Caribe no latino, la situación es parecida a la de los países de América Latina de baja mortalidad, ya que presentan, para el período 1985-90, esperanzas de vida superiores a los 70 años. La excepción la constituyen Guyana y Suriname, que tienen esperanzas de vida inferiores a 70 años; el primero de estos dos países no lograría alcanzar la meta de los 70 años para el año 2000.

Aunque en general se observa una correspondencia entre los niveles y tendencias de mortalidad y la etapa de la transición demográfica en que se clasificaron los países en el primer capítulo, ésta no siempre es completa. Existen países, como Paraguay o Costa Rica, cuyas esperanzas de vida son altas en comparación con la etapa de la transición en que se los ubica; o casos como el de Perú, cuya esperanza de vida es muy baja en comparación con la que presentan otros países ubicados dentro del grupo III. Estas aparentes discrepancias se explican, en parte, por el hecho de que no siempre la fecundidad y la mortalidad se encuentran en un mismo estadio del proceso de transición.

Si se comparan los niveles y tendencias de la mortalidad de América Latina con los de los países desarrollados de América del Norte (Canadá y Estados Unidos), se observa que la brecha en las esperanzas de vida se ha atenuado. La diferencia entre estas dos subregiones ha pasado de 17 a 10 años. A pesar de este hecho, no debe perderse de vista que los niveles actuales de la esperanza de vida en la región son similares a los que tuvieron Estados Unidos y Canadá 40 años atrás, época en que no se disponía del conocimiento ni de los medios existentes en la actualidad para prevenir y tratar un número importante de enfermedades (CELADE, 1990).

Por otra parte, tal como se anotó anteriormente, la magnitud de la baja de la mortalidad fue diferente según la edad, siendo en las edades tempranas en donde el descenso fue mucho mayor. Así por ejemplo, ha podido establecerse para tres países (Chile, Guatemala y México), que cerca de la mitad del aumento de sus esperanzas de vida entre fines de los 60 y principios de los 80, obedeció a la disminución de la mortalidad en los primeros cinco años de vida.

Si se observa el anexo A-6, puede verse que para América Latina como un todo, la mortalidad infantil se redujo en más de un 50 por ciento entre 1950-55 y 1985-90. Al observar al conjunto de países, se puede ver que ningún país latinoamericano tenía, en 1950-55, una tasa de mortalidad infantil inferior a 50 por mil, y que sólo 6 tenían tasas inferiores a 100 por mil. Para 1985-90, la situación es completamente distinta: 10 países tienen tasas por debajo de 50 por mil y ninguno tiene una tasa superior a 100 por mil. Cabe resaltar, sin embargo, que en América Latina, excluyendo el Caribe no latino, sólo 8 de los 20 países, alcanzarían la meta de SPT-2000, de una tasa de mortalidad inferior a 30 por mil.

Cuando se analiza la situación por países, aparecen algunos aspectos que conviene resaltar. En primer lugar, entre los países de más alta mortalidad infantil se sitúan Bolivia y Haití, que componen el grupo denominado de transición incipiente, cuyas tasas bordean las cien muertes infantiles por mil nacidos vivos. Les sigue Perú, cuya tasa se ubicaría cerca de 90 por mil. En estos tres países, que son los de más alta mortalidad, ocurre cerca de un 10 por ciento de los nacimientos totales de la región.

Un segundo grupo de países, con mortalidad infantil cercana a 60-70 por mil durante el período en estudio, está constituido por Nicaragua, República Dominicana, Honduras, Brasil, Ecuador, Guatemala y El Salvador. En este grupo de países se produce cerca de la mitad del total de nacimientos de la región durante el período en estudio.

De acuerdo a las proyecciones realizadas por el CELADE —conjuntamente con organismos nacionales— ninguno de los países de estos dos primeros grupos alcanzaría la meta de SPT-2000.

Un tercer grupo está formado por países con tasas de mortalidad infantil entre 35 y 50 por mil, en el que están Paraguay, México, Colombia y Venezuela. En estos países nació, durante el período 1985-90, uno de cada tres niños de la región. Todos estos países, con excepción de Paraguay, y posiblemente Colombia, alcanzarían tasas inferiores a 30 por mil el año 2000. En un cuarto grupo están los países que para 1985-90 tenían tasas entre 20 y 35 por mil. Está conformado por Argentina y Uruguay —países de transición avanzada— y Panamá. Finalmente, se encuentran Chile, Cuba y Costa Rica, países en los cuales la mortalidad es inferior a 20 por mil. En estos últimos dos grupos de países, que son los de menor mortalidad en América Latina, ocurre algo más del 10 por ciento de los nacimientos.

Respecto al Caribe no latino, la mayor parte de los países que lo integran presentan tasas inferiores a 20 por mil. Al igual que cuando se analizaba la esperanza de vida al nacer, la excepción la constituyen Guyana y Suriname, cuyas tasas para 1985-1990 se situarían en 56 y 33 por mil, respectivamente.

Los niveles de mortalidad infantil arriba anotados han sido alcanzados en contextos muy distintos, pero con algunos rasgos comunes. Entre estos últimos están las acciones que, con carácter prioritario, se han enfocado, en la mayoría de los países, hacia la reducción de la mortalidad en la infancia. Los programas de vacunación masiva, de rehidratación oral y la mejora y ampliación de la cobertura de la atención de salud constituyen sólo algunos de los programas cuyo énfasis ha estado en lograr el aumento de las probabilidades de sobrevivencia infantil. Asimismo, debe considerarse el rol jugado por la baja de

la fecundidad y su efecto positivo en la reducción de la mortalidad infantil por medio de la disminución de la proporción de los nacimientos de mayor riesgo de muerte, tal como fue mencionado en la sección anterior. No es extraño entonces, que aun en el contexto de crisis económica que ha afectado la región en la década del 80, no se observe, al menos a nivel nacional, una interrupción de la baja de la mortalidad infantil, aunque sí pueda verse en algunos casos, tal como se observaba al analizar la esperanza de vida al nacer, una atenuación de esta baja. En este sentido, conviene destacar el hecho de los grandes logros adquiridos aun en contextos donde las condiciones de saneamiento son deficientes. La experiencia de países que, como Cuba, Costa Rica y Chile, han logrado estos avances, ha servido de aliciente para mostrar la posibilidad de estos logros y la factibilidad de realizar importantes cambios incluso en un marco de restricciones económicas.

Los logros anteriores no pueden, sin embargo, llevar a pensar que la lucha contra la muerte temprana está totalmente ganada. Cuando se observa lo que sucede al interior de los países puede verse la existencia de diferencias importantes en la mortalidad infantil según grupo social y geográfico de pertenencia. Persisten altos niveles de riesgo de muerte infantil en sectores pobres, en hijos de mujeres de bajo nivel de instrucción o de malas condiciones de vivienda (véase el capítulo III, sobre las inequidades en el comportamiento demográfico). Incluso al interior de una misma ciudad, se dan diferencias notables en la mortalidad infantil. La identificación de estos grupos y su cuantificación debe ser una guía para lograr mayores avances y desterrar esta desigualdad social que representa una herencia del pasado que es necesario y posible erradicar.

Asimismo, cuando se compara América Latina con los países desarrollados, se observan también diferencias notables. En aquellos países con altas tasas de mortalidad infantil, el riesgo de muerte infantil es quince veces superior al de los países desarrollados. Más aun, incluso en los países en mejor situación en América Latina, la mortalidad infantil es tres a cuatro veces mayor que la de los países desarrollados más avanzados en el control de la mortalidad temprana.

Con relación a la mortalidad por causas, la reducción de las enfermedades infecciosas (diarreas, infecciones respiratorias agudas y enfermedades inmuno-prevenibles) ha sido uno de los elementos más significativos del cambio de la mortalidad.² Dado que el control de estas enfermedades ha estado asociado fundamentalmente a la reducción de la mortalidad en la infancia y la niñez, en la estructura de defunciones por causas cobran cada vez más importancia las muertes debidas a enfermedades crónicas de la edad adulta (cáncer y enfermedades cardiovasculares), y también aquellas relacionadas con la violencia (OPS, 1990). Este fenómeno se ve acentuado por el envejecimiento de la estructura por edades de la población, fruto de lo cual tiende a aumentar en mayor proporción la población de los grupos de edad más avanzada, que están más propensos a este tipo de enfermedades.³ Se deduce entonces que la nueva etapa de América Latina la lleva a enfrentarse a nuevos retos en la lucha por la prolongación de la vida, dentro de la cual ocupan un rol central las enfermedades degenerativas, cuyo tratamiento suele resultar más difícil y costoso.

² Este fenómeno puede verse en todos los casos en que las estadísticas vitales han permitido estudios de esta índole. Véanse, por ejemplo, los documentos siguientes: Yasaki, 1990 (Estudio del Estado de São Paulo, 1975-83); Ruiz, 1982 (Venezuela 1968-78); Dfiaz, 1987 (Guatemala 1960-1979).

³ Dentro de esta esfera hay que destacar la necesidad del enfoque preventivo que deberían tener los programas de salud, pues es sabido que muchas enfermedades de los adultos mayores se van gestando desde la adolescencia.

Cuadro 1.2

AMERICA LATINA: DISTRIBUCION PORCENTUAL POR GRANDES GRUPOS
DE CAUSAS DE MUERTE E INDICADORES DEMOGRAFICOS EN
PAISES SELECCIONADOS

CAUSA DE MUERTE E INDICADORES DEMOGRAFICOS	URUGUAY 1985	CUBA 1986	CHILE 1986	COSTA RICA 1987	GUATE- MALA 1984
TOTAL	100.0	100.0	100.0	100.02	100.0
- ENFERMEDADES TRANSMISIBLES	5.4	8.4	12.2	7.4	46.6
TUMORES	24.4	19.2	19.9	21.6	3.6
- ENFERMEDADES DEL APARATO CIRCULATORIO	43.9	43.7	30.0	28.7	6.6
- CIERTAS AFECCIONES ORIGINADAS EN EL PERIODO PERINATAL	2.4	1.7	2.7	5.9	12.1
- CAUSAS EXTERNAS DE TRAUMATISMOS Y ENVENENAMIENTOS	6.0	11.6	13.2	11.3	13.8
- TODAS LAS DEMAS ENFERMEDADES	17.9	15.4	22.0	25.1	17.3
ESPERANZA DE VIDA AL NACER (1985-90)	72.0	75.2	71.5	74.7	62.0
POBLACION (1990)	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
0-14 años	25.8	22.7	30.6	36.2	45.4
15-64 años	62.6	68.8	63.4	59.6	51.4
65 y más años	11.6	8.5	6.0	4.2	3.2
DEFUNCIONES	100.0	100.0	100.0	100.0	100.0
0-14 años	6.9	5.7	9.8	17.4	54.5
15-64 años	26.5	31.4	33.9	31.6	26.8
65 y más años	66.6	62.9	56.3	51.0	18.7

Fuente: CELADE (1991).

La relación entre estructura de las defunciones según grupos de causas y el nivel de la mortalidad asociado a ésta, ha sido mostrada con mucha claridad usando datos de la década de 1980 para varios países de la región con registros relativamente confiables (OPS, 1990). Puede verse claramente en el cuadro I.2 que en Guatemala, país con una alta mortalidad, las enfermedades transmisibles constituyen aún un grupo significativo (47 por ciento del total de muertes). En cambio, en países como Argentina, Uruguay, Cuba y Costa Rica, el porcentaje de muertes asociadas a estas causas varía entre un cinco y un ocho por ciento. Por su parte, los tumores y enfermedades del aparato circulatorio tienen un peso muy importante en el total de defunciones en países de baja mortalidad; tal es el caso, por ejemplo, de Uruguay, en que dos de cada tres personas mueren por estas causas. Esto se debe no sólo a que en estos países se haya logrado reducir drásticamente la mortalidad causada por enfermedades transmisibles, sino que también por que, como puede verse en el mismo cuadro, tienen una mayor proporción de personas de la tercera edad.

A pesar de los cambios arriba anotados, no deja de preocupar que, no habiéndose llegado aún a niveles bajos de mortalidad, en muchos países hayan signos de reaparición de enfermedades que ya se creían controladas y cuya aparición y letalidad están, sin duda, asociadas a las condiciones del medio y a la capacidad de los sistemas de salud de tratarlas. Se destacan particularmente los casos de la malaria, el cólera y la tuberculosis pulmonar. Se ha hecho notar que la malaria persiste o se ha intensificado en las áreas donde ya existía anteriormente y se ha restablecido su transmisión en aquellas donde ya se había interrumpido. Esto se ha ratificado no sólo por el aumento en el número de casos; también varios países han notado con preocupación el aumento de la incidencia de la mortalidad por malaria (OPS, 1990). Respecto al cólera, se ha visto como esta enfermedad ha aparecido y causado efectos importantes en Perú y, en menor medida, en otros países. La combinación de factores tales como las condiciones de saneamiento, el acceso a servicios de salud y la educación sanitaria parecen haber jugado un rol significativo en la diseminación de esta enfermedad, en su persistencia y en su letalidad.

También constituye un reto de salud importante el estudio de los patrones de diseminación del SIDA y las perspectivas futuras de su expansión en poblaciones latinoamericanas. Este es un caso en el cual resulta clara la importancia de la inversión en la prevención de la enfermedad, especialmente si se piensa en las limitaciones económicas de la región y lo costoso del tratamiento de esta enfermedad.

Otro de los retos que debe enfrentar la región en la reducción de la mortalidad tiene que ver con la disminución de los niveles de mortalidad materna, que en muchos países aún permanece en niveles alarmantes. Esta permanencia de altas tasas de mortalidad materna se da como consecuencia del limitado acceso de la población a un parto atendido por personal especializado, y por la alta incidencia del aborto.

Asimismo, la mantención e incremento de las muertes por violencia es uno de los problemas serios que debe enfrentar el sector salud en la región. Este fenómeno constituye una de las áreas de investigación y acción de importancia en la región. Este componente está presente fuertemente en algunos países (Perú, Guatemala, El Salvador, Colombia y otros países) y se asocia a la represión política y étnica, al terrorismo, al narcotráfico y, de un modo más general, a la falta de oportunidades, metas y perspectivas que aqueja a una parte no despreciable de la juventud de muchos países. La creciente importancia de los accidentes de vehículos de motor como causa de muerte, es otra de las consecuencias no deseables del proceso de urbanización y crecimiento económico.

Finalmente, la necesidad de incorporar la dimensión ambiental en el ámbito de la salud parece adquirir una nueva relevancia, dados los patrones de industrialización y manejo de la agricultura que

caracterizan a la mayor parte de los países de la región. Este proceso tiene como uno de sus efectos la descarga, muy pocas veces controlada, de un número creciente de desechos industriales de diferente índole, lo que puede aumentar la exposición de amplios sectores de la población a productos que, por su toxicidad, representan un peligro a la salud e incluso a la sobrevivencia de la población (OPS, 1990). También resultan dañinos los altos niveles de contaminación a que se ven expuestos los trabajadores en su lugar de trabajo, tal como sucede en actividades mineras. Lo anterior lleva a la necesidad de considerar la sobrevivencia humana y la calidad de ésta como punto central en la búsqueda de un desarrollo sustentable.

Los aspectos arriba esbozados muestran la necesidad de una buena medición de la incidencia de la mortalidad según causas. En este sentido, cada vez adquiere mayor importancia la mejora de la calidad de las estadísticas vitales. De un modo aún más general, puede decirse que todavía existe una necesidad de medir los niveles de mortalidad adulta e infantil en forma directa, ya que en muchos países sigue trabajándose con estimaciones basadas en modelos.

D. CRECIMIENTO Y ESTRUCTURA POR EDADES DE LA POBLACION

Los cambios observados en los componentes demográficos en la región, fundamentalmente en la fecundidad, están produciendo también modificaciones en la estructura por edades de la población. La tendencia general, tal como era de esperarse, es el envejecimiento de la estructura por edades, entendiendo por éste el proceso de disminución porcentual de niños y el aumento progresivo del porcentaje de población de la tercera edad. El proceso de envejecimiento de los países de la región guarda una relación muy directa con las tendencias de la fecundidad y la mortalidad y, por consiguiente, con la etapa de la transición demográfica. Por lo tanto, la estructura por edades de la población expresa también la ubicación de cada país en el proceso de cambio demográfico. De todas maneras, las modificaciones en la distribución relativa por edades de la población se producen en forma lenta y recién se aprecian con mayor claridad a mediano y largo plazo.

En la fase inicial de la transición demográfica, que corresponde a fecundidad y mortalidad elevadas, se tiene una población con alta representatividad de niños y jóvenes y una muy baja presencia de ancianos. En el grupo I el porcentaje de menores de 15 años es de alrededor de 42 por ciento, mientras que el de 65 y más años es del 4 por ciento (anexo A-7).

Al pasar a la etapa siguiente de la transición, en que se observan descensos de la mortalidad, mientras que la fecundidad desciende muy poco (grupo II), la población se rejuvenece, aumentando la proporción de niños (45 por ciento en 1990). Este fenómeno ocurre debido a que la mortalidad que más desciende es aquella que afecta a los niños de corta edad, lo que produce el mismo efecto que un aumento en la fecundidad. Esto trae como consecuencia un porcentaje menor de población en la tercera edad (3 por ciento).

Los países del grupo III, que se ha definido como en plena transición, ya muestran un porcentaje inferior de menores de 15 años (36 por ciento para 1990). Esta proporción es aún alta por efecto de la elevada fecundidad del pasado, que produce un gran número de mujeres en edad fértil. Obsérvese que el descenso de la proporción de niños se compensa con un aumento en las edades medias, mientras que el porcentaje de mayores de 65 años es de 4 por ciento (anexo A-7).

Recuadro I.4

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: LA EVOLUCION DE LA COMPOSICION POR EDADES EN LA DECADA DEL 90

En términos de las demandas que habrá que afrontar, del aumento de la población total que experimentará América Latina y el Caribe en la década del 90, un 81 por ciento lo hará en el tramo central de edades (67 millones de personas), parte importante de las cuales se incorporarán al mercado de trabajo y a las edades reproductivas. El grupo de menores de 15 años absorberá el 10 por ciento del crecimiento (8 millones) y la tercera edad una cifra similar. En este sentido, la característica más relevante del momento actual para la región es la coexistencia de demandas, por el hecho que mientras aún no se dejan de sentir los efectos de la alta fecundidad del pasado, ya se comienzan a percibir los síntomas de las poblaciones envejecidas. Estos valores promedios encierran una gran dispersión, tal como se ha señalado a lo largo del trabajo. Así, por ejemplo, en Guatemala los menores de 15 años de edad crecerán a una tasa de 2.3 por ciento, frente a una tasa de 4.4 por ciento de los mayores de 64 años, mientras que en Brasil será de -0.3 y 3.3 por ciento, respectivamente. Además, es importante prever los cambios que se darán en el largo plazo y que deben ser considerados para no sufrir las experiencias negativas de países que han avanzado en la transición, pero no han podido enfrentar cabalmente las exigencias de una demanda, cada vez mayor, en relación a la seguridad social y la salud de la población en la tercera edad.

Las cifras de la evolución de la población por grandes grupos de edades para América Latina y el Caribe son las siguientes:

	Total	Grupos de edades		
		0-14	15-64	65 y más
Población (millones)				
1990	441	158	262	21
2000	523	166	329	28
Porcentaje de población				
1990	100	35.8	59.5	4.7
2000	100	31.7	62.9	5.4
Crecimiento medio anual (%)				
	1.7	0.5	2.30	3.0
Incremento (millones)				
	82	8	6	7
Porcentaje de incremento				
	100	10	81	9

En los países que están en la fase más avanzada de la transición, se encuentra ya un porcentaje de ancianos que duplica al de los países que recién la inician. De acuerdo al anexo A-7 este grupo tiene un 28 por ciento de menores de 15 años y un 10 por ciento de la población pertenece a la tercera edad.

Si bien el análisis de la distribución relativa de la población en grupos de edades permite ubicar a los países en distintos momentos de la transición demográfica, como ya se mencionó, la tendencia se modifica en forma lenta. En cuarenta años, la población de América Latina y el Caribe, como un todo, ha evolucionado desde la primera fase (40 por ciento de niños), pasando en la década del 60 por un rejuvenecimiento debido a las ganancias producidas por el descenso de la mortalidad en la niñez, hasta llegar, en la actualidad, a tener las características de la tercera etapa (36 por ciento de niños), es decir, una población relativamente joven, con fuerte presencia de niños y adultos jóvenes. Con las tendencias supuestas de cambios demográficos en el futuro, para el año 2025, por ejemplo, la estructura por edades de Bolivia será aun más joven que la de Uruguay en la actualidad. Sin duda, esto puede ser diferente si la fecundidad desciende más rápidamente de lo esperado hasta hace poco; tal como parece estar empezando a ocurrir. Se puede concluir que, en general, las estructuras de población recién cambiarán a mediano y a largo plazo, para países en diferentes momentos de la transición demográfica.

A pesar de lo mencionado, un hecho notable son las diferencias de crecimiento, absoluto y relativo, que ocurrirán en los distintos tramos de edades en la década de 1990 (anexo A-8) y que define las demandas a las que se deberá dar prioridad. La característica general es que en los países que están en los comienzos de su evolución demográfica, se presentan tasas de crecimiento altas y similares en todas las edades. En estos casos, dado que son poblaciones muy jóvenes, el crecimiento absoluto de los menores de 15 años es hasta diez veces superior al de la población de la tercera edad. En cambio, a medida que la fecundidad desciende, la tasa de crecimiento de los niños disminuye sustancialmente, mientras que la de los ancianos se mantiene en niveles superiores, producto de la alta fecundidad del pasado. Así, en el grupo IV la población de 65 y más años crece a una tasa cercana al 2 por ciento, mientras que el grupo 0-14 lo hace al 0.5 por ciento. Esto, en valores absolutos, se traduce en un crecimiento de personas en la tercera edad que es un 30 por ciento superior al de los niños.

Las proyecciones de las tendencias de los componentes demográficos analizados, en el mediano y largo plazo, darían como resultado menores tasas de crecimiento de la población. De casi un 2 por ciento en la actualidad, se pasaría a tasas cercanas al 1 por ciento en el 2010, e inferiores a ese valor hacia el año 2025, en la mayoría de los países. Se considera, como una hipótesis, que la región podría llegar a una combinación de fecundidad y mortalidad que conduzcan a que, en promedio, cada mujer tenga alrededor de dos hijos alrededor del año 2020, y, de ellos al menos una hija que la reemplace en su función reproductiva. Si esto ocurriera, es de esperar que se llegue a una tasa de crecimiento cero y, por lo tanto, a una población estacionaria límite que luego sufrirá pocas variaciones. Sin embargo, como producto de su distribución por edades aún joven, esta situación se alcanzaría muchos años después, probablemente después del año 2050, con una población de alrededor de 800 millones para la región. En un ejercicio de proyecciones a largo plazo, preparadas en CELADE, en ese año solamente Cuba, que ya tiene una fecundidad por debajo del nivel de reemplazo, alcanzaría una tasa negativa de crecimiento.

Es interesante observar que en el período 1950-1990 la población aumentó en un 167 por ciento, alcanzando la cifra de 441 millones de personas. Las altas tasas de crecimiento prevalecientes en ese período condujeron a este impactante aumento. Sin embargo, de acuerdo a las proyecciones vigentes, que implican una desaceleración en la tasa de crecimiento, la población de la región aumentará un 60 por ciento en un período similar en el futuro (1990-2025), alcanzando a una población de 700 millones de

habitantes. El peso relativo de América Latina y el Caribe en el total mundial, de acuerdo al "World Population Prospects" de las Naciones Unidas (United Nations, 1992), es del orden del 8.2 por ciento y se mantendría igual en el año 2025. Esta constancia en la presencia mundial de la región, contrasta con lo que ocurriría con el caso de África, que en el mismo período pasaría del 12 al 19 por ciento, reduciéndose la importancia relativa de las poblaciones de Europa y del Este de Asia.

Como consecuencia de los supuestos de convergencia de la fecundidad hacia niveles de reemplazo, la distribución relativa de la población por edades de la región se caracterizará por una tendencia, también convergente, hacia una población más envejecida. A mediados del próximo siglo la población con menos de 15 años de edad será de alrededor de un 20 por ciento del total, para la mayoría de los países. Sin embargo, en la actualidad todavía hay grandes diferencias, observándose que hay países con más de un 40 por ciento de niños y otros con menos de 30 por ciento. Como consecuencia de los cambios esperados en la estructura por edades, la relación de dependencia tendrá, al comienzo, una tendencia a disminuir —por la reducción del porcentaje de niños—, para luego recuperar parte de su valor, debido al aumento de personas en la tercera edad. De todas maneras, la relación actual de dependencia —70 personas en edades no activas por cada 100 en edad activa— llegaría, para la región, a valores próximos al 50 por ciento ya en el año 2010, aunque países como Bolivia y Guatemala todavía detentarán relaciones similares a las actualmente prevalecientes en la región (véase el cuadro I.3). Estas tendencias tendrán un fuerte impacto en las demandas de servicios de educación, salud, empleo y seguridad social por parte de la población, situación que se examina en el capítulo IV de este documento.

La confluencia de las tendencias en la fecundidad y los cambios en la estructura por edades de la población, hace que, en la actualidad, en muchos países de la región, el número de nacimientos alcanza su valor histórico máximo, para comenzar a descender en el futuro, con sus consecuentes efectos sobre la demanda en atención materno-infantil y otros servicios relacionados con la infancia. Sin embargo, en los países de los grupos I y II esto ocurrirá recién dentro de dos o tres décadas.

En resumen, como consecuencia de los cambios en los componentes demográficos, fundamentalmente de la fecundidad, se producirán también modificaciones en la composición por edades, y en otros aspectos relacionados, como, por ejemplo, en los perfiles epidemiológicos de la población, en la relación de dependencia y, por lo tanto, en la estructura de la demanda de servicios básicos a la población. A corto y mediano plazo, estos cambios implicarán coexistencias de demandas, pues aún existirán aumentos elevados en el número de niños y personas en edades centrales, a lo que se sumará una situación similar en la población en la tercera edad.

Cuadro 1.3

INDICADORES DEMOGRAFICOS DE AMERICA LATINA Y PAISES SELECCIONADOS.
1990-2050

Año e indicador	Países					
	A. Latina	Bolivia	Guatemala	México	Brasil	Argentina
<u>1990</u>						
Pobl.(miles)	430182	7171	9197	84486	149042	32322
TGF <u>a/</u>	3.1	4.6	5.4	3.2	2.7	2.8
e(0) <u>b/</u>	69	62	65	70	66	72
r natural <u>c/</u>	2.1	2.5	3.1	2.3	1.6	1.2
% pob. - 15 años	36	41	45	38	34	30
Rel.de depend.(%) <u>d/</u>	69	82	95	72	65	64
<u>2010</u>						
Pobl.(miles)	587106	11087	15827	118455	194002	40193
TGF	2.3	3.0	3.6	2.2	2.1	2.3
e(0)	72	69	71	74	71	73
r natural	1.2	1.8	2.3	1.3	1.0	0.9
% pob. - 15 años	28	35	39	29	25	26
Rel. de depend.(%)	51	65	76	52	47	56
<u>2025</u>						
Pobl.(miles)	686450	14096	21668	137483	219673	45505
TGF	2.1	2.4	2.7	2.0	2.0	2.2
e(0)	74	70	72	79	72	74
r natural	0.8	1.3	1.7	0.9	0.5	0.6
% pob. - 15 años	24	29	33	23	22	24
Rel. de depend.(%)	47	54	60	47	47	54
<u>2050</u>						
Pobl.(miles)	785448	17931	29599	158124	235455	51362
TGF	2.1	2.2	2.2	2.0	2.0	2.1
e(0) <u>e/</u>	74	70	72	79	72	74
r natural	0.3	0.7	1.0	0.3	0.1	0.4
% pob. - 15 años	21	22	23	20	19	21
Rel. de depend.(%)	54	50	48	55	56	55

Fuente: Chackiel (1992).

a/: Tasa Global de Fecundidad b/: Esperanza de Vida al Nacerc/: Tasa de Crecimiento Natural por ciento d/: $((-15)+(65+))/(15-64)$ e/: Se mantuvieron las e(0) de 2020-2025

II. MOVILIDAD Y DISTRIBUCION ESPACIAL DE LA POBLACION

A. MIGRACION INTERNACIONAL

En América Latina, el desplazamiento de personas a través de las fronteras internacionales ha adoptado complejas modalidades. Estas han sido, principalmente, los movimientos con fines de residencia —que constituyen la definición misma de la migración internacional— y aquellos de tipo temporal asociados con fluctuaciones estacionales de la actividad económica. Ambas formas comprenden a los movimientos de retorno hacia los países de origen, a los desplazamientos forzados que involucran a los refugiados y desplazados, a la migración de indocumentados, a los movimientos de larga distancia y a los que acontecen entre países limítrofes. Ultimamente, una modalidad creciente es la circulación de personas, en el marco de la apertura de los mercados nacionales y la globalización de la economía.

Todo esto significa que la migración internacional debiera entenderse como una noción más próxima a la de la movilidad general de las personas, por lo que resulta indudable que su importancia trasciende las consecuencias estrictamente demográficas que, desde luego, siguen acaeciendo en algunas naciones. Así, la migración internacional representa un tema de preocupación por sus repercusiones en múltiples dimensiones como, por ejemplo, para los países que concentran inmigración y para aquellos cuyos emigrantes presentan algún grado de selectividad que involucra una posible pérdida de recursos humanos para el país o, en otra perspectiva, cuando la emigración constituye un mecanismo para el envío de las llamadas "remesas" hacia los países de origen.

Habitualmente, la caracterización de los movimientos migratorios se complica debido a la falta de información confiable, situación agravada, entre otros factores, por la migración "ilegal", cuya naturaleza impide una cuantificación adecuada tanto de los flujos como del stock (existencia) de migrantes. Este problema de información ha sido destacado desde hace mucho tiempo como uno de los grandes temas de preocupación en torno a la migración internacional, aspecto que no se resolverá fácilmente y que pudiera complicarse aún más en razón de las nuevas modalidades de la movilidad de la población.

En el pasado, cuando en varios países de América Latina la migración tuvo lugar con propósitos de permanencia, su impacto demográfico sobre el crecimiento y la estructura de edad y sexo de la población fue variable a lo largo del tiempo, concentrándose en algunos territorios y localizaciones específicas. Actualmente, salvo en ciertos países de pequeña población, el fenómeno no parece producir consecuencias demográficas importantes a escala nacional —al menos a largo plazo— y quizás esta tendencia se consolide debido a la posible pérdida de significación relativa de la migración con fines de residencia permanente.

Hasta la primera mitad del presente siglo, la migración internacional tuvo gran importancia en algunos países de la región, principalmente por los aportes de población de origen europeo, en especial en Argentina, Brasil, Cuba, México, Uruguay, Venezuela y en países del Caribe de habla inglesa.

Aunque con una baja representación relativa en el total de la población, los europeos representaban un 60 por ciento (unos 3 millones de personas) de los extranjeros censados alrededor de 1980 en trece países latinoamericanos, cifra que, con seguridad, fue mayor en décadas pasadas.⁴ Desde el punto de vista de su contribución al crecimiento demográfico, existen evidencias que muestran, por ejemplo, que en Argentina, en algunos períodos entre 1870 y 1970, la inmigración llegó a representar un 70 por ciento del crecimiento de la población total a fines del siglo pasado y al 60 por ciento de aquél a comienzos del presente, porcentaje que descendió progresivamente a partir de la década de 1950. Todo ello significó que este país experimentó uno de los mayores impactos demográficos y sociales de la inmigración europea en la región (Recchini y Lattes, 1975).

Con la salvedad de las omisiones de una fracción desconocida de los indocumentados y de los cambios probablemente acaecidos en años recientes, relacionados con los ajustes y contracciones de las economías, en el anexo A-9 se aprecia la evolución de la población nacida en países distintos al de su nacimiento y censada alrededor de 1970 y 1980 en los países con información disponible (existencia de inmigrantes). Destaca el hecho que su gravitación relativa no excede el 10 por ciento de la población total de cada país, aunque en algunos casos puede ser mayor si se considera su distribución dentro de los espacios subnacionales.

Dada la inexistencia de estimaciones confiables sobre la cuantía de los indocumentados, con frecuencia se ha aventurado un conjunto de conjeturas en los países que suelen registrar elevadas magnitudes de inmigrantes. Una forma de aproximación parcial al tema consiste en considerar los resultados de acciones de "legalización voluntaria". Así, en Venezuela, 270 mil extranjeros (92 por ciento de ellos colombianos) regularizaron su condición entre 1980 y 1981 (Torrealba, 1992); y en Estados Unidos, 3 millones de personas (mexicanos en un 75 por ciento) solicitaron la legalización de su permanencia en el país entre 1982 y 1987 (Percy y Warren, 1992). De este modo, la migración de indocumentados representa otro de los grandes problemas que será necesario enfrentar, tanto en términos de un diagnóstico como de su control adecuado a los intereses de los países de América Latina y el Caribe, cautelando el debido respeto a los derechos humanos.

Actualmente, la migración internacional en la región se caracteriza por la prevalencia de dos patrones fundamentales: la intrarregional y la que se dirige hacia países industrializados, básicamente Estados Unidos. Si se excluye a los mexicanos en aquel país, y sin considerar la inmigración a la mayoría de los países del Caribe, los censos de alrededor de 1980 arrojan una cifra relativamente similar de migrantes en ambos patrones. En éstos se involucran personas de diversa calificación; una asociación más o menos frecuente es la que se establece según la distancia recorrida por los migrantes, ya que un mayor componente de selectividad se encuentra en los movimientos que implican traslados de larga distancia como, por ejemplo, los de sudamericanos a Estados Unidos. Existe una menor selectividad en aquellos casos de migración tradicional vinculada a condiciones de pobreza, como lo es la emigración haitiana hacia Estados Unidos, Canadá y otras naciones caribeñas. La migración que afecta a los desplazados por razones forzosas, como la ocurrida en Centroamérica hasta hace pocos años, configura otro tipo de movimientos en que suelen involucrarse grupos de diversas características sociodemográficas (familias completas, profesionales, campesinos, jóvenes, ancianos).

⁴ Otros 2 millones de extranjeros censados en esos trece países procedían, mayoritariamente, de la propia región de Latinoamérica y el Caribe.

La migración intrarregional ha adquirido un auge significativo. La más reciente información que se tiene indica que hacia los años 80 unos 2 millones de latinoamericanos residían dentro de la región en países distintos al de su nacimiento. Argentina y Venezuela concentraban las mayores cantidades de inmigrantes latinoamericanos, provenientes en especial desde países limítrofes. Así, en el primer caso, se trata en su mayoría de paraguayos, chilenos, bolivianos y uruguayos, mientras que en el segundo, el componente principal está dado por colombianos, cuya corriente constituye la de mayor magnitud en la región. En el caso de los uruguayos, la emigración, orientada casi en su totalidad a Argentina, llegó a alcanzar una tasa similar a la de la mortalidad entre 1970-1975 y el saldo migratorio negativo duplicó al crecimiento natural en 1974, situación acontecida en un país de pequeño tamaño demográfico relativo (Fortuna y Niedworok, 1985). A esta descripción puede agregarse el suceso relevante de la migración en la subregión centroamericana: se estima que cerca de 2 millones de personas migraron durante la década de 1980 en el marco de la crisis generalizada y de los conflictos que afectaron a esa región (CIREFCA, 1989).

En los últimos años se ha estado produciendo un retorno importante de personas en Centroamérica como consecuencia de los acuerdos de paz, hecho que venía observándose anteriormente en los países de América del Sur que recuperaron el sistema democrático (Argentina, Chile, Uruguay), aun cuando en éstos se trataría de cifras pequeñas. En cualquier caso, el retorno a los países de origen es una faceta poco estudiada hasta el momento, y parece evidente que representa un importante desafío para las sociedades nacionales en términos de la reinserción social de los migrantes y refugiados. En algunos casos, el retorno de personas pudo haber tenido una motivación forzosa para los migrantes residentes en países que sufrieron severas crisis económicas durante el decenio de los 80, como sería el ejemplo de una parte de los colombianos en Venezuela. No obstante, este país continuó recibiendo inmigración de extranjeros durante el decenio de 1980, como lo indican las cifras preliminares del Censo de 1990, ya que el total de extranjeros y colombianos se mantuvo inalterado con respecto a 1981. Estas tendencias mostrarían la dinámica propia que pueden alcanzar los movimientos migratorios internacionales, así como el papel de las coyunturas —tanto en países de origen como de destino— sobre las fluctuaciones de las dimensiones de los mismos.

La migración en la cuenca del Caribe presenta un sello peculiar, por diversas razones. Una de ellas concierne a la fuerte incidencia de la circulación internacional de personas (esto es, movimientos recurrentes con claros fines de retorno), favorecida quizás por la cercanía geográfica. Existen evidencias que países como Bahamas, además de recibir un enorme contingente de inmigrantes con fines de residencia, han sido destino transitorio de un significativo número de habitantes de otras islas, siendo éste, por ejemplo, el caso de los haitianos. Otra peculiaridad del Caribe es que la emigración internacional representa un componente demográfico decisivo en algunos países como, entre otros, Dominica y Granada. Ahora bien, a pesar de la intensidad de los movimientos dentro de la subregión, aquellos que se realizan con fines de residencia sólo comprendían a unas 300 mil personas, según la información censal de alrededor de 1980, cifra que representaba apenas un 1 por ciento de la población del área (Simmons y Guengat, 1992). En cambio, los migrantes extrarregionales alcanzaban cifras notoriamente mayores, ya que la población nacida en Cuba, Jamaica, República Dominicana, Haití, Trinidad y Tabago y Barbados censada en Estados Unidos en 1980 llegaba a 1.2 millones.

La emigración de latinoamericanos y caribeños hacia Estados Unidos ha constituido un patrón migratorio visible especialmente a partir de la segunda mitad del presente siglo, denotando el destino principal de la emigración regional. Su magnitud es destacable en términos absolutos y ha afectado notoriamente a México, Cuba, República Dominicana, Colombia y algunos países de Centroamérica y

del Caribe. La migración a Estados Unidos posee una compleja composición en virtud de la coexistencia de personas de alta calificación, de indocumentados y de quienes son recibidos en calidad de refugiados o desplazados. En general, los países cercanos y los caribeños han tenido un vínculo migratorio histórico con Estados Unidos, mostrándose sensible a coyunturas de diversa índole y a los cambios en la legislación migratoria. El envío de remesas hacia los países de origen es una característica de esta migración y le confiere una gran importancia, en términos de un ingreso significativo de divisas y de un aporte a la subsistencia de los grupos familiares. Así lo indican estudios referidos a países centroamericanos, donde se concluye que las remesas han llegado a triplicar los ingresos por exportaciones (El Salvador; CEPAL, 1992b).

Los mexicanos en Estados Unidos, que en 1980 eran más de 2 millones, representan la fracción más importante de la población extranjera en ese país. En ese mismo año, más de 4 millones de latinoamericanos y caribeños fueron censados en Estados Unidos, cifra que representa una duplicación de la existente en 1970 (anexo A-10). Las estadísticas de ingresos de latinoamericanos y caribeños y, en particular, de centroamericanos, admitidos en calidad de inmigrantes muestran un aumento en las dos últimas décadas (cuadro II.1), lo cual debiera reflejarse en alguna medida en los datos del censo norteamericano de 1990.

El carácter "expulsor" de población de América Latina y el Caribe suele constituir un tema recurrente en la percepción sobre la migración internacional en la región, que muchas veces adquiere un tono alarmista. Sin embargo, dicha condición debe entenderse en su justa dimensión. Según las estimaciones contenidas en las proyecciones de población vigentes en la actualidad para los veinte países latinoamericanos —teniendo en cuenta la cautela que imponen las limitaciones de la información existente— el saldo neto negativo anual de la migración regional sería de unas 375 mil personas en el quinquenio 1985-1990, cifra que representa apenas una tasa de casi -1 por mil. Si bien es cierto que la pérdida de población se verificaría con mayor énfasis en buena parte de la subregión del Caribe, lo que interesa resaltar es que la "expulsión" desde la región en su conjunto obedece al comportamiento migratorio de unos pocos países, en algunos de los cuales ese fenómeno no presenta un impacto demográfico apreciable. Estos recaudos deben apoyarse, además, en el hecho que no siempre se trata de una emigración permanente, aun en los casos en que se persiga un traslado de la residencia habitual.

La atracción que representa Estados Unidos para el desarrollo del ejercicio profesional (en particular por la posibilidad de recibir mejores ingresos) se ha traducido en una significativa presencia de profesionales y técnicos latinoamericanos en él. Sin embargo, el fenómeno no es exclusivo de dicho país, ya que se presenta también dentro de la región. Este es un tema de interés central por las repercusiones propias que, respecto de los países en desarrollo, siempre tiene la circunstancia de recibir o de expulsar recursos humanos calificados; esto es, visto como una modalidad de transferencia de tecnología. La legislación migratoria de los Estados Unidos ha tenido una fuerte influencia sobre el ingreso de nuevos inmigrantes latinoamericanos, los cuales han visto reducida su participación en el total

Cuadro II.1

ESTADOS UNIDOS: POBLACION INGRESADA EN CALIDAD DE INMIGRANTE. 1970-1989

Países o región	Inmigrantes admitidos (miles)			
	1970-1979	%	1980-1989	%
Total	4231	100.00	5811	100.00
México	609	14.39	662	11.39
Caribe	732	17.30	839	14.44
Cuba	271	6.41	163	2.81
R. Dominicana	139	3.29	225	3.87
Haití	58	1.37	122	2.10
Jamaica	136	3.21	205	3.53
Trinidad y Tabago	63	1.49	37	0.64
Otros	65	1.54	87	1.50
América Central	118	2.79	264	4.54
El Salvador	29	0.69	96	1.65
Guatemala	23	0.54	45	0.77
Honduras	16	0.38	37	0.64
Nicaragua	11	0.26	30	0.52
Panamá	20	0.47	29	0.50
Otros	19	0.45	27	0.46
América del Sur	260	6.15	394	6.78
Brasil	14	0.33	21	0.36
Colombia	72	1.70	107	1.84
Ecuador	47	1.11	47	0.81
Guyana	40	0.95	91	1.57
Perú	25	0.59	50	0.86
Otros	62	1.47	78	1.34
Canadá	113	2.67	114	1.96
Europa	827	19.55	655	11.27
Asia	1453	34.34	2681	46.14
Africa	83	1.96	163	2.81
Oceanía	36	0.85	39	0.67

FUENTE: INS (1979) y (1989)

de admisiones, aun cuando, en la práctica, el número de migrantes profesionales y técnicos se duplicó entre 1970 y 1980, afectando más a unos países que a otros (anexo A-10). Es probable que el Censo norteamericano de 1990 muestre también un aumento de la inmigración de mano de obra calificada latinoamericana y caribeña, con la salvedad de una disminución de su proporción en algunas corrientes procedentes de Centroamérica, si se comparan los datos de admisiones en 1974 con respecto a las de 1989 (Percy y Warren, 1992). También es probable que, como efecto de la legislación norteamericana, el perfil de los profesionales migrantes haya cambiado con relación a décadas pasadas. Dentro de América Latina, la información disponible de los censos de los 80 muestra que Venezuela, Argentina y Brasil eran, hasta ese entonces, los principales países receptores dentro de la región; en tanto que Colombia, Chile y la misma Argentina presentaban la mayor cantidad de emigrantes calificados cuyos destinos preferentes eran los mencionados (anexo A-11).

Debido a las características propias de la movilidad internacional y a la debilidad de las bases empíricas disponibles, no es posible describir con claridad la evolución reciente y, por lo tanto, tampoco es factible levantar hipótesis sólidamente fundamentadas sobre el desenvolvimiento que tendrá más allá del corto plazo. Es indudable que la migración internacional no suele poseer una continuidad en el tiempo que permita prever su comportamiento, como ocurre con la fecundidad y la mortalidad. Esta es una razón por la cual las proyecciones de población suponen que, en general, ella no ejercerá mayor impacto sobre las tendencias demográficas en una mayoría de países. Sin embargo, los problemas no resueltos sobre la calidad de la información (flujos, existencias, indocumentados); las numerosas incógnitas que plantea el proceso de retorno (favorecido por procesos de pacificación social y democratización, o por efectos de la crisis económica de los años 80); los impactos de la migración caribeña hacia Estados Unidos; la inquietud sobre las tendencias de la migración de personas de alta calificación (aunque no sea con una finalidad de permanencia); y la existencia de las remesas que configura una motivación esencial para la migración internacional, son todos aspectos interrelacionados y claramente individualizables entre quizás muchos otros, que confieren al fenómeno una trascendencia que, como ya se indicara, va más allá de los aspectos demográficos y requiere una atención especial para su mejor conocimiento.

A pesar de las restricciones señaladas, es posible suponer que dentro de las modalidades de la migración internacional emergerá con nitidez, en particular dentro de la región, un tipo de movilidad transitoria o de circulación, lo que posiblemente se reflejará en impactos demográficos y sociales más fluctuantes todavía que los movimientos con fines de residencia. La sensibilidad de la migración ante las coyunturas seguirá siendo un hecho característico, quizás más predecible; allí donde las diferencias en las oportunidades económicas (empleos, salarios) se tornen más evidentes, es esperable que los movimientos de población adquieran auge temporal. Pero, al margen de las coyunturas y la dinámica propia de los movimientos migratorios favorecida por los circuitos ya establecidos —que imponen una base mínima para prever el futuro— una incertidumbre que se plantea es qué ocurrirá en un contexto de consolidación de la democracia y de equidad productiva, como factores posibles de retención de la población, sometido a las nuevas modalidades de integración y apertura de los mercados nacionales que, a su vez, podrían acrecentar los movimientos migratorios. Esta incertidumbre es válida en la medida en que determinadas iniciativas de integración no contemplan aspectos relativos a la movilidad de la fuerza de trabajo.

De esta manera, los patrones históricos de movilidad y hechos específicos como los acuerdos entre países que buscan incrementar los intercambios comerciales (México-Estados Unidos-Canadá, Mercosur), más el desarrollo de los sistemas de transporte y comunicaciones, son algunos de los aspectos que marcarán el curso probable de las tendencias de la migración internacional en la región.

Recuadro II.1

MIGRACION Y CRISIS EN VENEZUELA: EL CASO DE LOS
COLOMBIANOS EN LOS AÑOS OCHENTA

De acuerdo a las cifras censales, entre 1981 y 1990 el número de colombianos residentes en Venezuela experimentó un reducido crecimiento ya que pasó desde 508 mil a 530 mil, fechas en las cuales aquéllos representaron a algo más de la mitad de los extranjeros. Estas cifras dan cuenta que, comparada con períodos anteriores, la inmigración colombiana registró una merma considerable durante los años ochenta (en 1971 fueron censados alrededor de 180 mil nacidos en Colombia), aunque ello no fue suficiente para contrarrestar uno de los fenómenos de raigambres históricas más sólidas en América Latina: la presencia de un significativo contingente de colombianos en el territorio venezolano. Hasta el primer quinquenio de la década predominó la migración de retorno hacia el país de origen, lo que explica la existencia de un saldo migratorio negativo de colombianos. El leve crecimiento de la población colombiana en Venezuela entre los dos últimos censos, de todas maneras, ratifica la vigencia de los patrones migratorios tradicionales, porque ello compensó a los que fallecieron y a los que retornaron en el período.

El retorno de colombianos pareciera haber afectado a un conjunto específico de personas, en virtud del comportamiento de algunos componentes de coyuntura de la crisis. Esta se ha asociado con la reducción del ingreso petrolero y las limitaciones del crédito internacional, afectando directamente el financiamiento de la producción e influyendo sobre la devaluación de la moneda nacional y los procesos inflacionarios. En este contexto, uno de los sectores más sensibles, como suele suceder, fue el de la construcción, el cual posee una gran representación entre la fuerza de trabajo colombiana no agrícola: los índices de desempleo llegaron a más que duplicar a la tasa de desocupación nacional entre 1981 y 1986, lo cual podría constituir una de los principales desencadenantes del proceso de retorno. Otros hechos que habrían motivado el proceso guardan relación con la devaluación del bolívar, afectando de preferencia a ciertos grupos cuyos ingresos se hicieron comparativamente menores. Sin embargo, debido a las bajas tasas de desocupación en la agricultura, al escaso impacto de la caída del poder adquisitivo que cabe esperar para trabajadores insertos en actividades de baja remuneración y al deterioro de la situación del empleo en Colombia, los flujos de retorno no fueron mayores, aun cuando muchos trabajadores permanezcan en situaciones muy precarias en Venezuela. A su vez, la dinámica del empleo expresada en la persistencia de la demanda por trabajadores en el sector agrícola y en el servicio doméstico, más la puesta en práctica de programas carboníferos localizados en zonas específicas como la Guajira, explicarían el mantenimiento de los desplazamientos fronterizos y, con ello, el pequeño incremento observado en el total de colombianos en 1990.

La mayor parte de las cifras censales señaladas, así como la totalidad de las salidas, se refiere a trabajadores ingresados legalmente al país. La tendencia general de la inmigración realizada en forma indocumentada pudo haber seguido aquella que se supone para la inmigración legal, pero es probable que en esos casos el retorno no haya alcanzado igual magnitud, en virtud de las bajas expectativas y posibilidades de movilidad social ascendente en el país de origen para una población con muy bajo nivel de calificación.

Referencias: Oficina Central de Estadística e Informática (1992), Cifras preliminares del Censo de 1990. Torrealba, R. (1988), "Mercados de trabajo y migraciones laborales entre Colombia y Venezuela en el contexto de la crisis venezolana: 1980-1986", en G. Bidegain G. (comp.), Las migraciones laborales colombo-venezolanas, ILDIS-UCAB-Nueva Sociedad, Caracas.

B. DISTRIBUCION ESPACIAL DE LA POBLACION Y URBANIZACION

El proceso de redistribución de población en la América Latina de posguerra ha combinado una persistencia de las más que seculares tendencias concentradoras con una ampliación de los horizontes de ocupación territorial. El fortalecimiento de la concentración sobre áreas cada vez más extensas no ha impedido la apertura de los antiguos despoblados, las "fronteras internas", hacia las cuales se ha ido desplegando una creciente proporción de los efectivos demográficos. Una contribución importante a la paulatina reducción de los "vacíos" de población ha sido aportada por los avances hacia las cuencas del Amazonas y del Orinoco que, comprendiendo algo más del 40 por ciento de la superficie regional, multiplicaron en más de cuatro veces su número de habitantes entre 1950 y 1980. Como consecuencia de estas tendencias complementarias de tipo centrípeto y centrífugo, se ha asistido, de un modo simultáneo, a la pérdida de importancia relativa de algunas zonas de viejo poblamiento, de base económica esencialmente agroextractiva, y a una yuxtaposición de pautas de concentración y dispersión demográficas.

Como expresión sintética, aunque abstracta, de la mayor intensidad en la ocupación del espacio regional la densidad media de la población de América Latina —siguiendo el ritmo del crecimiento demográfico— se triplicó entre 1950 y 1990; sin embargo, la magnitud alcanzada en este último año (poco menos de 22 personas por km²), sigue siendo bastante inferior a la que se registra en otras regiones del planeta. En todo caso, la situación media regional oculta tras de sí una fuerte dispersión entre las densidades demográficas nacionales, cuyo recorrido va desde unos 7 habitantes por km² en Bolivia hasta más de 230 en Haití y El Salvador (anexo A-12). Mientras las cifras de los países sudamericanos, a excepción de las del Ecuador y Colombia, se sitúan por debajo del promedio de la región, en los de Mesoamérica, salvo Nicaragua y Panamá, ellas más que duplican ese valor de referencia. Como, en general, el ritmo de incremento demográfico ha sido mayor en los países con densidades más elevadas, el panorama que se observa hacia 1990 revela diferencias más acusadas que en los años precedentes. Por cierto, un indicador agregado, como el de la densidad a escala nacional, es insensible ante los notables contrastes que se verifican a escalas locales; además, dado que la densidad demográfica es apenas una razón entre dos cantidades brutas, ella es incapaz de reflejar, o de medir, una relación tan compleja como la involucrada en la noción de presión de población sobre la base de recursos.

Los cambios en las modalidades de distribución de la población dentro de los territorios insulares del Caribe también han tenido importancia, especialmente porque se han desenvuelto dentro de superficies relativamente reducidas. Una tendencia frecuente, con raíces históricas, ha sido la de un incremento en la importancia relativa del poblamiento en las zonas litoráneas, fenómeno que se ha visto realzado por la valorización turística de localizaciones específicas y cuya adecuada consideración requeriría de un análisis más fino. También debe reconocerse que ciertas modificaciones recientes en los patrones de repartición geográfica de la población se vinculan estrechamente con los efectos de la migración y la movilidad internacionales, como se aprecia, entre otros casos, en el de las Bahamas, donde el distingo entre el dinamismo demográfico de las Family Islands y el del resto del archipiélago se ha ido haciendo cada vez más marcado. Como en el resto de la región, las densidades de población de los países de la Comunidad del Caribe exhiben también diferencias notables; así, en aquellos situados sobre la costa septentrional de América del Sur, como Guyana y Suriname, se observan promedios nacionales inferiores a las 5 personas por km², en tanto que en el ámbito propiamente insular se detectan valores de densidad bastante superiores, como ocurre en Barbados, donde ese valor bordea los 600 habitantes por km².

Uno de los rasgos sociodemográficos distintivos de América Latina dentro del Tercer Mundo es su relativamente elevado grado de urbanización. En 1950, sólo cuatro de cada diez latinoamericanos se localizaban en centros urbanos; hacia 1990, en cambio, el 71 por ciento de la población regional era clasificada como urbana (anexo A-13). Con relación a los países de la cuenca del Caribe es importante distinguir entre los que cuentan con unas dimensiones territoriales y demográficas relativamente reducidas, donde el deslinde entre el medio urbano y el rural se torna francamente difuso, como se aprecia en Barbados o Granada, de aquellos otros de mayores magnitudes donde la mayoría de la población habita en áreas urbanas, como sucede en Jamaica, Puerto Rico o Trinidad y Tabago. Nuevamente, la incidencia de los movimientos internacionales ha ejercido un efecto decisivo en la evolución del grado de urbanización de varios países del Caribe, situación ejemplificada por las fluctuaciones percibidas en casos como el de Suriname.

Si bien el grado de urbanización de los distintos países de América Latina se ha ido acentuando con el transcurso del tiempo, el ritmo de aumento de esta proporción, o tasa de urbanización, ha sufrido alteraciones. Presentó una abrupta aceleración entre los años 1930 y 1950, cuando el crecimiento de la población total fue propulsado por el intenso descenso de la mortalidad; sin embargo, una vez transcurrida la primera mitad del siglo XX, y alcanzada una mayoría urbana en la región, el ritmo de incremento del grado de urbanización perdió bríos, lo que aconteció inmediatamente antes de hacerse manifiesta, de modo generalizado entre la población total, la tendencia hacia una reducción de la fecundidad, cuyos primeros síntomas, por lo demás, se presentaron dentro de contextos societarios urbanos. En todo caso, dado el elevado porcentaje urbano de la población regional, no debiera asombrar que la tasa de urbanización de la región se haya mostrado declinante en las últimas décadas; sin embargo, no deja de llamar la atención la rapidez con la que pasó desde su etapa de aumento a la de disminución, fenómeno que en otros ámbitos pareció haber requerido de plazos más prolongados.

Siguiendo cursos distintos, varios países han comenzado a asemejarse en cuanto al grado de urbanización alcanzado. Esta aparente tendencia convergente se corresponde con la asociación negativa que, en general, se evidencia entre el porcentaje urbano y la tasa de aumento del mismo. Así, en Argentina, Chile y Uruguay, que cuentan con un alto grado de urbanización, este indicador ha experimentado aumentos más bien pequeños durante las últimas décadas. Por el contrario, hacia 1990 se identifica un elenco de países donde la vigencia del dinamismo urbano haría presagiar, a igualdad de otros factores, importantes ascensos futuros en el porcentaje urbano de la población total; tal parecer ser el caso de Haití, Bolivia, Ecuador, República Dominicana, Honduras y Paraguay.

Ordenando los países latinoamericanos según el porcentaje urbano en 1990, se pueden identificar cuatro categorías que, a su vez, encuentran algún grado de vinculación con las diversas instancias de la transición demográfica (anexo A-13). La primera incluye a aquellas naciones cuyo grado de urbanización superaba el 80 por ciento; se trata de Uruguay, Argentina, Chile y Venezuela. Los tres primeros, que se encuentran en una etapa avanzada de la transición demográfica (o grupo IV), se distinguen porque ya desde largo tiempo poseen un predominio demográfico de las áreas urbanas, tanto así que el crecimiento absoluto de las mismas excedió el incremento de las respectivas poblaciones totales, significando que el número de sus habitantes rurales en 1990 fuese inferior al existente sesenta años antes; como es de esperar, la tasa de urbanización de estos tres países se ha situado por debajo de la media regional. Venezuela, en cambio, se ha caracterizado por un vertiginoso aumento del porcentaje urbano, alcanzando rápidamente los valores mayores dentro de la región, mientras su población rural tendía a declinar (la existente en 1990 era semejante a la de 1940); este comportamiento, propio de una tasa de incremento elevada, corresponde al de una plena transición demográfica (grupo III).

Una segunda categoría de países integra a algunos de los más populosos de la región de América Latina, como Brasil, México, Colombia y Perú, que en 1990 congregaban al 67 por ciento de los habitantes de la región, y que se encuentran en una situación de plena transición demográfica (grupo III); en todos ellos el grado de urbanización superó el 69 por ciento en 1990, y su evolución ha sido marcada por altas tasas de urbanización. Destaca el caso de Brasil, cuyo número de habitantes urbanos se multiplicó por un factor de 13.8 entre 1930 y 1990, en tanto que su población rural decreció en los años ochenta hasta reducirse a una magnitud inferior a la de 1960. Un quinto miembro de esta categoría es Cuba, con un desenvolvimiento bastante peculiar: se trata de un país que se encuentra en una etapa avanzada en la transición demográfica (grupo IV) y cuya urbanización es "antigua", pero en que la tasa de crecimiento del porcentaje urbano se mantuvo notablemente reducida, salvo después de 1970, cuando sus efectivos rurales comenzaron a disminuir en términos absolutos.

La tercera categoría de países ostenta un grado de urbanización medio bajo y comprende a países que se ubican en distintas instancias de la transición demográfica, aunque ninguno de ellos se sitúa dentro del grupo correspondiente a las etapas más avanzadas de la misma (IV). Cabe aquí reconocer un primer subconjunto formado por Ecuador, Nicaragua y República Dominicana, todos con más del 55 por ciento de población urbana en 1990; el caso dominicano se distingue porque, gracias a una alta tasa de urbanización, dentro de un contexto de acelerada multiplicación de la población, sus habitantes urbanos en 1990 fueron 17.2 veces más numerosos que en 1930. Una segunda agrupación en esta categoría incluye a Bolivia, Costa Rica, El Salvador, Panamá y Paraguay, que comparten un grado de urbanización situado entre el 45 y el 53 por ciento; mientras los tres países centroamericanos han presentado bajas tasas de urbanización en los últimos veinte años, sugiriendo la desaceleración de un proceso inicialmente vigoroso, en los dos sudamericanos esos indicadores se acrecentaron a contar de la década de 1960.

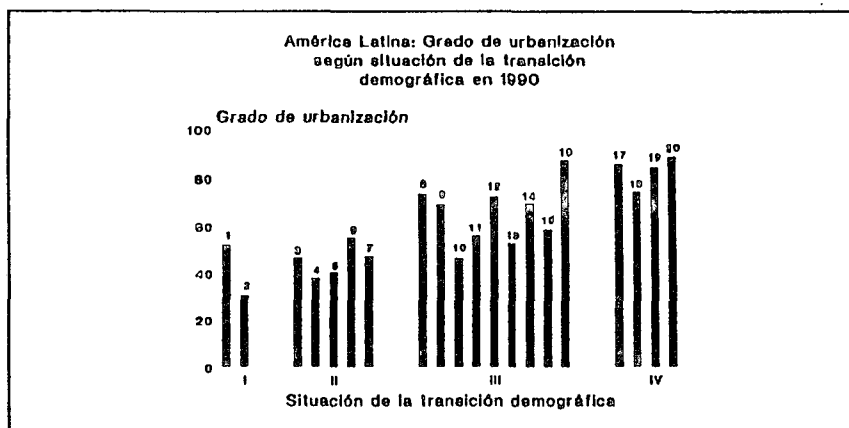
Finalmente, Guatemala, Haití y Honduras, conforman la cuarta categoría, con un grado de urbanización inferior al 41 por ciento en 1990. Se trata de países que se sitúan en las instancias iniciales (moderada e incipiente) de la transición demográfica (grupos II y I). Dentro del conjunto destaca, como un caso bastante singular, Guatemala, cuyas tasas de urbanización se mantuvieron elevadas hasta los años cuarenta, tendiendo a atenuarse en las décadas siguientes. En tanto, Haití y Honduras parecieran haber iniciado su proceso de urbanización más tarde, manteniendo un alto dinamismo hasta el final del período.

No obstante que el ordenamiento precedente, basado en el grado de urbanización alcanzado por los países latinoamericanos en 1990, muestra una cierta coincidencia con aquel que resulta de considerar diversas etapas de la transición demográfica según datos del mismo año, el ajuste entre ambas clasificaciones no es perfecto. Tal falta de concordancia permite sugerir que las relaciones entre ambos procesos, urbanización y transición demográfica, tienen una mayor complejidad que la expresada por los indicadores utilizados. En rigor, la transición demográfica ha de entenderse como una pluralidad de comportamientos posibles y no como una suerte de modelo único de evolución; las verdaderas fuerzas impulsoras de la transición corresponden a los factores socioculturales y económicos que otorgan vigencia a las conductas demográficas. A su vez, la urbanización configura un proceso de cambio de carácter multidimensional, cuyo sellos cualitativos, más allá de las pautas de localización de la población en el territorio, le son conferidos por la matriz histórica dentro de la cual se generó. Luego, una mejor comprensión de las relaciones entre ambos procesos requeriría que se prestase atención a las especificidades con que se ha desenvuelto cada sociedad particular, observación relevante en lo que atañe a los distinguos entre los países, así como también respecto de las diferencias que se perciben dentro de ellos.

Recuadro II.2

URBANIZACION Y TRANSICION DEMOGRAFICA

Códigos	
1:	Bolivia
2:	Haití
3:	El Salvador
4:	Guatemala
5:	Honduras
6:	Nicaragua
7:	Paraguay
8:	Brasil
9:	Colombia
10:	Costa Rica
11:	Ecuador
12:	México
13:	Panamá
14:	Perú
15:	Rep. Dominicana
16:	Venezuela
17:	Argentina
18:	Cuba
19:	Chile
20:	Uruguay



Nota: Los países, dentro de cada instancia de la transición demográfica, se ordenan en forma alfabética.

Con frecuencia en los análisis sociodemográficos la urbanización es entendida como un proceso que contribuye al descenso de la mortalidad y a la disminución de la fecundidad, es decir como un factor coadyuvante del avance de la transición demográfica. Este vínculo se sustentaría en una serie de características propias de la vida urbana, que en el caso de la mortalidad dicen relación con la mayor facilidad que tiene la ejecución de programas de salud preventiva y de saneamiento básico masivos en contextos de concentración de la población y con las mejores condiciones de vida promedio que registran los núcleos urbanos. En lo que respecta a la fecundidad se señala que la vida urbana favorece la aparición y expansión de clases y estratos sociales cuyas posibilidades de movilidad social se relacionan de manera inversa con la fecundidad, socava las pautas de conducta tradicionales que inhiben el control de la descendencia, resta atractivo económico a los hijos, socializa patrones culturales "occidentalizados" en el ámbito de la familia nuclear, facilita la difusión de programas de planificación familiar y el uso de técnicas anticonceptivas, etc.

El gráfico permite ilustrar que la asociación entre urbanización y transición demográfica, implica un complejo de interrelaciones entre cambios demográficos y transformaciones sociales. Por cierto, es clara la evidencia empírica que apoya el argumento presentado en el párrafo previo ya que, de manera sistemática, se observa que los grupos de países más urbanizados están en situaciones más avanzadas en la transición demográfica. No obstante esta asociación de carácter general, el gráfico permite inferir también que la relación entre ambos procesos no sigue un orden causal, dado que se aprecian numerosos países donde no existe correspondencia entre el grado de urbanización y la situación en la transición demográfica. Así, Bolivia, pese a encontrarse en el Grupo I de la transición demográfica, presenta un porcentaje de población urbana superior al observado en países que están en plena transición como Costa Rica y Panamá; de modo semejante, Venezuela cuyo grado de urbanización es el segundo más alto en América Latina, aún no está en una etapa avanzada de la transición; a su vez, Cuba, que se incluye en el Grupo IV de la transición demográfica, registra un nivel de urbanización menor al resto de países de su grupo e inferior, incluso, a algunos de los países en plena transición. Estos casos permiten señalar que los efectos de la urbanización sobre la transición demográfica se ligan, más que a la mera concentración de población involucrada por este proceso, a las transformaciones socioeconómicas y culturales propias de éste.

Puede concluirse que, si bien existe evidencia para afirmar que la urbanización favorece el avance de la transición demográfica, en modo alguno puede atribuírsele un carácter causal; por lo tanto, es razonable señalar que existen especificidades históricas que definen ritmos de avance e intensidades de asociación que varían a lo largo del tiempo y del espacio. En síntesis, las diferentes modalidades socioeconómicas que asume la urbanización generan efectos de distinto tipo y magnitud sobre los componentes de la dinámica de la población; por su parte, el curso de la transición demográfica está influenciado por numerosos determinantes, algunos de los cuales tienen bastante autonomía respecto del grado de urbanización.

Cuando se analizan con mayor detenimiento las desigualdades del comportamiento demográfico, según contextos sociales y espaciales específicos, se aprecia que las intensidades y las modificaciones de la fecundidad y la mortalidad guardan una relación más estrecha con la urbanización que la advertida a escala de grandes agrupaciones de países. Dentro de este orden de consideraciones se sitúa el frecuente hallazgo empírico acerca de la mayor magnitud que asumen los parámetros de la reproducción biológica en las áreas rurales que en las urbanas; algo semejante se constata respecto de los tiempos en que se producen las declinaciones de los valores pertinentes, habiéndose detectado que esos cambios tienden a manifestarse primero en el medio urbano. Pero la mera clasificación urbana de los lugares se muestra como una clave insuficiente a la hora de entender las diferencias que surgen al comparar las condiciones de la fecundidad y la mortalidad entre países y aun entre localidades específicas. En estas circunstancias, se hace manifiesta la heterogeneidad de las matrices históricas dentro de las cuales se establecen las condiciones definitorias de lo urbano.

Toda inspección de la forma en que evoluciona el proceso de urbanización de una población requiere considerar sus fuentes de alimentación demográfica. Desde esta perspectiva es útil distinguir entre dos términos que, si bien íntimamente relacionados, y a menudo tratados como si fuesen sinónimos, presentan significados diferentes; se trata de los conceptos de urbanización y crecimiento de la población urbana, cuya diferenciación no sólo es útil cuando se procura un mejor conocimiento de lo que se estudia, sino también cuando tal objeto es motivo de atención con fines de política. Mientras la urbanización es un proceso que se agota a partir del momento en que se imposibilita el aumento de la proporción de la población total residente en localidades urbanas (es decir, cuando toda la población deviene urbana y se extingue la rural), el crecimiento urbano, o incremento en el número de residentes en localidades clasificadas como urbanas, puede proseguir aun si toda la población adquiere la calidad urbana, dado que siempre dependerá del saldo entre nacimientos y defunciones.⁵ Por lo tanto, es importante detectar qué factores conducen, de modo inmediato, al cambio en los indicadores demográficos que reflejan a cada uno de estos conceptos.

Es posible sostener, sobre la base de un conjunto de evidencias empíricas disponibles, que las tasas de crecimiento natural de la población urbana de América Latina han tendido a ubicarse por debajo de las de su contraparte rural. Tal aseveración se deriva de la mayor fecundidad prevaleciente en las áreas rurales. Sin embargo, las tasas de crecimiento total observadas entre la población urbana han sido sistemáticamente mayores que las advertidas en el medio rural. Esta aparente paradoja permitiría postular que el aumento en el grado de urbanización se debería esencialmente a los aportes de la migración neta rural-urbana y de la reclasificación de localidades. Si no se hubiesen registrado estos fenómenos, que involucran intercambios demográficos desiguales entre los ámbitos rurales y urbanos, la población de América Latina se habría ruralizado, simplemente porque sus áreas rurales han sido escenario de un más vigoroso ritmo de aumento natural. Como ha sucedido lo contrario (es decir, la urbanización regional ha mostrado un signo ascendente), esto implica que la población rural ha contribuido, mediante su traslado o la reconversión de sus asentamientos, a que se eleve la proporción urbana.

⁵ Al confrontar ambos conceptos se deduce que la tasa de urbanización consiste en la discrepancia entre las tasas de crecimiento urbano y de la población total; por lo mismo, a medida que se reduce la tasa de urbanización de América Latina, el ritmo de incremento urbano tiende a asemejarse al de la población total.

Recuadro II.3
COMPONENTES DE LA URBANIZACION Y DEL
CRECIMIENTO DE LA POBLACION URBANA

El grado de urbanización de un país, o porcentaje de su población que habita en localidades urbanas, aumenta sólo cuando el ritmo de incremento de la población urbana es superior al de la población total. Tal discrepancia puede obedecer a los efectos del crecimiento natural o de la transferencia neta de efectivos entre localidades rurales y urbanas (TNRU). Esta última comprende tanto al saldo de la migración entre esos dos tipos de localidades como a la reclasificación de las mismas. Frecuentemente se ha constatado que las tasas de crecimiento vegetativo de la población rural de América Latina superan a las urbanas, como expresión de la más alta fecundidad de las primeras. Luego, si el grado de urbanización de la población total ha ascendido, la explicación de esta evolución se debería esencialmente al aporte de la TNRU. Mediante el uso de una técnica de estimación indirecta, basada en el uso de relaciones de supervivencia, se ha podido confirmar, como se aprecia en el cuadro adjunto, la alta incidencia que la TNRU ha tenido en el aumento del grado de urbanización de la mayoría de los países.

Las mismas estimaciones muestran que el crecimiento de las poblaciones urbanas nacionales, por el contrario, se ha debido principalmente a la contribución efectuada por su propio incremento vegetativo. Sólo una fracción menor del crecimiento de los efectivos urbanos es imputable a la TNRU. Pero esta generalización encuentra algunas excepciones. En Argentina y Cuba ha ocurrido lo opuesto: en ambos países la TNRU representó la componente mayor del crecimiento de la población urbana; tal situación parecería deberse a que, bajo el imperio de bajas tasas de incremento demográfico, el efecto de una transferencia, aun de pequeña magnitud, adquiere un alto peso relativo. Parecería lógico esperar que algo semejante hubiese ocurrido en Uruguay; el que no haya acaecido así se debería a las repercusiones de la alta emigración experimentada por el país en la década de los setenta, la cual habría cancelado el aporte de la TNRU. A su vez, en Paraguay, entre 1972 y 1982, los efectos combinados de la migración internacional de retorno y la reclasificación de localidades redundaron en una inflación de la TNRU. La incidencia de la reclasificación fue también notoria en Brasil, Ecuador y Honduras.

Países	Porcentaje del crecimiento de la población urbana imputable a (según períodos intercensales)						Contribución proporcional de la TNRU a la urbanización (según períodos intercensales)		
	Incremento natural			TNRU			1950-60	1960-70	1970-80
	1950-60	1960-70	1970-80	1950-60	1960-70	1970-80			
Argentina	35.5	45.0	-	64.5	55.0	-	1.500	1.833	-
Brasil	50.4	55.1	50.8	49.6	44.9	49.2	1.101	1.124	1.113
Colombia	63.4	-	69.4	36.6	-	30.6	0.958	-	1.220
Costa Rica	-	-	64.1	-	-	35.9	-	-	1.052
Cuba	-	-	39.2	-	-	60.8	-	-	1.172
Chile	63.4	62.6	70.5	36.6	37.4	29.5	1.015	0.963	1.072
Ecuador	62.4	70.4	50.1	37.6	29.6	49.9	0.918	1.119	1.112
El Salvador	76.9	77.9	-	23.1	22.1	-	1.470	°	-
Guatemala	-	66.1	-	-	33.9	-	-	1.652	-
Honduras	-	-	55.9	-	-	44.1	-	-	1.282
México	-	68.3	69.5	-	31.7	30.5	-	1.023	1.116
Nicaragua	69.7	-	-	30.3	-	-	1.022	-	-
Panamá	68.8	59.8	70.3	31.2	40.2	29.7	1.698	1.237	-
Paraguay	-	65.1	49.3	-	34.9	50.7	-	°	1.460
Perú	-	58.4	66.2	-	41.6	33.8	-	0.986	1.251
Rep. Dominicana	56.5	51.8	-	43.5	48.2	-	1.081	0.966	-
Uruguay	-	92.7	55.2	-	7.3	44.8	-	°	0.966
Venezuela	63.3	72.7	72.1	36.7	27.8	27.9	1.021	1.006	1.140
Promedio de las estimaciones e/	(10) 61.0	(13) 65.0	(13) 60.2	(10) 39.0	(13) 35.0	(13) 39.8	(10) 1.178	(10) 1.191	(12) 1.163

fuente: Anexo A-14.

A fin de precisar lo señalado respecto de la urbanización y de apreciar su diferencia con lo ocurrido en materia de crecimiento de la población urbana, sería necesario contar con información acerca de cada una de los factores intervinientes; desafortunadamente, se carece de tales antecedentes, siendo necesario recurrir a una aproximación indirecta. Un procedimiento ya convencional consiste en establecer comparaciones intercensales entre cohortes de la población total y de la urbana, usando relaciones de supervivencia. Al proceder de esta forma se obtienen estimaciones del aporte de la transferencia neta rural-urbana (o efecto conjunto de la migración neta rural-urbana y de la reclasificación) y, de manera residual, se deriva, por separado, el efecto del incremento natural. Los cálculos realizados con datos de un conjunto de países, y referidos a distintos períodos intercensales comprendidos entre 1950 y 1990, proporcionan una reiteración de lo ya señalado en el sentido que el aumento del grado de urbanización se ha debido principalmente al aporte de la transferencia neta rural-urbana. Sin embargo, los resultados indican también que ese mismo factor sólo ha representado, en promedio, menos de las dos quintas partes del crecimiento de la población urbana en cada intervalo; a su vez, los tres quintos restantes son imputables al efecto de su propio crecimiento natural.

De los análisis efectuados se desprende, por lo tanto, que el crecimiento de la población urbana se debe mayormente a su incremento demográfico y en menor medida al aporte directo de la migración de origen rural; en cambio, la urbanización, o proporción urbana de la población total, se nutre fundamentalmente de la transferencia neta de población entre áreas rurales y urbanas. Desde luego, las estimaciones precedentes sobre el crecimiento urbano corresponden al total de cada país, pudiendo diferir considerablemente de la experiencia de ciudades particulares. Estos datos ponen en tela de juicio apreciaciones como aquellas según las cuales el incremento de los efectivos urbanos se debería al efecto de una "desmesurada" migración procedente del campo; esta errónea percepción pareciera surgir de la confusión entre los dos conceptos antes identificados (urbanización y crecimiento urbano). De este modo, la información suministrada por los ejercicios efectuados contribuye a elucidar el papel que ha cumplido el crecimiento natural en el medio urbano, antecedente necesario en cualquier intento por introducir deliberadas modificaciones en las tendencias de la distribución espacial de la población.

Si el aumento en el porcentaje urbano de la población de América Latina ha sido notable, las cifras absolutas involucradas parecieran ser aún más impresionantes. En efecto, el número de habitantes urbanos de la región se acrecentó de unos 33 millones en 1930 a 66 millones en 1950 y a 320 millones en 1990, una virtual decuplicación de la cifra inicial.⁶ Cuando el ritmo de aumento del porcentaje urbano, o tasa de urbanización, tendió a disminuir, en el decenio de 1950, otra faceta del proceso se hizo más gravitante: el incremento urbano comenzó a cobrar proporciones mayores del crecimiento demográfico total; así, en las dos décadas previas a 1990 cerca de la totalidad del aumento de la población latinoamericana fue "absorbido" por el medio urbano. Una perspectiva diferente, aunque complementaria, se obtiene cuando se observa lo ocurrido con la población rural. No obstante que, en general, ésta ha presentado tasas de crecimiento natural superiores a las de su contraparte urbana, el impacto erosivo ocasionado por la migración neta y la reclasificación de localidades ha minado severamente su potencial demográfico.

⁶ Como durante esos 60 años la población total de América Latina se cuadruplicó, la discrepancia entre ambos factores de expansión (4 en el caso de la población total y 10 en el de la urbana) permite entender el incremento en el grado de urbanización.

A raíz de las tendencias señaladas, los habitantes rurales de América Latina se han acrecentado de modo modesto: de 70 millones en 1930 aumentaron a 93 millones en 1950 y llegaron a 124 millones en 1990, dando cuenta de sólo un 12 por ciento del aumento demográfico total de América Latina durante los últimos 40 años. Por lo tanto, a escala regional, la población rural presenta una relativa estabilidad en cuanto a su magnitud absoluta; en promedio, su tasa de crecimiento durante las dos décadas anteriores a 1990 apenas llegó al 0.4 por ciento. Más aun, en todos los países se constata que el ritmo de crecimiento demográfico rural ha sido ostensiblemente inferior al urbano; en aquellos con un alto grado de urbanización, los residentes rurales han disminuido en términos absolutos. Sin embargo, en las naciones donde el porcentaje urbano es aún relativamente bajo y el crecimiento demográfico continúa siendo rápido —Guatemala, Honduras, Nicaragua y Paraguay—, el medio rural ha mantenido cierto dinamismo, a pesar de las altas tasas de incremento de la población urbana.

Al examinar la evolución experimentada por la población rural de la región ha de tenerse presente que en su mayor parte es dependiente del agro, atributo que se ha acentuado con la declinación de las bases rurales de otras actividades económicas. De hecho, el grado de urbanización de los países muestra una correlación negativa casi perfecta con el porcentaje de población económicamente activa en labores agropecuarias. Esta especialización productiva sugiere que el sino de la población rural se encuentra estrechamente vinculado a los procesos que se desencadenan en las estructuras agrarias, las cuales ejercen decidida influencia sobre las opciones laborales. Una condición persistente de la agricultura latinoamericana es la precariedad, realizada porque la población rural carece de tierras o tiene escaso acceso a este recurso; en siete de los países de mayor ruralidad demográfica esta situación afecta a más de las dos terceras partes de las familias campesinas. Estas restricciones han conducido a la proliferación de las explotaciones minifundiarias, dentro de cuyo seno subsiste una población campesina que, carente de reales expectativas de movilidad social y apegada a pautas culturales de tipo "tradicional", se reproduce a ritmos acelerados, no obstante verse afectada por elevadas tasas de mortalidad.

La ausencia de organización, la falta de una sistemática asistencia técnica y las dificultades de acceso a líneas de financiamiento, han dado lugar, dentro de este contexto, a una continua presión sobre la tierra, con la consiguiente sobreexplotación de los recursos básicos y la presencia de excedentes relativos de población, que encuentran su válvula de escape en los desplazamientos territoriales, permanentes o estacionales. Resulta una irónica paradoja que este tipo de problemas se presente en una región que se encuentra en una posición ventajosa frente a otros continentes en cuanto respecta a la disponibilidad de tierras de cultivo, de praderas y de bosques. Pero la paradoja no concluye aquí; los países de más bajo grado de ruralidad son aquellos en donde la existencia de esos recursos es, en general, más abundante y, sin embargo, se ha mostrado una menor capacidad de retención de población rural. Estos antecedentes llevan a sugerir que la pobreza rural no se habría originado en el aumento de la densidad de población respecto de los recursos renovables, sino que ella se vincularía, más bien, con la falta de equidad distributiva (Ortega, 1992).

Recuadro II.4

TRAYECTORIA RURAL Y MERCADOS DE TRABAJO

En la región, la población rural se divide en trabajadores asalariados y campesinos con tierra. La categoría social que pareciera estarse expandiendo es el proletariado rural que vive del trabajo asalariado. A este respecto, la trayectoria rural es distinta de la que siguieron los países industriales ya que en ésta se fue incrementando el segmento de propietarios agricultores. La tendencia demográfica en esta trayectoria regional es distinta ya que no es igual el arraigo que origina la propiedad de la tierra al arraigo que puede originar el mercado laboral, sobre todo si es ocasional. Las características que han ido perfilando al segmento de trabajadores rurales o agrícolas derivan de las situaciones de anomia y falta de estabilidad que crea la discontinuidad geográfica o temporal en el trabajo, lo que hace difícil reglamentar las relaciones laborales. Esto se manifiesta en el orden familiar y grupal y sobre todo en las posibilidades de articulación de sus intereses y de su representación social. A los mercados laborales acuden cada vez más trabajadores urbanos, en especial para realizar trabajos temporales. Como contrapartida, una proporción que va en aumento de campesinos trabaja en actividades no agrícolas en el medio rural o fuera de él. En México, por ejemplo, en 1980, el 42.4% de la población económicamente activa rural realizaba actividades no agrícolas, fenómeno que cobra mayor importancia si se considera que en 1970 esa proporción era sólo de 23.1%. Algo similar está ocurriendo en Costa Rica, Nicaragua y el Ecuador.

La dinámica del mercado rural se ha venido modificando en varios sentidos. En el proceso de transformación desde los sistemas patronales hacia los de tipo empresarial, se han reducido las formas de arraigo de las poblaciones que permanentemente habitaban y trabajaban en las tierras de las grandes unidades y se acude cada vez más a los mercados de mano de obra independiente que se ha radicado en los pueblos e incluso en las ciudades. El incremento de la demanda de mano de obra para algunos trabajos temporales (cosecha y otros) ha llevado a la contratación de cuadrillas en los pueblos y ciudades gravemente afectados por la falta de oportunidades de trabajo. La estacionalidad de la demanda de trabajo ha otorgado mayor significación al empleo temporal que al permanente. En algunas áreas se observa una sobresaturación de la oferta de mano de obra en los mercados de trabajo rurales, a los cuales procuran acceder los campesinos propietarios de unidades minifundiarías y los trabajadores rurales sin tierra. Se advierte también una mayor apertura y fluidez de estos mercados de trabajo cuyo radio o ámbito de operación es cada vez mayor, por las posibilidades que tiene la población urbana y rural de trasladarse a lugares cada vez más distantes. Existen también algunas áreas de producción modernizadas y con cultivos que requieren mano de obra abundante, en las cuales comienza a sentirse cierta escasez de este factor.

En las áreas de empleo más intensivo de mano de obra, en las cuales las familias pueden encontrar trabajo por un período suficiente que les permita elaborar una estrategia de sobrevivencia, tienden a establecerse asentamientos de poblaciones procedentes de otras áreas en que las necesidades de fuerza de trabajo son menores o la pobreza es mayor y se provocan con el tiempo migraciones hacia puntos con mayores oportunidades de trabajo. El cambio de hábitos de vida, la transición demográfica, que reduce el tamaño de la familia, y la aceptación más amplia del trabajo de la mujer, han creado un clima de mayor movilidad de la mano de obra en función de las opciones de trabajo que se ofrecen, aunque éste sea temporal.

Extractado de: Ortega, E. (1992), "La trayectoria rural de América Latina y el Caribe", en Revista de la CEPAL, N° 47, pp. 140-141.

El grueso de la población campesina se distribuye entre una miríada de asentamientos de pequeño tamaño; la dispersión demográfica resultante limita las posibilidades efectivas de satisfacción de las necesidades básicas de una población que, dadas estas condiciones, exhibe agudas carencias en cuanto a atención de salud, educación y otros servicios esenciales, como agua potable, alcantarillado o electricidad. La provisión de aquellos elementos, dados estos patrones de localización geográfica, se convierte en un asunto extremadamente oneroso, por los altos costos unitarios que involucra. Asimismo, las deficiencias de organización del campesinado se convierten en trabas a su propia participación en los procesos de decisión ciudadanos e impiden una adecuada representación y visibilidad de los problemas que les aquejan.

Pese a su significativa contribución a la generación de los alimentos básicos, el progreso de la agricultura campesina se ha visto inhibido, entre otros factores, por la limitada valoración otorgada a sus funciones de producción y por el tradicional protagonismo conferido a las estructuras patronales. De esta situación emergen, en gran medida, los desajustes en la vinculación de la población y los recursos naturales renovables; la fuerte inequidad en la distribución de la tierra se convierte, así, en un elemento cardinal de las restricciones que el agro latinoamericano presenta ante las estrategias de transformación productiva. Aun cuando el valor de la producción agrícola se triplicó entre 1950 y 1990, más del 60 por ciento de la población rural integra los estratos pobres de América Latina; alrededor de la mitad de esos hogares se encuentra en la indigencia. Con todo, la reproducción de la cultura rural en el ámbito campesino, y en particular dentro de las comunidades indígenas, ha configurado un importante factor de retención de población (Ortega, 1992). Este factor permitiría entender la no migración de amplios segmentos rurales sumidos en condiciones de pobreza.

A su vez, las nuevas modalidades de organización empresarial establecidas en el agro latinoamericano han introducido el trabajo asalariado y semiasalariado, pero sólo una fracción de éste ha conseguido una inserción orgánica y estable en el proceso productivo, mientras que la gran mayoría está sujeta a formas de contratación segmentadas a lo largo del tiempo, caracterizadas por inestabilidad laboral y largos períodos de desempleo. Sin embargo, la dinamización relativa del agro, especialmente durante la etapa crítica de la década de 1980, ha significado la creación de mercados de trabajo rurales que atraen a la población urbana desempleada. Como resultado de este impulso, la secular tendencia al decrecimiento del aporte del sector agrícola a la formación del producto interno bruto se detuvo, y hasta se invirtió, entre 1981 y 1989. Aunque parte importante de este aparente avance es imputable a los efectos de la crisis económica sobre los demás sectores, revelando que la agricultura posee una capacidad amortiguadora de las perturbaciones macroeconómicas, es indudable que se experimentaron progresos de importancia respecto de algunos productos en aquellos países donde fue posible la expansión de exportaciones no tradicionales (frutas tropicales y de climas templados, hortalizas, flores, soya).

Diversas incertidumbres dificultan la percepción nítida del horizonte futuro de las nuevas actividades agroexportadoras, que tanta gravitación han ejercido en la generación de puestos de trabajo estacionales. Los bienes generados corresponden, por lo común, a rubros cuya demanda ha demostrado ser fluctuante y cuya oferta es altamente sensible al surgimiento de nuevas fuentes de oferta, incluida la posibilidad de sustitución por parte de los propios países importadores (Di Girolamo, 1992). Además, la "modernización" agrícola, en la que se inscriben tales actividades, ha ido acompañada de serios problemas ambientales, motivados por unos estilos de producción que descansan en un uso intensivo de insumos químicos, cuyo empleo, por lo demás, entraña riesgos de salud para los trabajadores. La elevada estacionalidad del empleo, a su vez, origina serios problemas en todo lo que atañe a la atención de las necesidades básicas de una mano de obra esencialmente móvil. Por último, como este tipo de explotación implica grandes escalas de producción, su desarrollo ha presionado sobre nuevas tierras, las que, a

menudo, se han obtenido a costa de los pequeños propietarios; así, la "modernización" ha adquirido las características de un factor de descampesinización. Desplazados del medio rural esos campesinos han encontrado "refugio" en áreas urbanas desde donde ofrecen su fuerza de trabajo a las faenas del agro.

Reflejando las transformaciones económicas y sociales experimentadas por América Latina, se advierte un radical cambio en las modalidades de distribución de la fuerza de trabajo entre actividades basadas en áreas rurales y urbanas. Todavía en 1950 más de la mitad de la población económicamente activa regional se encontraba en el medio rural; en cambio, hacia 1990 menos de un tercio de los activos se insertaban en este sector. Al comenzar el período, sólo en las cuatro naciones más urbanizadas esa proporción era inferior a la mitad; en 1990, tal situación se observa en catorce países, estimándose que hacia fines del siglo en apenas los dos países, Guatemala y Haití, habrá un predominio rural de la población económicamente activa. Durante los 40 años previos a 1990 la fuerza de trabajo de América Latina creció según una tasa media anual del 2.6 por ciento, mientras que la fracción ligada a la agricultura aumentó a un ritmo del 0.8 por ciento. Estos datos ilustran acerca de la magnitud de la transferencia de activos rurales hacia sectores de base urbana. Por otra parte, como ya se ha indicado, la mayor parte de los efectivos rurales se dispersa entre millares de localidades que tienen menos de dos mil residentes.

Como contrapartida de las modalidades de poblamiento disperso que se advierten en el campo latinoamericano, la región se caracteriza por la existencia de grandes núcleos de concentración de la población. Tradicionalmente se ha dicho que éste es un atributo marcado de la urbanización de América Latina y que su ritmo de expansión es incesante. Algunas cifras parecieran corroborar esta aseveración, pero una inspección de los antecedentes más recientes sugeriría que la misma sólo tiene parte de verdad. Hacia 1950 la región contaba con 7 ciudades de más de un millón de habitantes; veinte años después su número había llegado a 18 y en 1990 se elevaba a 38. La población de estos centros se acrecentó, a lo largo de cuarenta años, desde 17 millones a 132 millones de personas. Todavía más, en 1950 sólo una ciudad latinoamericana excedía de los 5 millones de residentes, en 1990 había cinco, que concentraban unos 66 millones de personas. En otros términos, en 1990 los residentes de 38 ciudades "millonarias" eran más numerosos que toda la población rural de la región (cuadro II.2).

Ahora bien, si se considera la evolución de las localidades de gran tamaño a lo largo del tiempo se advierte que el crecimiento demográfico de las mismas ha ido perdiendo vigor, mostrándose menos dinámicas que las otras que integran los sistemas urbanos nacionales. De este modo, al tomar en cuenta el ritmo de cambio de las 38 ciudades que superaban la barrera del millón de habitantes en 1990, se aprecia que su tasa de incremento medio anual descendió del 47 por mil entre 1950 y 1970 al 33 por mil entre 1970 y 1990. Por efecto de este comportamiento, aquellas ciudades han mantenido prácticamente constante la proporción de población urbana que representan (alrededor del 40 ó 43 por ciento de esta última), aunque también es efectivo que han aumentado su gravitación dentro de la población total (desde el 17 al 30 por ciento). La desaceleración del crecimiento de las 7 ciudades que ya tenían más de un millón de habitantes en 1950 ha sido aún mayor; su tasa de incremento medio anual se ha reducido del 41 por mil entre 1950 y 1970, cuando ya se acrecentaban según un ritmo menor que el conjunto urbano total, al 28 por mil entre 1970 y 1990. Mientras en 1950 esas 7 ciudades reunían el 26 por ciento de la población urbana de América Latina, en 1990 su incidencia se reducía al 22 por ciento del total. Como un conjunto, el grupo de las 38 ciudades "millonarias" en 1990 ha tendido hacia una tasa de incremento demográfico inferior a la del resto de la población urbana de la región; de ello podría inferirse que la capacidad de aumento relativo de su población ha sido inferior a la ostentada por las ciudades de rango medio o pequeño.

Cuadro II.2

AMERICA LATINA: CONCENTRACION DE LA POBLACION EN CIUDADES
DE GRAN TAMAÑO, 1950 Y 1990

	Ciudades de 1 millón o más habitantes en:			Ciudades de 5 millones o más habitantes en:		
	1950	1970	1990	1950	1970	1990
Número de ciudades	7	18	38	1	4	5
Población (en miles de personas)	17 099	56 803	132 245	5 042	32 899	66 057
Porcentaje de la población total	10.72	20.51	30.26	3.16	11.88	15.11
Porcentaje de la población urbana	25.77	35.63	42.61	7.60	20.64	21.28
	Ciudades que tenían 1 millón o más hab. en el año 1990			Ciudades que tenían 1 millón o más hab. en el año 1950		
	1950	1970	1990	1950	1970	1990
Número de ciudades	38	38	38	7	7	7
Población (en miles de personas)	26 931	69 008	132 245	17 099	38 648	67 840
Porcentaje de la población total	16.88	24.91	30.26	10.72	13.95	15.52
Porcentaje de la población urbana	40.59	43.29	42.61	25.77	24.25	21.86
Tasa media anual de crecimiento (por mil)	47.05	32.52		40.77	28.13	
Indice de predominio urbano (por mil) ^{a/}	3.22	-0.79		-3.04	-5.19	

Fuente: CELADE (1991).

^{a/} Corresponde a la tasa media anual de crecimiento del porcentaje de la población urbana que reside en las ciudades de 1 millón o más de habitantes.

Por lo tanto, al contrario de lo que se percibiese durante los inicios de la segunda mitad del siglo XX, en la mayoría de los países de la región y, presumiblemente, desde la década de 1960, las áreas metropolitanas más grandes (Ciudad de México, São Paulo, Buenos Aires, Río de Janeiro, Santiago, Caracas) han ido perdiendo importancia relativa dentro de los contextos urbanos nacionales, tendencia que continuará vigente por lo menos en el resto del siglo. Este fenómeno no parece ser privativo de los países mayores; también en Bolivia, Ecuador y Honduras, las urbes de mayor tamaño han mostrado menor dinamismo que otras de rango demográfico medio. Pero, donde mayor visibilidad adquiere el fenómeno es en Cuba, cuya capital, La Habana, en virtud de una política deliberada, se ha convertido en una de las ciudades de menor crecimiento en el país (y en América Latina como un todo).

Otro proceso que se ha desencadenado a parejas con esta disminución de la intensidad en el dinamismo demográfico metropolitano es el relativo a la desigualdad espacial de los patrones de crecimiento intraurbano. Por lo común, las zonas centrales han ido perdiendo población y experimentando un envejecimiento de la misma, en tanto que algunas áreas exteriores de las urbes se han acrecentado velozmente, rejuveneciéndose las estructuras por edad e imponiendo la necesidad de relocalizar servicios. Este proceso, alimentado por diversas formas de uso especulativo del suelo, ha dado lugar a serias presiones sobre los recursos públicos, a la vez que ha tenido importantes repercusiones sobre el medio ambiente.

A pesar de las tendencias descritas, todo parece indicar que las grandes metrópolis latinoamericanas seguirán aumentando su escala, continuando con la configuración de amplias regiones urbanas o suburbanas en sus entornos. Por lo demás, algunas de estas ciudades están alcanzado magnitudes inéditas en la historia y 4 de ellas se cuentan entre las 10 más pobladas del mundo. Esta expansión ha puesto a prueba las posibilidades efectivas de gestión urbana en todos sus aspectos. Si bien es indudable que la concentración brinda un marco de posibilidades en cuanto a la generación de economías de escala, externas y, en suma, de aglomeración, cuyas connotaciones exceden el plano de la economía, extendiéndose a diversos campos sociales y culturales, no cabe duda que las grandes ciudades se constituyen también en escenario de grandes problemas. Entre éstos suelen destacarse las severas deficiencias en materia de satisfacción de necesidades de diversa índole, el deterioro ambiental y la congestión. No es claro, sin embargo, que exista un vínculo causal directo entre tales problemas y el tamaño de las ciudades; más bien, algunos de ellos obedecen a limitaciones propias de las sociedades dentro de las cuales esas entidades urbanas devinieron reales. En este sentido, el centro de preocupación no radicaría tanto en la magnitud demográfica, sino en la forma en que ésta puede existir sin que se acumulen las adversidades. Se ha dicho, en este respecto, que los habitantes de las grandes áreas metropolitanas se encuentran, en muchos sentidos, entre los más privilegiados de la región, pero al mismo tiempo estos privilegios tienen una distribución muy desigual y, en algunos casos, se han obtenido de manera limitada (CEPAL, 1992).

Desde un punto de vista económico, las ciudades de gran tamaño exhiben varios ejemplos de dilapidación de recursos, como sucede con las dimensiones de ciertas dotaciones físicas, que se diseñan conforme a sus instancias de mayor utilización, la prematura sustitución de algunas estructuras edilicias (incluyendo barrios completos), o la carencia de coordinación entre proyectos que demandan grandes inversiones. En cuanto a sus efectos ambientales, las grandes ciudades involucran una serie de alteraciones respecto del medio natural, a través del empleo de tecnologías que tienen repercusiones graves sobre la propia calidad de la vida y que hipotecan recursos, como sucede con el uso masivo de energía, la disposición de los desechos o la contaminación del aire y el agua. También en las ciudades de mayor tamaño es frecuente que se agudicen las formas de segregación social por efecto de las

modalidades de gestión de los espacios, de la vivienda y del transporte. Pero, aún en el hipotético caso que estas ciudades dejaran de crecer, problemas como los mencionados persistirían por largo tiempo, dadas sus íntimas relaciones con otras dimensiones de las modalidades de desarrollo puestas en práctica, una de cuyas manifestaciones más visibles es la representada por los patrones de consumo, que guardan un estrecho correlato con las inequidades socioeconómicas.

Tampoco puede desconocerse que la atención de algunos de los requerimientos de las áreas metropolitanas, como los relacionados con las dotaciones físicas, suele comprometer ingentes recursos, especialmente porque, una vez trascendidas ciertas magnitudes de demanda, se requiere introducir cambios de escala que connotan la adopción de tecnologías costosas. Un ejemplo de este tipo es el relativo a transporte y vialidad. A su vez, la decisión de postergar las inversiones en algunos rubros, a veces motivada por restricciones económicas de tipo coyuntural, deja a la población de las grandes ciudades, particularmente a los grupos más desfavorecidos, expuesta a riesgos de importancia. Las deficiencias en materia de suministro de agua potable y de tratamiento de aguas servidas han quedado de manifiesto a raíz de los recientes brotes del cólera. En todo caso, si la cuantía de los esfuerzos requeridos con el objeto de satisfacer las necesidades de los habitantes metropolitanos es elevada, no es claro que una localización alternativa de los recursos pueda otorgar beneficios mayores.

Con toda la severidad que revisten los problemas que se presentan en las áreas metropolitanas, no menos graves parecen ser los observables en otras localidades de menor tamaño de población, pero de rápido incremento demográfico. Algunos de estos centros urbanos son "nuevos", en el sentido que su crecimiento ha sido estimulado por la explotación de recursos de localización fija, la promoción de grandes proyectos económicos, la concesión de incentivos fiscales o la ocupación de un territorio. En ciertos casos, su futuro es incierto ya que la existencia misma de esos centros depende de las fluctuaciones que exhiba la actividad principal, a veces única, que desempeñan. Son "nuevos", también, en términos de sus habitantes, una alta proporción de los cuales son migrantes recientes, que experimentan dificultades de inserción dentro del contexto socioeconómico y cultural de estas localidades. Es frecuente que bajo tales condiciones se registren diversas carencias en materia de atención de necesidades fundamentales de la población, advirtiéndose situaciones generalizadas de vulnerabilidad ante diversos riesgos. Asimismo, los episodios de poblamiento abrupto de tales localidades suelen traer aparejadas importantes repercusiones ambientales. Sin embargo, además de representar potencialidades de radicación alternativa de los efectivos humanos de un país, estas localidades podrían convertirse en embriones de un proceso de descentralización, concebido como parte de una estrategia de transformación productiva con equidad.

Recuadro II.5

SOBRE LOS PROBLEMAS METROPOLITANOS

En parte de la literatura especializada, como en foros internacionales, se encuentra, con frecuencia, un consenso aparente sobre la existencia de una "crisis urbana", que sería el producto del tamaño "excesivo" de las ciudades principales y el resultado de los problemas que dicha situación acarrearía en la mayoría de los países de la región. Esta afirmación encuentra asidero en el hecho innegable de que el proceso de urbanización en América Latina y el Caribe, con su acelerado y alto grado de concentración, sin lugar a dudas, se ha visto acompañado de grandes deficiencias en cuanto a la satisfacción de necesidades de todo orden, de un medio en franco deterioro y de ingentes problemas de gestión.

Por otra parte, un número creciente de investigadores ven en la gran ciudad latinoamericana numerosas potencialidades y aptitudes que permitirían sobreponer los umbrales del subdesarrollo. Sostienen que la relación causal entre tamaño urbano y problemas urbanos está lejos de haberse demostrado. Por lo mismo, insisten en que no existe una asociación causal directa y proporcional entre el tamaño urbano y la pobreza de las ciudades, e incluso entre aquél y problemas como los del transporte, que pueden surgir cuando aún no se han alcanzado dimensiones considerables y que más parecen estar vinculados a variables de tipo tecnológico y urbanístico, o culturales.

Usualmente, cuando se habla de la crisis urbana, se mencionan problemas como los de los bajos ingresos, el desempleo, los déficit de viviendas, la escasez de servicios, etc., que nada tienen que ver, estrictamente, con el "hecho urbano" y menos pueden atribuirse al tamaño de las ciudades. Se trata, en realidad, de problemas económicos y sociales nacionales; se los menciona entre los problemas urbanos realmente sólo por el hecho de que el grado de concentración demográfica de los países determina, a su vez, una concentración de esos problemas en las ciudades. De esta manera, en el fondo, el problema urbano pasa a ser sinónimo de problema nacional. Al respecto, suele mencionarse que la escasez de recursos, propia de países en desarrollo, es la causa de los problemas urbanos latinoamericanos. Se trata de un argumento de orden tan general, que obviamente podría dar cuenta de todos los problemas de los países de la región y no tan sólo de los urbanos. Por otra parte, si se atiende al hecho de que los problemas que se han caracterizado como propios de las ciudades revelan grados apreciables de ineficiencia económica y derroche, la explicación en cuestión debe ponerse en duda: tan importante como la escasez de recursos es la forma como éstos se usan y distribuyen socialmente. En este sentido, la crisis económica ha tenido la ventaja de poner en evidencia lo irracional que a veces puede ser, desde el punto de vista del interés general, la forma en que estos recursos se usan en las metrópolis latinoamericanas.

En resumen, los problemas metropolitanos más importantes de las metrópolis no tienen necesariamente una relación directa con su tamaño; están más bien vinculados con la forma que adoptan el crecimiento y la distribución de costos y beneficios de la urbanización. El derroche, la contaminación atmosférica, los problemas de transporte y los relativos a la pobreza de la ciudad tienen más relación con la gestión urbana y con la contradicción entre privatización de beneficios y socialización de costos de la urbanización que con el tamaño demográfico de las metrópolis.

Extractado de: CEPAL (1989), La crisis urbana en América Latina. Reflexiones sobre alternativas de solución, Comisión Económica para América Latina y el Caribe, Santiago, Chile, (LC/G.1571-P), pp. 81-87.

C. MOVILIDAD ESPACIAL Y MIGRACION INTERNA EN AMERICA LATINA

El concepto de migración interna alude a los desplazamientos de la población a lo largo del tiempo y a través del territorio de un país. Siendo imprescindible acotar ambas dimensiones, se carece de criterios de validez general acerca de las unidades de referencia con las cuales se atendería ese propósito. No existe una manera inequívoca de delimitar el período de tiempo requerido para que un determinado movimiento pueda ser clasificado como migración; análogamente, tampoco se dispone de una norma exacta sobre el tipo de frontera geográfica que ha de ser cruzada a fin de que un cierto traslado pueda ser catalogado como migración. Ante tales ambigüedades, la práctica frecuente ha sido la de considerar la migración interna como el conjunto de traslados de residencia habitual entre divisiones territoriales diferentes de un país. Esta discriminación contribuye, sin duda, a identificar el objeto de preocupación, dado que omite a las simples mudanzas de domicilio dentro de una misma unidad geográfica. Pero, también excluye a una vasta gama de movimientos que, sin involucrar el abandono de la residencia anterior, constituyen fenómenos cuyo comportamiento es de interés analizar en la perspectiva de las transformaciones sociales y económicas que han acaecido en la región.

Dentro de la realidad latinoamericana no sólo se advierte la existencia de migración interna, propiamente tal, sino también un conjunto de formas de movilidad espacial de la población, entre las que se cuentan las de índole itinerante, periódica, estacional, cíclica o circulatoria, así como algunas que se desenvuelven dentro de cortas distancias. Si bien estos desplazamientos, que no implican el cambio del lugar de residencia habitual, han estado presentes a lo largo de la historia, como lo ilustran los traslados estacionales de trabajadores con motivo de cosechas y zafras de cultivos anuales, especialmente en áreas agroexportadoras, su magnitud y su diversidad parecieran haberse acrecentado en las últimas décadas. A diferencia de lo que podría haberse observado en años anteriores, recientemente se ha advertido que parte importante de la mano de obra "temporal" tiene una residencia de base urbana. Pero esta modalidad estacional no sólo se vincula con las actividades del sector primario o de la agroindustria; existen evidencias en el sentido que, desde ya largo tiempo, algunos campesinos y trabajadores rurales se desplazan periódicamente hacia algunas zonas urbanas donde desempeñan funciones en la construcción o en ciertos servicios y, luego de obtenido un cierto ingreso, retornan a sus residencias de base rural. Algo semejante se ha percibido con relación a los centros mineros.

Entre los factores determinantes de la mayor incidencia contemporánea de la movilidad temporal cabe mencionar, entre otros, las nuevas condiciones de operación de los mercados de trabajo, los efectos de la crisis económica de los años ochenta, las repercusiones de las medidas de ajuste estructural, el impacto de la reorientación de las grandes directrices de la economía, la incorporación creciente de capital y tecnología en ciertos sectores de la producción, la diversificación de las exportaciones con énfasis en rubros no tradicionales y la incorporación de adelantos en materia de transporte y comunicaciones. Todo este complejo de factores permitiría suponer que las pautas de organización social de los países de la región se encuentran en pleno proceso de reestructuración, incluyendo señales y mensajes de restablecimiento de las formas democráticas, de fórmulas de reconciliación y de concertación, así como de "modernización" cultural.

En suma, una serie de alteraciones de variada índole estarían promoviendo formas de fluidez en los desplazamientos de la población a través de los territorios regionales y configurando alternativas respecto de la migración en sentido estricto. Las mismas circunstancias estarían conduciendo a la multiplicación de las residencias, coadyuvando, tal vez, a una redefinición de los espacios de vida de un

amplio segmento de la población. Desde otro ángulo, el incremento de las poblaciones "flotantes" parecería incidir de un modo particularmente intenso sobre la provisión de ciertos servicios básicos, como los de salud, generando presiones fluctuantes a lo largo del tiempo y en distintas unidades espaciales. En otros términos, la movilidad temporal a través de los territorios estaría acompañada de nuevas expresiones de los problemas fundamentales de la población.

Probablemente el caso más notable de cambio es el que corresponde a los desplazamientos temporales originados por la estacionalidad propia de la producción agrícola, cuyos efectos se han visto acrecentados a raíz de la definición de nuevas relaciones laborales en los contextos urbanos y rurales. La "modernización" agrícola ha implicado un uso más intensivo de los recursos básicos y el empleo temporal de fuerza de trabajo asalariada. Así, durante los períodos críticos de recolección de las cosechas se contratan y subcontratan trabajadores que no siempre residen en el campo y que se distinguen por un cierto grado de calificación. Tal estilo de contratación laboral también se manifiesta en algunos rubros industriales, como la agroindustria y las empresas maquiladoras, así como en la minería. En este último caso, donde la temporalidad del empleo se vincula con los avatares propios del hallazgo y la extinción de ciertos yacimientos, así como con las fluctuaciones de los precios internacionales del producto pertinente, es frecuente encontrar una gran fluidez demográfica, motivada por los traslados habituales de los trabajadores, como los "garimpeiros" de Brasil o los "pirquineros" de los países andinos.

Los desplazamientos vinculados con el avance de la población hacia los frentes de colonización en zonas de frontera internas configuran una de las dimensiones sociodemográficas más importantes de los últimos 30 ó 40 años. También entre ellas destacan formas temporales y cíclicas de movilidad espacial, observándose circuitos de desplazamiento y sucesión. Los procesos en operación son de diversa índole, dependiendo de la población y la naturaleza de los espacios involucrados. Así, en Brasil, pobladores rurales del empobrecido Nordeste, profundamente afectado por ciclos recurrentes de severas sequías, se han trasladado hacia la cuenca inferior de la Amazonía, procurando reproducir sus estilos de ocupación del suelo; sólo parte de este desplazamiento ha obedecido a programas y políticas oficiales, otra fracción todavía mayor corresponde a los movimientos de tipo "espontáneo". A su vez, en las áreas del Gran Pantanal y la cuenca media superior del Amazonas, se ha registrado la acción pionera de trabajadores agrícolas procedentes de los estados de Paraná y São Paulo, desde donde han sido expulsados por la incorporación de tecnologías avanzadas, la sustitución de cultivos y el establecimiento de nuevas modalidades cuasi industriales de explotación agrícola. Con frecuencia estos frentes de colonización campesina son reemplazados, luego de cierto tiempo, por la intervención de empresas, originándose el traslado masivo de los ocupantes iniciales hacia núcleos urbanos o a localizaciones aún más remotas. La iteración de este proceso deja la imagen de un virtual agotamiento de las fronteras internas.

La vertiente oriental de la Cordillera de Los Andes, especialmente junto a los cursos de agua que tributan hacia el Amazonas y el Orinoco, ha sido también escenario de un vigoroso, aunque irregular, modelo de ocupación durante las últimas décadas. Nuevamente, la explotación agropecuaria ha constituido la punta de lanza de esta forma de penetración hacia los espacios "vacíos". Asimismo, la explotación de hidrocarburos y de tipo silvícola ha motivado emplazamientos de carácter semipermanente, cuyos efectos depredadores sobre el medio ambiente son manifiestos. Además, en diversas áreas esta penetración ha presionado sobre las poblaciones indígenas residentes en ellas, llegándose a situaciones de virtual aniquilamiento de esos grupos aborígenes. En más de un caso se ha observado el impacto dinamizador del narcotráfico, como se verifica en zonas del Oriente de Bolivia, la Selva de Perú y el área surenoriental de Colombia. La cuenca del Paraná, en Paraguay Oriental, ha visto acrecentar su población en forma notable durante los últimos años, registrándose una significativa redistribución de la población campesina.

Recuadro II.6

PERCEPCIONES SOBRE LA MOVILIDAD TEMPORAL

Al escribir sobre migración temporaria en el Brasil, imaginé que podría evitar las trampas de esos viajes inacabados, definiéndolos conceptualmente como de costumbre: parando lo que se mueve, haciendo presente lo ausente. Preguntamos: ¿cuánto tiempo de ausencia es necesario para definir la migración temporaria? ¿Los pocos días durante los cuales el trabajador se traslada de una región a otra próxima para cortar naranjas, o los muchos años necesarios para que un trabajador ausente vuelva a su poblado, después de haber consumido toda su vida en una fábrica de São Paulo? Si en términos demográficos, la duración, lo "temporario", es esencial en el estudio de la migración interna, en términos sociológicos es fundamental la noción de ausencia. Si la ausencia es el núcleo de la conciencia del migrante temporario, es porque no cumplió y no encerró el proceso de migración, con sus dos momentos extremos y excluyentes: la desocialización en el origen y la resocialización, en el lugar de "adopción".

Sociológicamente hablando, al volver, el migrante temporario ya no es el mismo; y por tener que salir en las condiciones en que sale, modifica las relaciones sociales de su grupo de origen, altera la organización familiar, la división del trabajo doméstico, el lugar de cada uno. Lo que encuentra cuando vuelve, ya no es aquello que dejó. Ya no puede ver el mundo como lo veía antes. Los datos censales son insuficientes para tener una clara visión de los migrantes temporarios. Cuando se realiza el censo demográfico, el 1 de septiembre de los años acabados en cero, millares de campesinos, denominados "corumbas", están saliendo de la región de Agreste en el Estado de Pernambuco, para cortar caña de azúcar en la zona de la Mata. Sólo volverán a sus lugares en marzo, con las primeras lluvias. En la misma época, los campesinos y trabajadores rurales que salieron del Valle de Jequitinhonha en Minas Gerais, para cortar caña en la región de Ribeirão Preto en São Paulo, están volviendo a sus lugares de origen para preparar la tierra de su propio terreno. Estos movimientos no aparecen en el censo, particularmente cuando toda la familia se desplaza, para volver posteriormente, o está de paso en un lugar por un largo período, como ocurre con muchos obreros y técnicos que trabajan en la construcción de represas.

Del vasto abanico de situaciones, hay tres que constituyen claras modalidades de movilidad temporaria. Por un lado, las cíclicas, con su tiempo cierto de ida y vuelta, un ritmo definido, generalmente combinando ciclos agrícolas distintos, que son las migraciones temporarias propiamente dichas; están dominadas por el compás de las estaciones del año, del plantío, del crecimiento y de la cosecha de los productos agrícolas; comprenden desde el campesino hasta el boia-fria. Un segundo tipo de migración temporaria es la regulada por el calendario agrícola del cultivo del propio migrante, en el lugar de origen; en el lugar de destino, o sea en la gran ciudad, en la industria, en la construcción, el proceso de trabajo es dominado por el tiempo lineal del capital, continuo —si un obrero sale es sustituido por otro—, no hay estaciones ni hay día o noche. Finalmente, existen las migraciones dominadas por el ritmo irregular de las grandes obras, públicas o privadas, como la construcción de represas y carreteras u otros proyectos que emplean millares de trabajadores, que no precisan obedecer a ciclos naturales y que, con la misma intensidad, generan muchos empleos a corto plazo y mucho desempleo en poco tiempo; es donde más claramente la migración temporaria tiende a convertirse en permanente.

Extractado de: de Souza-Martins, J. (1986), "El vuelo de las golondrinas: migración temporaria en el Brasil", en PISPAL/CIUDAD/CENEP, *Se fue a volver*, Colegio de México, México, pp. 183-205.

desde el área central de ese país hacia la frontera con Brasil. En Honduras, Costa Rica y Panamá el avance sobre la costa caribeña se ha mostrado también incesante, siendo acompañado de serias alteraciones en los ecosistemas naturales. Todos estos casos revelan también una alta fluidez demográfica.

Muchos procesos de ocupación de las tierras de frontera han debido encarar severos problemas, como el aislamiento relativo, las dificultades de acceso a los mercados, la ausencia de apoyo técnico y crediticio y la falta de servicios esenciales. Circunstancias como éstas parecieran incrementar los grandes desafíos que habrán de ser enfrentados por las estrategias orientadas a una transformación productiva con carácter sistémico y, por cierto, ponen en evidencia las inequidades de orden social que se asocian con los movimientos descritos. Estos problemas se manifiestan, además, en una evidente inestabilidad del poblamiento. Si las corrientes de acceso a las zonas de colonización son de gran importancia demográfica, sus efectos se ven contrarrestados por contracorrientes no mucho menos numerosas; estas últimas no sólo se explican por la intervención de procesos de reemplazo empresarial, como los ya mencionados anteriormente, sino también por la aguda precariedad de la vida cotidiana en áreas de reciente ocupación. Además, el carácter generalmente elevado de los índices de masculinidad que se advierte en ellas revela la participación mayoritaria de hombres jóvenes adultos solos, sin sus familias, hecho que pudiera interpretarse como un indicio de la condición de prueba que pareciera adquirir el fenómeno de colonización.

La naturaleza misma de los ecosistemas intertropicales, cálidos y lluviosos, de alta fragilidad, como la carencia de una tecnología apropiada para operar en aquel tipo de medio, parecería desembocar, con cierta frecuencia, en episodios desastrosos, cuya relevancia no se reduce a la escala local, sino que es percibida en términos globales. Los ejemplos de la deforestación masiva, por efecto de la tala o la quema de la vegetación, de lixiviación de suelos, cuyos altos contenidos de hierro los exponen a una rápida oxidación, de embancamiento de los ríos, a menudo contaminados con pesticidas y otros agentes químicos, no son más que algunas evidencias de las complicaciones asociadas con este avance de las fronteras. Desde luego, tales impactos ambientales no son imputables sólo a los desplazamientos periódicos de trabajadores, sino principalmente a las modalidades de explotación de los recursos no renovables por parte de grandes empresas.

Otro tipo de movilidad espacial "emergente" en América Latina es la que se detecta dentro de las grandes áreas metropolitanas, cuyo desenvolvimiento se encuentra íntimamente relacionado con una creciente modalidad de segregación en los patrones de apropiación y uso del espacio urbano. Aun cuando esta tendencia se verifica en distinta forma en los países y no constituye un ejemplo de desplazamiento estacional, sus manifestaciones se han hecho cada vez más notorias a medida que los antiguos y tradicionales "centros" de las ciudades han sido reemplazados por nuevos núcleos comerciales y financieros en barrios de altos ingresos. Un caso ilustrativo es el de Santiago de Chile, donde, desde principios de la década de los ochenta se promovieron, como parte de una política oficial, traslados masivos de familias pobres asentadas en viviendas marginales ("poblaciones callampas") ubicadas en sectores céntricos y de altos ingresos ("barrio alto"). Estos desplazamientos de tipo coactivo, conocidos bajo el eufemismo de "erradicaciones", llevaron a relocalizar a los grupos pobres en viviendas pequeñas, de material sólido, ofrecidas en condiciones de compra relativamente ventajosas, pero situadas a gran distancia de los lugares de trabajo, en sectores de la periferia que ya contaban con chabolas desde hacía varios años.

Erradicaciones como las señaladas, si bien bajo condiciones contextuales diferentes, se han presentado en varias de las ciudades de mayor tamaño de la región. Sus efectos sobre los patrones de estratificación social y espacial se han hecho sentir con particular intensidad dando lugar a una agudización de las inequidades, claramente ejemplificadas por el contraste entre riqueza y pobreza. Tales movimientos de población, derivados de decisiones normativas, han incidido también en revalorizaciones diferenciadas del suelo urbano. De otro lado, los desplazamientos de sectores de bajos ingresos, carentes de vivienda, hacia terrenos baldíos, como la ocupación precaria ("invasiones" y "tomas") de los mismos, configuran un tipo de movilidad espacial intraurbana que adquirió especial significación desde mediados del siglo XX. Un ejemplo de este último tipo corresponde a los "pueblos jóvenes" de Lima, donde la motivación inmediata del movimiento, vinculada a la reivindicación por el techo, ha conducido, en algunos casos, a formas novedosas de urbanización popular y a estilos de autogestión.

Concordando con las tendencias del proceso de urbanización, los estudios recientes sobre las corrientes migratorias con fines de traslado de la residencia (migración en sentido estricto) entre áreas urbanas y rurales muestran que, en la mayoría de los países de la región, y por lo menos desde la década de los setenta, el flujo principal es aquel en que el origen y el destino son urbanos. Como ejemplo de lo indicado, en Perú, ya entre 1972 y 1978, la migración entre áreas urbanas representó el 48 por ciento del total de los desplazamientos involucrados por las cuatro corrientes que conectan campo y ciudad⁷. A su vez, en Chile se detectó que en el quinquenio comprendido entre 1965 y 1970 los movimientos de tipo rural-urbano implicaban tan sólo una cuarta parte del total de migrantes. En países de más antigua urbanización y de transición demográfica avanzada, como Uruguay y Argentina, la movilidad interurbana ha tenido una posición predominante desde ya largo tiempo. Con relación a Brasil se ha detectado que, si bien continúa existiendo un flujo significativo de migrantes desde el campo a las ciudades, no podrá esperarse en el futuro un éxodo rural tan masivo como el que se registró entre 1950 y 1980, cuando éste fue equivalente a un tercio del total de residentes en el campo al principio del período. Sin embargo, es preciso reconocer que la corriente rural-urbana sigue siendo importante en aquellos países que cuentan con un grado de urbanización relativamente bajo.

Aun cuando varias de las grandes ciudades de la región han exhibido, en años recientes, tasas de crecimiento demográfico inferiores a las que se observan en el resto de los respectivos sistemas urbanos nacionales, ello no implica que exista un predominio de la emigración en las áreas metropolitanas. En realidad, ese aparente menor dinamismo resulta explicado, en gran medida, por el tránsito de la fecundidad hacia magnitudes claramente menores que las imperantes en otras localidades de los mismos países. Los saldos migratorios de la mayoría de esas ciudades de gran tamaño continúan siendo positivos, aunque su contribución al incremento de la población total rara vez excede la representada por el crecimiento vegetativo. Ahora bien, este saldo neto resulta de una inmigración de origen esencialmente urbano. En todo caso, como ya ha sido señalado, las evidencias disponibles respecto de los últimos decenios permite sostener que las áreas metropolitanas de la región han perdido su fuerza de atracción migratoria. Parece todavía prematuro hablar de una reversión de lo que han sido las tendencias seculares de la migración; sin embargo, los casos de Buenos Aires, Montevideo y La Habana sugieren un importante cambio de giro, a veces acicateado por la migración de retorno y otras por la de tipo internacional. Diferente es el caso de las ciudades de tamaño intermedio, las cuales en diversos países han mostrado un grado de atracción mayor que el frecuentemente supuesto.

⁷ Las corrientes de intercambio demográfico entre el medio urbano y el rural resultan de las combinaciones entre ambas áreas consideradas, sucesivamente, como orígenes y destinos; de ello resultan cuatro corrientes posibles: rural-rural; rural-urbana; urbana-rural; urbana-urbana.

La corriente migratoria rural-urbana continuó teniendo una fuerte presencia en los años setenta y ochenta en algunos países de urbanización "tardía", como Paraguay, Guatemala, Haití y Honduras. Pero, incluso en estos casos, el peso relativo de este flujo ha sido frecuentemente superado por aquel que se desenvuelve entre contextos rurales. Los movimientos que en varios países exhiben destinos rurales se encuentran estrechamente vinculados a la ocupación de "fronteras de recursos". Sin embargo, como ya se indicase en relación con la movilidad temporal, esta tipo de migración parecería estar perdiendo vigor; factores relacionados con las modalidades de tenencia de la tierra, la disponibilidad de capital y tecnología, la accesibilidad al mercado, la satisfacción de necesidades básicas y las condiciones ambientales, se habrían convertido en obstáculos serios a tales esfuerzos de colonización. Aquellos frentes que han involucrado grandes contingentes humanos, como ha ocurrido en Rondônia, Brasil, muestran movimientos entre sectores rurales y entre éstos y los nuevos centros urbanos de acopio y abastecimiento que han ido surgiendo.

Pero la ocupación de los espacios "vacíos" no se ha reducido sólo a los territorios ubicados en ambientes cálidos lluviosos. El árido Norte de México, tradicionalmente expulsor de población en el pasado, ha mostrado altos índices de atracción migratoria, especialmente a contar de la década de 1950, cuando se intensificaron los programas de irrigación; a ellos se ha sumado el síndrome de las externalidades económicas y socioculturales de la frontera con los Estados Unidos, donde, además de definirse una larga franja de tránsito, un conjunto de dinámicos centros urbanos han servido de emplazamiento a empresas maquiladoras. Por otro lado, en el extremo meridional del continente, la Patagonia Argentina ha experimentado un sostenido incremento demográfico vinculado con el desarrollo de la fruticultura en el Vallè del Río Negro, la explotación de diversas fuentes de energía y el emplazamiento de industrias al amparo de una legislación proteccionista. Si bien estas experiencias no parecen haber tenido repercusiones similares a las del ámbito intertropical cálido lluvioso, en ellas también se advierten indicios de cierta inestabilidad del poblamiento.

De acuerdo con los datos provenientes de los censos realizados durante la década de 1980, la migración entre grandes unidades geográficas diferenciadas habría tendido a disminuir o a estancarse, como se ha observado en Argentina, Colombia, Costa Rica, Chile, Honduras y Uruguay. Posiblemente, en su reemplazo se hicieron más comunes los movimientos temporales que no implican cambios de residencia; en otros casos la migración y diversas formas de movilidad internacionales contribuyeron a restar visibilidad a los desplazamientos debre de los territorios nacionales. A diferencia de los decenios posteriores a la Segunda Guerra Mundial, el de 1970 presagió la prolongada etapa crítica en la que se sumió América Latina; es altamente probable que, bajo el imperio de una retracción económica, los factores estimulantes de la migración interna hayan perdido vigencia. La tasa de crecimiento del producto tendió a la baja y los episodios de desempleo masivo se hicieron más frecuentes, particularmente en algunas áreas de tradicional atracción migratoria. En algunos países se trató también de un período de desplazamiento de la sociedad civil, cuya gestión política fue asumida por dictaduras militares de corte represivo. Dentro de este tipo de condiciones tendieron a proliferar los llamados "problemas urbanos", así como las "soluciones" de orden militar, que condujeron a un casi permanente estado de sitio. Estas circunstancias habrían contribuido a una suerte de inhibición de algunos patrones migratorios.

Parece indiscutible que los desplazamientos a través de los territorios son altamente sensibles a las fluctuaciones coyunturales. Las adversidades propias de la llamada "década perdida" parecerían reflejarse en los datos sobre migración entregados por los últimos censos de población de algunos países de la región. Esto llevaría a sospechar que quienes pudieron constituir las cohortes de potenciales migrantes habrían postergado sus decisiones relativas al traslado de sus lugares de residencia habitual,

una resolución que, eventualmente, les significaría no migrar más tarde, dado que tal aplazamiento coincide con el paso hacia edades en las que la propensión al traslado tiende a reducirse. Por ejemplo, en Honduras se advirtió que la intensidad de la migración interdepartamental entre 1983 y 1988 fue bastante menor de lo que pudo esperarse en virtud de las altas tasas detectadas en períodos anteriores. Algo similar se apreció en Costa Rica entre 1979-1984; en este caso las regiones más expulsoras se mostraron más proclives a retener población en tanto que aquellas otras tradicionalmente atractivas disminuyeron sus tasas de inmigración. Este es todavía un terreno de hipótesis.

Con relación a ciertas especificidades de los movimientos espaciales de la población dentro de cada país, destacan ciertos atributos de especial importancia, como la edad y el sexo de los migrantes. Ya se ha indicado que la propensión a migrar no es constante según la edad; la mayoría de quienes adoptan la decisión de transferir su residencia desde una unidad espacial a otra son adultos jóvenes, quienes se encuentran concluyendo su instrucción regular, próximos a iniciar su vida laboral y aún no constituyen familias separadas de las que integran junto a sus progenitores. A pesar de no disponerse de información adecuada, los indicios existentes sugieren que varias de estas características son también comunes entre quienes participan de muchas formas de movilidad temporal; sin embargo, es preciso reconocer que entre estos últimos es menos frecuente la existencia de grupos familiares. Ciertamente, esta selectividad migratoria según la edad ejerce una influencia bastante perdurable sobre las poblaciones de las áreas de origen y destino, incidiendo tanto sobre sus patrones de nupcialidad y sus comportamientos reproductivos, como en términos de sus repercusiones socioeconómicas.

Pero, tal vez, las especificidades más notables de la migración interna y la movilidad espacial latinoamericanas corresponden a aquellas relacionadas con su género. Desde principios de la década de 1960 se tiene conocimiento de un claro predominio femenino en las corrientes migratorias de origen rural y destino urbano. Este hallazgo frecuente adquiría proporciones todavía más manifiestas en los desplazamientos hacia las ciudades mayores, cuyos bajos índices de masculinidad hicieron suponer, ya hace un par de decenios, que las mujeres también constituían una mayoría entre quienes cambiaban de localidad urbana de residencia. Los datos proporcionados por los censos de la década de 1980 no hacen más que confirmar esta tendencia. Todo parecería indicar que la elevada representación femenina se torna todavía más notoria en los países de más alto grado de urbanización. Por el contrario, en las corrientes que tienen destinos rurales se ha detectado un predominio masculino, como se deduce de la información sobre áreas de colonización de Costa Rica, Ecuador y Paraguay. También se ha podido detectar que en los desplazamientos migratorios desde las unidades espaciales económicamente más deprimidas hacia aquellas otras de mayor dinamismo el número de mujeres tiende a superar al de los hombres. En virtud de estas tendencias bastante sostenidas, el campo de muchos países latinoamericanos se distingue por índices relativamente altos de masculinidad, observándose lo opuesto en el medio urbano.

Recuadro II.7

COSTA RICA: RETRACCION MIGRATORIA EN UN CONTEXTO DE CRISIS

En Costa Rica, de acuerdo a la información brindada por los dos últimos censos nacionales de población, la migración interna tendió a disminuir: entre 1968 y 1973, algo más de 100 mil personas trasladaron su residencia de una región a otra, entre 1979 y 1984 lo hicieron sólo 95 mil; tal disminución absoluta se refleja en un descenso en la tasa global de migración interregional desde el 13 al 9 por mil. Mientras en el quinquenio inicial predominaban los hombres entre los migrantes, en el final hubo una mayoría de mujeres. Con respecto a las interacciones entre las regiones, la Central, que corresponde a la de mayor grado de urbanización, constituyó el destino del 43 y del 39 por ciento de todos los migrantes interregionales en los respectivos quinquenios; estas proporciones fueron mayores entre las mujeres, lo que sugiere una atracción preferentemente femenina de la capital (San José). Distinta ha sido la situación de Huetar Atlántica y Huetar Norte cuyas tasas de inmigración (con una mayoría masculina) han sido bastante elevadas. Choroteга, Pacífico Central y, en menor grado, Brunca, aparecen como regiones expulsoras de población, especialmente de mujeres. Al comparar los datos de los dos quinquenios se aprecia que las tres regiones de destino preferente (Huetar Atlántica, Huetar Norte y Central) perdieron algo de su atracción, mientras que las tres restantes mantuvieron su condición expulsora, pero con magnitudes relativas menores. Estos cambios permitirían sostener la hipótesis de que en las zonas más rezagadas se habrían sentido con menor intensidad los efectos depresores de la crisis económica de comienzos de los ochenta y, por lo mismo, ellas habrían proporcionado eventuales puntos de "refugio" a la población activa; en tanto, las actividades de las regiones de atracción podrían haber sido más vulnerables a la depresión, como lo revelan, por ejemplo, el aumento del desempleo y la caída de los salarios en San José.

REGIONES	POBLACION		INMIGRANTES MIGRANTES	EMIGRANTES 1968-1973	MIGRACION 1968-1973	NETA 1968-1973	TASAS (por mil)		
	1968 (5 AÑOS Y MAS)	NO 1973					INMIGRACION	EMIGRACION	MIGRAC. NETA
CENTRAL	1008481	1025135	981752	43383	26729	16654	8.53	5.25	3.28
CHOROTEGA	167272	150129	144242	5887	23030	-17143	7.42	29.02	-21.60
PACIF. CENTRAL	113362	103612	95426	8186	17936	-9750	15.09	33.07	-17.97
BRUNCA	146957	144024	130680	13344	16277	-2933	18.34	22.38	-4.03
HUETAR NORTE	73085	77237	65586	11651	7499	4152	31.00	19.95	11.05
HUETAR ATLANTICA	87148	96168	78484	17684	8664	9020	38.59	18.91	16.98
TOTAL	1596305	1596305	1496170	100315	100135	0	12.54	12.54	-
REGIONES	POBLACION		INMIGRANTES MIGRANTES	EMIGRANTES 1979-1984	MIGRACION 1979-1984	NETA 1979-1984	TASAS (por mil)		
	1979 (5 AÑOS Y MAS)	NO 1984					INMIGRACION	EMIGRACION	MIGRAC. NETA
CENTRAL	1319212	1325311	1288027	37284	31185	6099	5.64	4.72	0.92
CHOROTEGA	177520	166668	159217	7451	18303	-10852	8.66	21.27	-12.61
PACIF. CENTRAL	120970	117644	109280	8364	11690	-3326	14.02	19.60	-5.58
BRUNCA	190742	189450	177867	11583	12875	-1292	12.19	13.55	-1.36
HUETAR NORTE	114155	115168	102835	12333	11320	1013	21.51	19.75	1.77
HUETAR ATLANTICA	132995	141353	123037	18316	9958	8358	26.70	14.52	12.19
TOTAL	2055594	1960263	95331	95331	0	9.28	9.28	-	-

Fuente: CELADE-UNFPA (1990), *Población y espacio en Costa Rica: exploración de necesidades de cooperación en el marco del Programa de Asistencia del Fondo de Población de las Naciones Unidas al Gobierno de Costa Rica*. CELADE, Santiago, Chile.

Recuadro II.8

MIGRACION, MOVILIDAD Y ESTRATEGIAS DEMOGRAFICAS EN EL PERU RURAL

Un conjunto de estudios sobre las familias rurales de cuatro zonas del Perú incluye el análisis de las estrategias demográficas puestas en práctica. Dos de esas zonas presentan situaciones de pobreza y restricciones ecológicas (Altiplano de Puno y Bajo Piura) y las otras dos tienen niveles de vida más altos (Cañete y Tambopata). Las estrategias demográficas detectadas parecen relacionarse más con la migración y la movilidad que con la regulación de la fecundidad.

El promedio de fecundidad más alto se encontró en los hogares de Bajo Piura que tenían la edad de matrimonio más baja y los intervalos de nacimiento más breves de todas las zonas; las parejas de este valle, el más pobre de la muestra, tienen el mayor número de dependientes y no regulan su fecundidad. Por el contrario, los hogares del Altiplano tienen la fecundidad más baja debido al matrimonio tardío y al prolongado intervalo entre los nacimientos; el matrimonio tardío parece relacionarse con las costumbres de herencia y no con el intento de reducir su fecundidad; sin embargo, un promedio de 3 años entre nacimientos sugiere un control de la natalidad, existiendo antecedentes de que esta zona tiene una de las tasas abortivas más altas del país. En Cañete y Tambopata no se observó ningún indicio de regulación de la fecundidad.

La migración fue claramente una estrategia usada en las zonas en recesión. Tomó la forma de expulsión permanente entre los dependientes de la mayoría de los hogares del Altiplano y Bajo Piura: más del 23% de los nativos vivía fuera en el momento del estudio. En el Altiplano, más del 81% de los hogares tenía por lo menos un migrante de más de 15 años de edad. Los principales destinos eran Lima para los migrantes de Bajo Piura y Arequipa, Lima y Tambopata para los del Altiplano. La movilidad estacional fue una estrategia común en el Altiplano: los campesinos se desplazaban a zonas de colonización o a plantaciones de arroz en la costa durante el período de inactividad en el Altiplano. La migración permanente y la movilidad estacional son estrategias combinadas para equilibrar la disponibilidad y la demanda de mano de obra del hogar, cuyo punto de equilibrio se determina por el promedio anual de la demanda endógena: el exceso resultará en emigración permanente y los déficit o excedentes temporales se resolverán contratando asalariados temporales o por emigración estacional. En Bajo Piura la movilidad estacional, sólo con traslados a corta distancia durante la cosecha del algodón en las haciendas cooperativas, fue la estrategia usada para aumentar la fuente de dinero efectivo del hogar y usar al máximo la fuerza laboral.

Menor importancia tuvo la migración, permanente o estacional, en las zonas en desarrollo. La mayoría de los jefes de hogar en las áreas de colonización había migrado desde el Altiplano. En Cañete el grueso de los agricultores era nativo del valle; la inmigración a esta zona fue importante en los años sesenta y setenta, a raíz de la colectivización de las haciendas por la reforma agraria; muchos de estos migrantes se convirtieron en trabajadores de las nuevas cooperativas. En Tambopata continúa la movilidad estacional de campesinos andinos que bajan al valle a cosechar café y luego regresan al Altiplano. En suma, en contraste con las zonas más recesivas, ni la fecundidad ni la migración constituyeron estrategias decisivas para la subsistencia de la familia en las zonas más desarrolladas.

Extractado de: Aramburú, C. (1990), "Familia y mano de obra en el sector rural del Perú", en Vlassoff, C. y Barkat-e-Kudha, eds., Repercusiones de la modernización sobre el desarrollo y el comportamiento demográfico, CIID, Ottawa, pp. 106-109.



III. LAS INEQUIDADES EN EL COMPORTAMIENTO DEMOGRAFICO

Existen múltiples evidencias que señalan la existencia de una estrecha asociación entre menores niveles de desarrollo —o situaciones de pobreza en general— y mayores tasas de crecimiento de la población, producto principalmente de la elevada fecundidad. Así, el grado de pobreza de los países tiene una vinculación directa con el lugar que ocupan en la transición demográfica, pero las situaciones de pobreza y desigualdad social se presentan en todos los países, incluso en aquéllos que ya detentan una menor tasa de crecimiento.

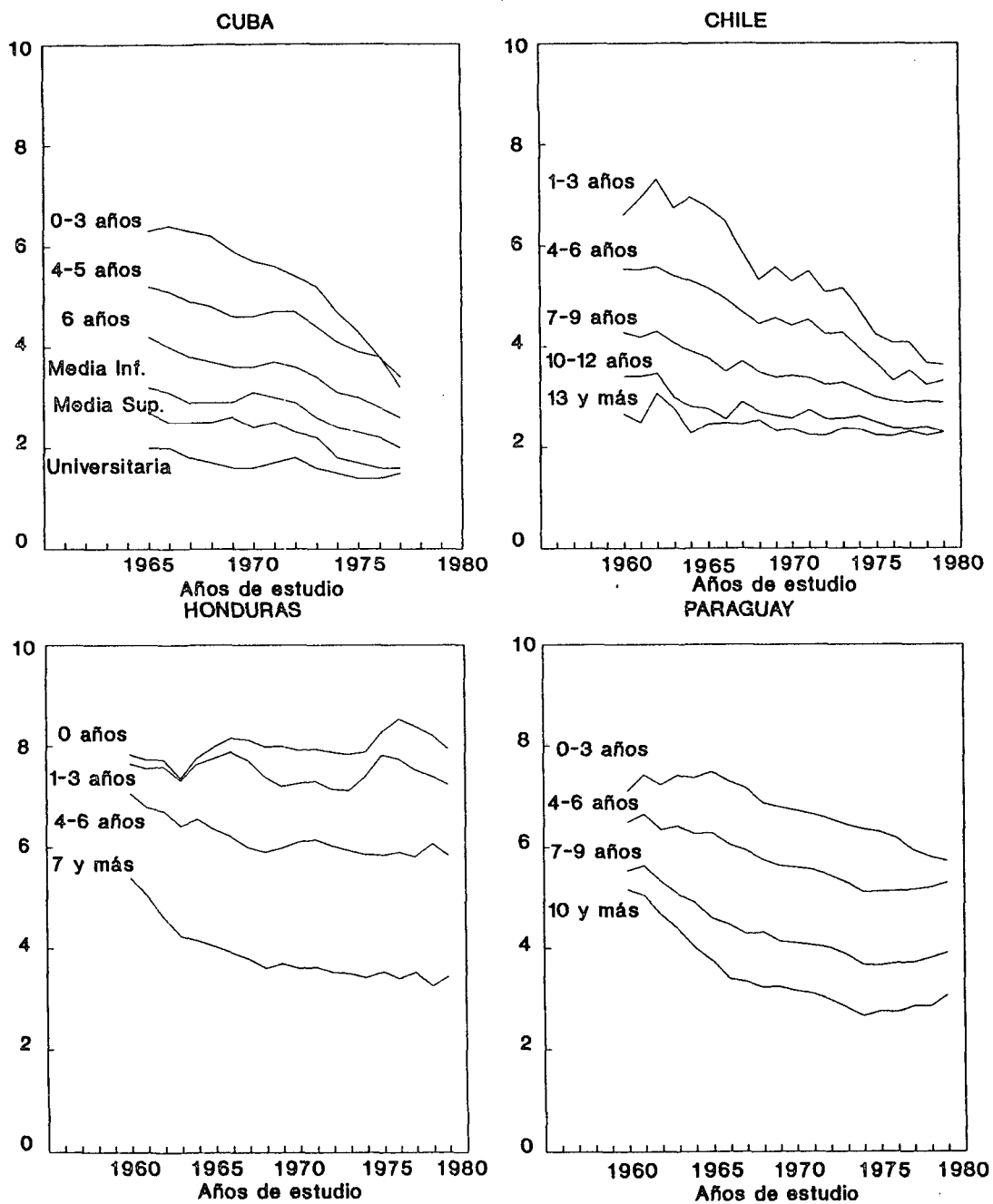
En efecto, como se ha mencionado anteriormente, el comportamiento demográfico promedio de los países, incluidos aquellos que están avanzados en el proceso de transición, oculta diferencias muy importantes, tanto entre áreas geográficas como entre distintos sectores sociales de la población. Las diferencias espaciales y sociales son aspectos asociados entre sí, ya que aquellos sectores de menores ingresos son, en general, los que ocupan las tierras más deterioradas en los campos y las áreas más insalubres en las ciudades. En otras palabras, más que una transición demográfica en cada país, existen sectores en diferentes estadios de la transición, que van desde subpoblaciones con muy alta fecundidad y mortalidad hasta otras que ya han completado el proceso de transición.

Con relación a los contextos geográficos, es preciso señalar que el comportamiento de los indicadores de la reproducción biológica obedece a las especificidades socioeconómicas y culturales de cada uno de ellos y no a una simple distinción taxativa de los mismos. De esta manera, por ejemplo, existen ciudades cuyos indicadores demográficos pueden ser disímiles en tanto su estructuración social y económica ha sido históricamente diferente. Lo importante es que esta heterogeneidad, en general, lleva consigo situaciones de inequidad en términos de posibilidades de acceso a los beneficios del desarrollo económico.

A. DIFERENCIAS EN LOS PATRONES DEMOGRAFICOS DE LA POBLACION

Estudios realizados con datos de censos y encuestas han permitido observar las tendencias de la fecundidad, medida por el número medio de hijos por mujer, y la mortalidad infantil, en países en distintas etapas de la transición, y estratificar a la población según variables seleccionadas, por ejemplo, el grado de urbanización y los años de educación de la madre.

Gráfico III.1
 NUMERO MEDIO DE HIJOS POR MUJER
 SEGUN AÑOS DE ESTUDIO DE LA MADRE. 1960-1980
 (PAISES SELECCIONADOS DE AMERICA LATINA)



Fuente: CELADE, Proyecto IFHIPAL

Cuadro III.1

AMERICA LATINA: TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD Y TASA DE MORTALIDAD INFANTIL, POR AREA DE RESIDENCIA Y NIVEL DE INSTRUCCION DE LA MADRE, DE ACUERDO A DATOS DE LAS ENCUESTAS NACIONALES DE DEMOGRAFIA Y SALUD (DHS). AÑOS 80

País	Area de residencia		Nivel de instrucción de la mujer				Total
	Urbana	Rural	Ninguno	Prim. inc.	Prim. com.	Sec. y más	
Tasa global de fecundidad (TGF)							
Guatemala 1983-87	4.1	6.5	7.0	5.6	3.9	2.7	5.6
Bolivia 1984-89	4.0	6.4	6.1	5.9	4.5	2.9	4.9
Paraguay 1987-90	3.6	6.1	6.7	6.2	4.5	3.2	4.7
Perú 1984-86	3.1	6.3	6.6	5.0	3.1	1.9	4.1
México 1984-86	3.1	5.2	6.1	5.7	3.7	2.5	3.8
Rep. Dom. 1983-86	3.1	4.8	5.3	4.3	2.9	2.1	3.7
Brasil 1983-86	3.0	5.0	6.5	5.1	3.1	2.5	3.5
Colombia 1981-86	2.8	4.9	5.4	4.2	2.5	1.5	3.3
Tasa de mortalidad infantil (por mil)							
Bolivia 1979-89	79	112	124	108	65	46	96
Brasil 1976-86	76	107	**	**	**	**	86
Guatemala 1983-87	65	84	82	86	61	41	79
Perú 1981-86	54	101	124	85	42	22	76
Rep. Dom. 1976-86	72	71	102	76	57	34	68
México 1982-87	23	64	83	64	46	27	56
Colombia 1976-86	38	41	60	----	40	----	28
Paraguay 1980-90	32	38	45	42	33	22	35

Notas: Nivel de instrucción: En República Dominicana, Colombia y Perú los grupos de educación son los siguientes: Sin educación, primaria, secundaria y Universitaria; En Bolivia, los grupos son: Sin instrucción, básico, intermedio, medio y más. En Paraguay, el grupo sin instrucción incluye a los que tienen 2 o menos años de instrucción.

Area de residencia: Para México, en la zona urbana se incluyeron aquí las localidades mayores de 20,000 habitantes.

** No disponible

Fuente: Informes Nacionales de las Encuestas Demográficas y de Salud.

El comportamiento general indica que la fecundidad es más elevada en las áreas rurales y en los sectores más postergados de la sociedad. En los países que están en los inicios de la transición, las diferencias son muy elevadas y con tendencia a hacerse mayores, debido a que la fecundidad descende en primer lugar en las áreas urbanas y, dentro de éstas, probablemente en las poblaciones que alcanzan cierto nivel educativo. En cambio, es posible que en las zonas rurales la fecundidad pueda experimentar aumentos a causa de eventuales mejoras en ciertos aspectos de salud de la población, sin que todavía hayan cambiado sus patrones reproductivos, hecho que se observó en varios países de la región en la década de 1950 y comienzos de los años 60. En los países que están avanzando rápidamente en la transición, con cambios importantes en la tasa global de fecundidad, se observa una tendencia a converger hacia un número medio de hijos relativamente bajo, aunque en todos los casos analizados persisten las diferencias internas (gráfico III.1). El cuadro III.1 presenta información reciente sobre diferencias en la fecundidad, observándose que, en todos los países analizados, las mujeres sin instrucción, así como las que viven en áreas rurales, tienen, en promedio, 5 o más hijos, mientras que en cinco de los ocho países de ese grupo, la tasa global de fecundidad de las mujeres con estudios secundarios o superiores tienen alrededor de 2 hijos.

Estas evidencias dejan en claro que cualquier programa de población tendiente a brindar servicios de atención materno-infantil, o a afectar la fecundidad, tendría necesariamente que extender sus servicios a sectores rurales y a mujeres de bajo nivel educativo.

Al igual que lo observado en el caso de la fecundidad, las estimaciones de mortalidad infantil según área de residencia y educación de la madre, para países en distintas etapas de la transición, muestran diferencias importantes. Considerando, por ejemplo, el nivel de instrucción de la madre, los niños con mayor riesgo de morir durante el primer año de vida se ubican en las zonas rurales y proceden de madres analfabetas. Los hijos de estas últimas tienen probabilidades de morir que, en varios casos, triplican las correspondientes a los hijos de madres con estudios secundarios y universitarios (cuadro III.1).

También se observan altos contrastes al considerar el origen étnico de la población, siendo notorio que la mortalidad de niños pertenecientes a comunidades indígenas presenta tasas marcadamente más altas que las de niños de otro origen, hecho que constituye una expresión visible del grado de vulnerabilidad de estas poblaciones. Estudios realizados con datos censales muestran, por ejemplo, que en Bolivia (1976) la mortalidad infantil de la población que sólo habla quechua era de 218 por mil nacidos vivos, mientras que los que hablan castellano tenían una tasa de 137 por mil; en Guatemala (1981), la probabilidad de morir hasta los dos años de edad era de 128 por mil para los indígenas, frente a 101 por mil en la población no indígena (OPS, 1990). Por otra parte, un estudio reciente en reducciones indígenas de Chile (1988) encontró una tasa de mortalidad infantil de 45 por mil, mientras que, para la misma época, el valor nacional era de 17 por mil, y la de los barrios más acomodados de Santiago, capital del país, alcanzaba a poco más de 10 por mil.

A pesar del proceso de urbanización, en los países de los grupos I y II, la mitad o más de los nacimientos ocurren en la población rural. Expuestos a riesgos de muerte más elevados, los integrantes de ese subgrupo generan aproximadamente dos tercios del total de defunciones infantiles. Además, en estos países de alta mortalidad, la mayoría de las muertes infantiles (entre 60 y 80 por ciento) ocurre en hogares de mujeres con bajo nivel de instrucción, en razón tanto de las condiciones de atraso en que viven como de su mayor fecundidad.

El hecho de que en la población con menos recursos nazcan y mueran más niños, produce una dramática situación, entre otras consideraciones, en términos de la fuerte demanda por atención en salud materno-infantil. A esto debe agregarse una cadena de problemas sociales vinculados a la alta frecuencia de embarazos adolescentes e hijos no deseados, que en muchos casos conducen a abortos, con el consecuente riesgo para la vida de la madre. Si bien no hay cifras fidedignas, es posible adelantar que en América Latina la mortalidad por causas relacionadas con el embarazo y el parto es decenas de veces más elevada que en los países desarrollados, en circunstancias que, en la mayoría de los casos, estas defunciones podrían evitarse.

B. DINAMICA DEMOGRAFICA SEGUN GRADOS DE POBREZA

Debido a los patrones de crecimiento demográfico por zonas (fuerte aumento de la urbanización), y al empobrecimiento creciente en las ciudades, los pobres son ahora fundamentalmente urbanos, pero la mayoría de la población rural continúa siendo pobre (CEPAL, 1990). En el ámbito nacional, tanto por los efectos de la crisis de los años 80 como por su propia dinámica demográfica, en varios países los pobres han crecido en mayor proporción que el resto de la población.

Como se ha visto en el comportamiento de las variables demográficas según categorías asimilables a la pobreza, habitualmente existe una asociación entre esta situación y una mayor fecundidad y mortalidad en los hogares pobres. Estas características suelen reflejarse en rasgos tales como la existencia de hogares más numerosos, relaciones de dependencia demográfica más elevadas (como producto de una estructura de edades más joven), y están acompañadas de una menor participación económica relativa de sus miembros -concentrada, por lo demás, en actividades desarrolladas independientemente-, lo que ocurre con mayor frecuencia cuanto más pobre es el país. Tanto por los niveles como por la evolución rezagada de los componentes del crecimiento natural, la principal consecuencia para estos grupos se traduce en un ritmo de crecimiento superior con respecto al del resto de la población, lo que a su vez incide en la configuración de una estructura de edad joven.

Cuando en un país los sectores pobres son mayoritarios, suelen ser representativos de su etapa de transición demográfica. En todo caso, cualquier descripción del crecimiento y la estructura de edad de los estratos pobres pasa por la noción de que las dimensiones demográficas de la pobreza son siempre relativas al país y al contexto que se trate (por ejemplo, urbano, rural).

En América Latina, la sobremortalidad es, quizás, la dimensión demográfica más evidente de la pobreza. Como se sabe, además, que la mayor mortalidad va casi siempre acompañada de una también alta fecundidad, se puede afirmar que los pobres suelen asumir un alto costo en la reproducción, el cual cobra magnitudes mayores en aquellos países donde la incidencia de la pobreza es más elevada. De este modo, la reposición de los miembros de una sociedad puede recaer entre la población más pobre y hay evidencias notorias que se reflejan en los componentes de su crecimiento y en la estructura por edades.

Con relación al crecimiento demográfico natural de los pobres, dos ejemplos permiten caracterizar su ritmo y expresión en el aporte a los nacimientos y muertes que ocurren anualmente en un país. Donde

la incidencia de la pobreza es elevada, como en Guatemala,⁸ el alto crecimiento demográfico de los estratos más pobres, es decir, aquellos en situación de indigencia (3.4 por ciento anual), se refleja en el hecho de que en ellos se produce la mayor parte del incremento neto natural del país (57 por ciento del total).⁹ Este incremento ocurre a costa de un alto número de defunciones, lo que se ve compensado a su vez por un también alto número de nacimientos. Ambos hechos alcanzan proporciones mayores que la representación de la población del estrato sobre el total nacional (cuadro III.2). Las muertes y los nacimientos en hogares indigentes serían del orden del 55 por ciento del total que ocurre en el país, y de un 80 por ciento si consideramos a la población que vive bajo la línea de pobreza. Cabe señalar que en Guatemala la incidencia de la pobreza pasó de un 71 por ciento de la población a un 73 por ciento entre 1980 y 1987 (línea de pobreza), y, lo que es más serio, constituido en su mayoría por indigentes (CEPAL, 1990).

Otro ejemplo, esta vez de un país donde la incidencia de la pobreza es menor, como es el caso de Costa Rica, muestra que los estratos indigentes no son los de mayor crecimiento natural, aunque sí se asocia la pobreza con un mayor ritmo de crecimiento demográfico. Además, el aporte a los nacimientos y defunciones que ocurren anualmente en el país, si bien supera al de la representación del estrato sobre la población total, no es mayoritario, en virtud de la menor incidencia de la pobreza a nivel nacional. En todo caso, la población bajo la línea de pobreza pasó de un 24 a un 27 por ciento entre 1981 y 1988 (CEPAL, 1990).

Un hecho interesante es que, considerando el nivel de crecimiento para los estratos indigentes, y comparándolo con la evolución del tamaño de los estratos en cuestión en la década de 1980, se comprueba que el aporte demográfico fue superado por la movilidad descendente de la población. En el caso de Guatemala, al igual que en el de Costa Rica, esto significa que la evolución del tamaño de la población más pobre no encuentra, desde luego, su única fuente en el crecimiento demográfico. Por lo demás, según sus tasas mayores, los pobres en general debieran constituir cada vez más una fracción creciente de la población de cada país, lo cual no necesariamente se cumple, por la incidencia de factores económicos y sociales.

Las consecuencias del mayor crecimiento demográfico de la población pobre se reflejan en situaciones de mayor incidencia de la pobreza y la indigencia entre los niños y jóvenes. En Guatemala, un tercio de la población nacional corresponde a menores de 20 años en situación de indigencia, totalizando casi un 45 por ciento si se considera la línea de pobreza. En Costa Rica, por su parte, tales porcentajes alcanzan a 5 y 15 por ciento, respectivamente.

⁸ Los ejemplos de la dinámica demográfica de sectores pobres de Guatemala y Costa Rica que aquí se presentan, se elaboraron sobre la base de la información de las encuestas de hogares utilizadas por la CEPAL para las estimaciones de pobreza.

⁹ En las áreas rurales, sin embargo, puede suceder que el crecimiento natural sea relativamente bajo debido a las más altas tasas de mortalidad y a la fuerte emigración de población femenina en edades de procrear.

Debido a estas características de la estructura de edades, la satisfacción de sus demandas por atención de salud y educación es, sin duda, prioritaria para esta población en particular y, por tanto, su insatisfacción establece una de las bases fundamentales del círculo vicioso de la pobreza. No obstante, para el resto de los grupos de edades, las demandas se concentran en empleo y vivienda, dos de las necesidades básicas más elementales que en su insatisfacción condicionan también la reproducción de la pobreza.

Así, las situaciones de pobreza en general tienden a reforzarse ante el comportamiento demográfico de los estratos pobres. Esto se puede entender si se piensa que la mayor fecundidad y su efecto en el crecimiento natural ha terminado por reflejarse, inevitablemente, en una cierta presión sobre los sistemas de salud, educación y el mercado de trabajo, entre otros. Sin embargo, el efecto de la mayor fecundidad no es directo, ya que éste se materializa a través de ciertos mecanismos de reproducción intergeneracional de la pobreza. Entre algunos de ellos, están el trabajo infantil y la fecundidad temprana. El trabajo infantil —como solución obligada de la estrategia de sobrevivencia de muchos hogares ante las carencias de ingreso— al sacrificar la educación, parece contribuir a la reproducción de las situaciones de los padres, esto es, la falta de una calificación adecuada para competir por los empleos bien remunerados. La fecundidad temprana, asociada en grado importante a la maternidad en soltería, sienta las bases para el futuro de los hijos, a través de las carencias culturales y materiales del ambiente en que han nacido (CEPAL, 1988 y 1991).

Estas consideraciones apuntan a mostrar, al menos como un hecho empírico, que la reproducción de la pobreza guarda estrecha relación con la reproducción biológica, en la medida en que los estratos pobres llegan a aportar la mayor parte del crecimiento de la población de un país en condiciones muy desventajosas. De este modo, constituye una necesidad inaplazable la realización de inversiones sociales conjuntamente con inversiones productivas. Entre las inversiones sociales que ayudarían a la superación de los factores demográficos que contribuyen a la reproducción de la pobreza, y que, además, responderían a una demanda efectiva de la población de menores ingresos, cabe mencionar la extensión del derecho de opción a la planificación familiar a toda la población.

Cuadro III.2

COSTA RICA Y GUATEMALA: INDICADORES SOCIODEMOGRAFICOS ANUALES SEGUN
ESTRATOS DE POBREZA a/

País e indicador	E S T R A T O			País
	Indigentes	Pobres	No pobres	
COSTA RICA (1988)				
% población	9	18	73	100
Tasa de natalidad (por mil)	30	32	25	27
Tasa de mortalidad (por mil)	7	5	4	5
Tasa de crecimiento natural (por mil)	23	27	21	22
Tasa global de fecundidad	4.5	4.1	2.7	3.2
Esperanza de vida al nacer (años)	71	73	76	75
% nacimientos anuales	10	21	69	100
% muertes anuales	14	20	66	100
Estructura de edad (por cien)				
0-19	57	55	42	46
20-59	34	38	51	47
60 y más	9	7	7	7
Total	100	100	100	100
Relación de dependencia (por cien)	195	164	97	114
Tamaño de hogar (personas)	5.1	5.0	4.4	4.6
Tasa bruta de participación económica (por cien)	20	23	41	36
Estructura ocupacional (por cien)				
Asalariados	55	74	71	71
Cuenta propia	25	17	20	19
Trab. familiar no remun.	15	7	4	5
Otro	5	2	5	5
Total	100	100	100	100

Cuadro III.2 (Continuación)

COSTA RICA Y GUATEMALA: INDICADORES SOCIODEMOGRAFICOS ANUALES SEGUN ESTRATOS DE POBREZA a/

País e indicador	E S T R A T O			País
	Indigentes	Pobres	No pobres	
GUATEMALA (1986-1987)				
% población	48	25	27	100
% indígenas sobre estrato	55	38	23	42
Tasa de natalidad (por mil)	44	34	30	38
Tasa de mortalidad (por mil)	10	9	7	9
Tasa de crecimiento natural (por mil)	34	25	23	29
Tasa global de fecundidad	6.7	4.7	3.6	5.9
Esperanza de vida al nacer (años)	60	63	71	62
% nacimientos anuales	56	22	22	100
% muertes anuales	55	25	20	100
Estructura de edad (por cien)				
0-19	62	56	47	56
20-59	34	39	46	39
60 y más	4	5	7	5
Total	100	100	100	100
Relación de dependencia (por cien)	196	159	116	160
Tamaño de hogar (personas)	6.0	5.4	4.4	5.3
Tasa bruta de participación económica (por cien)	26	33	43	32
Estructura ocupacional (por cien)				
Asalariados	41	54	53	49
Cuenta propia	35	30	31	32
Trab. familiar no remun.	24	14	11	17
Otro	0	2	5	2
Total	100	100	100	100

Fuente: CELADE, CEPAL.

a/: Costa Rica, 1988; Guatemala, 1986-1987.



IV. REPERCUSIONES SOCIOECONOMICAS DE LA DINAMICA DE LA POBLACION

A. ALGUNAS IMPLICACIONES DE LA DINAMICA DEMOGRAFICA SOBRE LA PROVISION DE SERVICIOS SOCIALES

El análisis de las repercusiones económicas y sociales de la dinámica de la población es una materia de gran complejidad. Aunque su investigación tiene ya larga data, la mayoría de los estudios se ha concentrado en la detección de los efectos económicos del crecimiento demográfico. Con el objeto de cuantificarlos, se ha diseñado un conjunto de modelos demoeconómicos que proyectan las modificaciones que registrarían variables tales como el producto, el ahorro, la inversión o el empleo, en diferentes contextos de cambio demográfico. Se ha constatado, sin embargo, que las aplicaciones de estos modelos, al apoyarse sobre supuestos y relaciones causales no siempre adecuadamente validadas, han conducido a resultados ambiguos. En busca de una alternativa, se ha acudido a enfoques menos ambiciosos, con diferente grado de elaboración técnica, que utilizan proyecciones de población y derivan de ellas algunas estimaciones de los requerimientos que se presentarían en sectores específicos, como aquellos ligados a la provisión de servicios sociales. No obstante los indudables méritos de estos procedimientos en cuanto a suministrar elementos de referencia para la asignación de recursos, se reconoce que su alcance es limitado. Si bien muchas de estas restricciones se deben a la carencia de información apropiada, no es menos efectivo que los marcos teóricos con los que se procura identificar los mecanismos a través de los cuales se canalizan aquellos efectos presentan insuficiencias. Esto es particularmente válido cuando se tiene en cuenta que las implicaciones del cambio de población no se adecuan a cadenas causales directas, sino que se manifiestan a través de relaciones interactivas.

Entre las repercusiones socioeconómicas imputables al cambio de población cabe identificar aquellas directamente relacionadas con la determinación de las demandas por servicios sociales. Con el propósito de inspeccionar algunos aspectos de este tema, en lo que sigue se presenta un conjunto de estimaciones referidas a sectores específicos; se trata, en rigor, de ejercicios numéricos circunscritos a la detección de ciertos órdenes de magnitud, los cuales configurarían los requerimientos en cada caso considerado. Por cierto, el grado de realismo con el que estas cifras representen las efectivas necesidades futuras depende de la naturaleza de los supuestos utilizados. Como punto de partida, se considera que la dinámica demográfica incide en los requerimientos de servicios sociales a través de, por lo menos, cuatro vías. La primera corresponde al ritmo de crecimiento de la población, que conduce al establecimiento de las cotas más generales de aquellos requerimientos. Una segunda está dada por la forma de evolución de los componentes básicos del incremento demográfico, cuyas intensidades relativas permiten refinar esas cotas. La tercera vía está constituida por la estructura de la población según edad, las características de las cuales contribuyen a especificar la índole de los servicios requeridos. La cuarta es la distribución espacial de la población, que influye en el tipo y localización de los requerimientos.

Recuadro IV.1

**ESPECIFICIDADES DEMOGRAFICAS DE REQUERIMIENTOS
DE SERVICIOS SOCIALES**

La identificación de requerimientos de servicios sociales se suele realizar en función de las características de la población de un país y de las orientaciones de política en el ámbito social. La especificidad demográfica proviene del ritmo de crecimiento de los diferentes segmentos de la población que constituyen los conjuntos destinatarios de aquellos servicios. Una primera aproximación puede hacerse con referencia a la evolución esperada de la estructura por edad de la población total, la cual se deriva del efecto neto de la tasa de crecimiento demográfico. En el diagrama adjunto se procura mostrar cómo la trayectoria del cambio de la población (instancias de la transición demográfica), expresada a través de las modificaciones en el peso relativo de los grupos de edad, conduce a destacar algunos requerimientos típicos. Desde luego, el énfasis en los probables efectos demográficos no implica ignorar la incidencia de otras dimensiones de la realidad que operan como variables intermedias en la relación que se establece entre las dos columnas del diagrama; por lo tanto, no cabe suponer una correspondencia directa entre ambas ni tampoco un ordenamiento de validez universal. Asimismo, ha de reconocerse que existen condicionantes históricas, asociadas con las fluctuaciones de la economía y de los procesos decisorios, que afectan la definición de las acciones de la política social y que pueden alterar la naturaleza de los requerimientos. En suma, con la gráfica sólo se procura resaltar una serie de efectos vinculados con determinados patrones de cambio de la población.

**DIAGRAMA SOBRE LAS CARACTERISTICAS Y PRIORIDADES DE LA POBLACION DE LOS PAISES
LATINOAMERICANOS DE ACUERDO AL MOMENTO EN QUE SE UBICAN SEGUN LA TRANSICION DEMOGRAFICA**

GRUPO Y CARACTERISTICAS	ESPECIFICIDADES DEMOGRAFI- CAS DE LOS REQUERIMIENTOS
<p align="center">I</p> <p>ALTO CRECIMIENTO</p> <ul style="list-style-type: none"> - POBLACION MUY JOVEN - BAJA URBANIZACION - ENFERMEDADES: Infecciosas y Parasitarias 	<ul style="list-style-type: none"> - Atención materno-infantil - Educación básica y secundaria - Vivienda - Empleo
<p align="center">II</p> <p>AUMENTO DEL CRECIMIENTO</p> <ul style="list-style-type: none"> - REJUVENECIMIENTO - URBANIZACION BAJA Y MODERADA - ENFERMEDADES: Infecciosas y Parasitarias 	<ul style="list-style-type: none"> - Atención materno-infantil - Educación básica y secundaria - Vivienda - Empleo
<p align="center">III</p> <p>DISMINUCION DEL CRECIMIENTO</p> <ul style="list-style-type: none"> - AUMENTO DE EDADES CENTRALES - URBANIZACION MODERADA Y ALTA - ENFERMEDADES: Infecciosas, Parasitarias y Crónicas 	<ul style="list-style-type: none"> - Empleo - Educación Superior y secundaria - Salud de adultos - Vivienda - Salud materno-infantil
<p align="center">IV</p> <p>CRECIMIENTO BAJO</p> <ul style="list-style-type: none"> - ENVEJECIMIENTO - ALTA URBANIZACION - ENFERMEDADES: Crónicas 	<ul style="list-style-type: none"> - Salud de adultos y ancianos - Pensiones - Empleo - Educación Superior - Vivienda

Si bien la gama de servicios sociales es amplia, las estimaciones efectuadas sólo se refieren a educación, empleo, salud, seguridad social y vivienda. Son estos los sectores hacia los cuales se orienta el énfasis de las políticas sociales gubernamentales. La inversión pública en estos rubros suele percibirse como una manera de inducir una elevación cualitativa de los recursos humanos con que cuenta un país, lo cual, por añadidura, es un requisito identificado en las estrategias de transformación productiva con equidad. Una forma de advertir las implicaciones del cambio de población respecto de la provisión de esos servicios consiste en establecer eventuales vinculaciones entre diferentes instancias de la transición demográfica y algunos requerimientos en cada sector. A pesar de su simplicidad, un enfoque como el que aparece en el recuadro IV.1 permite prestar atención a la diversidad de condiciones de transición imperantes en la región, a la vez que identificar aspectos específicos de su incidencia sobre el espectro de demandas sectoriales.

Así, en una situación inicial del proceso de transición (grupo I), caracterizada por una elevada tasa de incremento demográfico, será preciso que la provisión de servicios se expanda a un ritmo acelerado. En particular, dados los altos niveles de fecundidad imperantes, así como sus repercusiones sobre la estructura por edad, los requerimientos tenderán a concentrarse en la atención de niños y adultos relativamente jóvenes. Por otra parte, los patrones de morbilidad asociados a una baja esperanza de vida sugerirían la necesidad de medidas de salud pública de tipo preventivo y de higiene ambiental. Si, como suele ocurrir, a las condiciones demográficas señaladas se añade un reducido grado de urbanización, sería concebible que, por lo menos a corto plazo, una proporción importante de aquellos requerimientos provenga de áreas rurales; sin embargo, como corrientemente las tasas de crecimiento de la población son mayores en las zonas urbanas, el ritmo de incremento de las necesidades de servicios sociales tenderá a ser más intenso en ellas que en sus contrapartes rurales. Dondequiera que el estado de la transición demográfica pudiera ser calificada como moderada (grupo II) es altamente probable que el perfil de requerimientos presente condiciones parecidas a las recién descritas, sólo que la especificidad de su localización variaría según las manifestaciones particulares que asuma el proceso de urbanización.

Dada una situación de plena transición (grupo III), con una drástica reducción de la fecundidad, la intensidad del aumento en la cuantía de los requerimientos en rubros tales como la educación de primer grado o la atención de la salud materno infantil, tenderá a aminorarse gradualmente. En cambio, mantendrán una elevada gravitación las necesidades inherentes a jóvenes y adultos, tales como el empleo, la vivienda, la educación universitaria y la capacitación laboral. Estas mismas condiciones transicionales implicarán la necesidad de ampliar, mediante esfuerzos combinados, las prestaciones de salud preventiva y curativa. Como los países que han alcanzado las características de una plena transición demográfica se distinguen por un nítido predominio de su población urbana, hasta el punto que, en algunos de ellos, el número de habitantes rurales ha disminuido en términos absolutos, la provisión de servicios sociales habrá de concentrarse en zonas urbanas. Finalmente, cuando la transición demográfica presente rasgos avanzados (grupo IV), se tornará todavía más evidente la incidencia de las necesidades propias de las edades adultas, particularmente en cuanto atañe al empleo y, gradualmente, se irán acrecentando las demandas en materia de servicios sociales vinculados a la tercera edad, como la salud geriátrica y el sistema de pensiones. A su vez, los requerimientos relacionados con la atención infantil, y de niños y jóvenes, tenderán hacia una cierta estabilización. En general, aun cuando el peso relativo de las generaciones de mayor edad se irá haciendo cada vez más marcado, la persistencia de unas menores tasas de crecimiento demográfico a lo largo del tiempo conducirán a una atenuación en el ritmo de aumento de las demandas por ciertos servicios. Además, la elevada proporción de población urbana que se observa en los países de transición avanzada posee obvias repercusiones respecto de la localización de los recursos que se asignen para la provisión de los servicios sociales.

Utilizando, como elemento de referencia, el enfoque descrito, se realizó un conjunto de estimaciones sobre requerimientos de servicios sociales durante la última década del siglo XX (1990-2000). Con relación a la provisión de esos servicios se ha supuesto, de manera simplificada, que las coberturas pertinentes mantendrán los niveles vigentes en una fecha cercana a la del inicio de la proyección (1990); de esta generalización se exceptúa el sector empleo, respecto del cual se hace uso de las proyecciones de la población económicamente activa. Dado su propósito ilustrativo, los ejercicios se refieren sólo a cuatro países, ubicados en las diferentes agrupaciones distinguidas de acuerdo al estado de la transición demográfica; se trata de Haití, El Salvador, México y Uruguay. Los resultados obtenidos arrojan diferencias de importancia; al considerarlos, es prudente recordar que los datos son sólo indicaciones de lo que presumiblemente sería el efecto directo de las condiciones de evolución demográfica.

Así, de conservarse los niveles de atención escolar de tipo primario o básico existentes hacia fines de los años ochenta, el número de matrículas tendría que incrementarse en un 25 por ciento en Haití, mientras que en México el aumento sería de un 9 por ciento y en el Uruguay se produciría una disminución absoluta de la población en las edades correspondientes. Dado que, como se ha anticipado, estas cifras no involucran avances en las respectivas coberturas, cualquier mejoramiento de la situación de escolaridad en Haití y México comprendería incrementos aun mayores. Por su parte, la atención institucional del parto requeriría de una expansión del 22 por ciento en El Salvador, manteniéndose las modestas coberturas iniciales; en México el aumento en la cuantía de esas atenciones sólo sería del 2 por ciento, y en Uruguay se llegaría, en el año 2000, a una magnitud virtualmente idéntica a la existente en 1990. Al considerar las proyecciones de población económicamente activa, se aprecia que en Uruguay el crecimiento de la oferta laboral sería relativamente reducido, siguiendo una tasa media anual cercana al 1 por ciento, cifra que se deriva del incremento de la población en edad de trabajar. En cambio, en los tres países restantes, la "presión" por nuevos empleos se mantendría elevada durante la década de los 1990: en México, por ejemplo, se estima que la población en edad activa se acrecentaría a un ritmo del 2.9 por ciento anual; la intensidad del aumento sería semejante en los casos de transición incipiente y moderada. De acuerdo con las estimaciones, durante la última década del siglo XX, sólo en Uruguay se percibirían de manera clara los efectos del envejecimiento de la población; sus implicaciones más notorias recaerían sobre el sistema de pensiones y de prestaciones de salud destinadas a atender requerimientos propios de la tercera edad. No obstante lo anterior, en los países ubicados en el grupo de plena transición este tipo de efectos comenzaría a acentuarse durante la primera mitad del siglo XXI.

Las estimaciones mencionadas, a pesar de sus limitaciones, proporcionan algunas señales sobre los órdenes de magnitud de los requerimientos en cuanto a provisión de servicios sociales que serían imputables al cambio de población asociado con las diferentes modalidades de transición demográfica percibidas en América Latina y el Caribe. De la lectura de los resultados a los que conducen los ejercicios precedentes pudiera surgir la impresión de que, bajo condiciones de una avanzada transición demográfica, se atenuaría la cuantía de los esfuerzos vinculados con la oferta de servicios. Aunque, a la luz de las cifras señaladas, esta apreciación pareciera encontrar asidero, ha de tenerse en cuenta que, al conjugarse los efectos de una sostenida reducción de la fecundidad con una esperanza de vida relativamente elevada, se fortalecen las tendencias hacia un envejecimiento de la población que, a mediano y largo plazo, podría acarrear complicaciones adicionales. Cabría indicar, entre algunas de estas últimas, los efectos de un incremento sostenido de la carga sobre la situación financiera de los sistemas de pensiones, la necesidad de modificar la orientación de los programas de salud a fin de conceder mayor peso a tratamientos médicos costosos y probables rigideces cuantitativas y cualitativas en la oferta de fuerza de trabajo.

Recuadro IV.2

REQUERIMIENTOS DE SERVICIOS SOCIALES SEGUN DIFERENTES
TRAYECTORIAS DEMOGRAFICAS

La magnitud relativa de los cambios esperados en los requerimientos de algunos servicios sociales, en función de la dinámica de la población durante el último decenio del siglo XX, se ilustra en el cuadro siguiente, que contiene estimaciones relativas a tres países con perfiles demográficos diferentes y que representan una parte importante del rango de variación existente dentro de América Latina y el Caribe.

	Cambio porcentual, 1990-2000		
	El Salvador	México	Uruguay
Partos con atención calificada	21.9	2.1	0.0
Matrículas en primaria	18.6	8.4	-3.0
Viviendas	28.4	21.0	5.8
urbanas	n.d.	29.5	8.5
rurales	n.d.	-2.6	-6.2
Fuerza de trabajo	37.8	34.2	9.7
Pasivos	44.3	45.0	9.6
razón pasivos/activos	6.5	10.8	-0.1

Fuente: Anexos A-16 a-19. Se suponen constantes las coberturas pertinentes y del tamaño medio familiar, excepto en lo que atañe a fuerza de trabajo y pasivos, que se basan en proyecciones de las tasas de participación laboral.

Las cifras del cuadro permiten apreciar grandes contrastes en los efectos esperados de la evolución demográfica sobre el cambio en los requerimientos de servicios sociales. En un país que desde ya largo tiempo se ha distinguido por bajos índices de crecimiento de la población, como el Uruguay, es probable que los requerimientos asociados con los nacimientos y los niños pequeños tiendan a disminuir. Por el contrario, en El Salvador, donde la transición demográfica es aún moderada, ese tipo de necesidades se acrecentaría notablemente. Una posición intermedia corresponde a México, que se encuentra en una etapa de plena transición demográfica. Aunque en los tres casos se espera un aumento en la "presión" por puestos de trabajo, la incidencia relativa del cambio difiere considerablemente entre ellos, siguiendo la disposición ya comentada. A su vez, los cambios en los requerimientos de vivienda, además de variar de acuerdo con la evolución del cambio demográfico, ilustran cómo la distribución de la población entre áreas urbanas y rurales pueden afectar la cuantía de las necesidades. Los efectos graduales del envejecimiento de la población a medida que se desenvuelve la transición demográfica son ejemplificados al comparar los valores de aumento de la relación pasivos/activos de El Salvador y México; sin embargo, cuando un país alcanza instancias más avanzadas de su transición, el peso relativo de la población en la tercera edad tiende a estabilizarse, como lo sugiere el caso de Uruguay, donde se espera que el cociente pasivos/activos —actualmente uno de los mayores en América Latina y el Caribe— no sufra cambios de importancia en el período considerado.

Al analizar los resultados de los ejercicios es prudente introducir algunos recaudos adicionales. En primer lugar, la magnitud de la población expuesta a convertirse en "objetivo" de cada programa social no siempre guarda una relación directa con la magnitud de los recursos requeridos. En rigor, la operación de cada uno de los servicios supone ciertos costos fijos, los cuales son relativamente independientes del número de eventuales usuarios; así, las funciones de costos en algunos sectores no siempre asumen formas lineales, pudiendo experimentar sobresaltos cuando se alcanzan determinados umbrales. De ello se desprende, por ejemplo, que las aparentes reducciones de las "cargas" demográficas asociadas a una menor fecundidad, pueden no encontrar un reflejo análogo en términos de los recursos que comprometen. Es necesario, además, advertir que como los componentes de un determinado tipo de servicio presentan costos diferentes (educación primaria vis-à-vis secundaria, salud preventiva vis-à-vis curativa), los cambios en la estructura por edad de las poblaciones pertinentes no generan iguales repercusiones en el plano financiero. Asimismo, debe reconocerse la presencia de "inflexibilidades" que afectan a la asignación de los recursos y restringen la posibilidad de efectuar transferencias intersectoriales.

Un segundo recaudo concierne al uso de cifras de cobertura que corresponden a promedios nacionales. En ciertos países, los índices pertinentes son elevados, pero esto no excluye la existencia de "bolsones de precariedad" cuya atención pudiera demandar esfuerzos adicionales los que, además de comprender unas estructuras de costos bastante específicas, implicarían acciones institucionales de una índole distinta a aquella predominante en los programas nacionales. Desde luego, como las cifras proporcionadas por los ejercicios asumen una mantención de las deficiencias de cobertura, en los países donde estas últimas se distinguen por su fragilidad, la cuantía de los requerimientos tendría que elevarse si se aspirase a lograr algún progreso en la atención de necesidades insatisfechas. Finalmente, como la filosofía de promover una transformación productiva con equidad implica efectuar urgentes mejoras cualitativas en algunos servicios sociales, las cifras a las que se llega en los ejercicios anteriores resultan claramente insuficientes ante la proporción que asumiría este desafío.

Habida cuenta de su grado de generalidad, el enfoque expuesto no permite identificar las especificidades históricas que presenta la transición demográfica en cada país. Si bien los cuatro grupos del recuadro IV.1 contienen dentro de sí casos nacionales que exhiben una cierta similaridad en cuanto a los ritmos de incremento de la población, no es menos efectivo que también presentan variaciones de importancia. Un país como El Salvador, profundamente afectado por una situación de conflicto interno durante la década de 1980, no se adecua plenamente a las condiciones propias del caso II; en rigor, su modalidad de transición demográfica comporta una serie de peculiaridades que le confieren un sello singular —intensa emigración internacional, fuertes dislocaciones de la población a través del territorio que han incidido en el comportamiento de las parejas, elevada mortalidad adulta— que se manifestarían durante los años noventa a través de efectos tales como fluctuaciones importantes en la cuantía de la población en edad escolar. Por otra parte, no obstante haber sido incluidos en un mismo grupo, los ritmos de la transición han sido diferentes en México y Perú, significando, por ejemplo, un incremento relativo sustancialmente mayor de la provisión de servicios de salud materno infantil en el segundo de estos países. Por su parte, la celeridad con que se han producido los cambios demográficos en Cuba parecería dar lugar a unas oscilaciones en la cuantía de las poblaciones que son objeto de los programas sociales, tendencia ésta que difícilmente encuentre parangón en otros países de la región; esas mismas condiciones específicas ocasionarían, en el futuro, una declinación en el ritmo de incremento de la población en edad de trabajar considerablemente más rápida que la prevista respecto de otros países. Por cierto, estas particularidades, como otras que pudieran señalarse, no encuentran su explicación en los parámetros demográficos per se, sino en las características de los respectivos contextos históricos dentro de los cuales se definieron los comportamientos que les otorgaron vigencia.

La heterogeneidad social, económica y cultural que distingue a América Latina y el Caribe impone especiales desafíos a los análisis de los eventuales efectos del cambio de población. Desde luego, al identificar diversas modalidades de transición demográfica a lo largo y ancho de la región se reconoce que ésta constituye una de las manifestaciones de la heterogeneidad estructural. Cada tipo considerado se define por rasgos peculiares del proceso de cambio de la población, los que pueden significar efectos socioeconómicos específicos. No obstante que los países situados dentro de cada grupo de la transición demográfica comparten algunos atributos cuantitativos similares en cuanto al estado actual de la transición demográfica, ellos guardan entre sí diferencias no desdeñables respecto del momento histórico en que alcanzaron a tal instancia de cambio. Por lo mismo, las repercusiones socioeconómicas que entrañan los diversos estilos de evolución demográfica a lo largo del tiempo, como las potencialidades de cada sociedad en términos de adaptarse o reaccionar frente a las mismas, serán disímiles. Incluso, el distingo que se establece entre unidades nacionales resulta insuficiente; dentro de cada país se perciben inocultables diferencias en las expresiones demográficas entre unidades espaciales y grupos sociales (y étnicos). De no prestarse atención a los requerimientos específicos de estos subconjuntos de cada población nacional se incurriría en el riesgo de utilizar valores agregados que, válidos como promedios, carecen de realismo en el campo de las políticas. Por lo demás, la evaluación que pudiera hacerse de aquellas consecuencias, tendría que considerar la capacidad de los distintos grupos sociales localizados en el espacio para enfrentarlas. Ahora bien, dadas las recíprocas relaciones de causalidad que intervienen, este tipo de aproximación resulta extremadamente complejo.

B. CAMBIOS DEMOGRAFICOS Y POLITICAS SOCIOECONOMICAS

Habitualmente, los análisis sociodemográficos, así como muchas políticas sociales, adoptan como unidad de estudio u objeto de referencia a los individuos. Sin embargo, muchas repercusiones de las tendencias demográficas cobran especial significación cuando se les interpreta en términos de agrupaciones de personas, definidas con arreglo a sus vínculos de parentesco, modalidades de co-residencia, situación conyugal participación laboral, u otras características asociadas al ciclo de vida de las personas. A continuación, se hará referencia a algunas expresiones socioeconómicas relacionadas a este tipo de agrupaciones, a los individuos pertenecientes a ellas y a sus implicaciones de política.

La mayoría de los censos de población en América Latina y el Caribe recopila información en base a hogares más que a familias. Sin embargo, puesto que un alto porcentaje de los hogares alberga a una sola familia, es posible verificar que ha habido una reducción del tamaño familiar en gran parte de los países de la región. Tal reducción descansa, como cabría esperar, principalmente en el descenso que ha experimentado la fecundidad, aunque también se ha visto afectada por los cambios en los patrones de co-residencia. En los países que recién están iniciando la transición demográfica y donde aún la fecundidad es alta, el descenso del tamaño familiar ha sido reducido o, se ha mantenido estable, como en el caso de Bolivia, donde éste ha permanecido en cerca de 4.5 miembros durante los últimos 15 años. También se puede constatar la diversificación de las unidades domésticas, caracterizada por la disminución bastante generalizada de los hogares extendidos y compuestos, el aumento de los hogares con jefatura femenina sin cónyuge (producto en buena medida, del aumento de divorcios y separaciones), y el aumento de hogares unipersonales. Resulta sumamente importante considerar estas tendencias al interpretar de manera más amplia las estimaciones relativas a los requerimientos futuros en materia de vivienda presentados en la sección anterior, ya que ello puede modificar sustancialmente tanto el volumen de recursos destinados a los programas de vivienda, como las orientaciones de política que definen los tipos de hogares hacia los cuales se deberán encauzar los esfuerzos en este ámbito. Es conveniente, asimismo, considerar las

interacciones entre estas tendencias demográficas y las políticas en este campo. Como un ejemplo de ello puede citarse la tendencia al aumento del peso relativo de los hogares nucleares: a pesar de que en la mayoría de los países de la región el porcentaje de estos hogares es mayor en las áreas urbanas, en algunos países (Bolivia, Perú, República Dominicana y Cuba) la frecuencia de hogares nucleares es mayor en las áreas rurales. Pero, mientras en los tres primeros países señalados esta mayor proporción es indicativa de la importancia de la migración rural-urbana y el período de integración a la ciudad, en Cuba, en cambio, obedece a la política de construcción de viviendas en las áreas rurales.

En el marco de la diversidad de modelos al interior de la familia nuclear, una de las tendencias que más destaca es el aumento de las familias con jefes mujeres. En algunos países es notorio el aumento, como en Cuba, donde la jefatura de hogar femenina se incrementó del 18 por ciento en 1970 al 28 por ciento en 1980; en Puerto Rico, donde en la isla aumentó de 19 por ciento en 1970 al 23 por ciento en 1980, o en Brasil donde pasó del 12 por ciento de los hogares en 1978 al 20 por ciento en 1989. Estos arreglos familiares, en su mayoría, son monoparentales, es decir, madre sin cónyuge que vive con sus hijos, situación en parte atribuible al aumento de las separaciones matrimoniales. Diversos estudios han mostrado que los hogares encabezados por mujeres están entre los núcleos familiares más pobres, tienen una elevada proporción de niños pequeños y sus jefas tienen un menor nivel educacional. Sin embargo, también se ha argüido que el menor ingreso de estas familias se debe a la dificultad de todas las mujeres para generar ingresos debido a la discriminación salarial y de oportunidades de trabajo estable, especialmente cuando tienen menor nivel educacional. La identificación y caracterización de este tipo de hogares es relevante para casi todas las dimensiones de la política social, incluyendo acciones orientadas a paliar situaciones de pobreza, mejorar las condiciones de empleo, y las oportunidades para una mejor inserción laboral y social de la mujer.

Existen procesos y dimensiones demográficas que están tan íntimamente relacionadas entre sí, que resulta inadecuado, si no directamente incorrecto, analizar sus repercusiones separadas e independientes unas de otras. Es el caso de las vinculaciones existentes entre el embarazo y la fecundidad adolescente, las uniones consensuales, y los nacimientos ilegítimos. En secciones anteriores se mostraba que existen varios países de la región latinoamericana donde las tasas de fecundidad adolescentes descienden con menor rapidez que las tasas globales, y que en algunos países las primeras han aumentado. En Jamaica, Honduras, El Salvador, Guatemala, República Dominicana y Guadalupe las tasas superan los 100 nacimientos por mil mujeres de 15 a 19 años, pero incluso en los países que muestran una fecundidad adolescente menor, como Puerto Rico, Uruguay, Argentina y Chile, el fenómeno sigue siendo un problema que preocupa a los gobiernos y a las sociedades. El incremento de las uniones consensuales está estrechamente ligado a lo anterior: según información recabada alrededor de 1980 para 24 países de América Latina y el Caribe (Naciones Unidas, 1990), el mayor porcentaje de uniones consensuales se da entre las mujeres de 15 a 19 años de edad. En este tema, como en otros, es conveniente distinguir aquellas situaciones donde la unión consensual es legitimada por la cultura tradicional, como en países del Caribe, de aquella que resulta de formas de adaptación forzada a circunstancias económicas adversas, como la que se da en estratos pobres de muchos países, y de aquella que podría interpretarse como respuesta innovadora a los cambios económicos y socioculturales que han venido ocurriendo. Asociado a ello, se ha constatado un aumento en la proporción de nacimientos ilegítimos que, aunque se da en madres de todas las edades, está mayoritariamente asociado con las madres adolescentes y adultas jóvenes. En Chile, por ejemplo, entre 1970 y 1988 casi se duplicó el porcentaje de nacidos ilegítimos del total de nacidos de madres menores de 20 años (de 31 por ciento en 1970 a 60 por ciento en 1988); mientras en otros países también es posible detectar una alta proporción de ilegítimos entre los nacimientos de madres adolescentes.

Estas tendencias tienen consecuencias sobre la manera de abordar y definir los énfasis de los programas de planificación familiar: en la medida en que exista una preocupación genuina por el embarazo y la fecundidad adolescentes, y tomando en cuenta las interrelaciones descritas, resulta claro que los programas y los servicios de planificación familiar deberán otorgar mayor importancia a los componentes de información, educación y comunicación que enfatizan la paternidad responsable, la valoración de un entorno familiar favorable para los niños y la posibilidad de realización de proyectos de vida alternativos para las mujeres jóvenes. Es posible, incluso, que la consideración de estos factores induzca a revisar los énfasis actuales en la simple provisión de anticonceptivos. La creciente prevalencia de la esterilización en desmedro de los métodos reversibles, tampoco aparece como la alternativa más funcional a las necesidades de las parejas más jóvenes.

Otra tendencia, a la que ya se ha hecho referencia, es la relativa al mayor peso relativo en la población de las personas de la tercera edad, que va asociada indisolublemente a las etapas más avanzadas de la transición demográfica. Cabe recordar que este es un aspecto de la transformación demográfica que tiene una especificidad según sexo prácticamente universal: dado que la mortalidad femenina es menor que la masculina, la población de la tercera edad está compuesta en su mayoría por mujeres, especialmente en las áreas urbanas, donde las diferencias de mortalidad tienden a ser más importantes. Las reducciones de la fecundidad y de la mortalidad que acompañan al proceso de envejecimiento pueden repercutir tanto sobre los patrones de co-residencia y tipos de hogares, como sobre las relaciones intrafamiliares. Los niños tienen una probabilidad creciente de conocer en vida a uno o más abuelos; cada abuelo y abuela, a su vez, tienen cada vez menos hijos y nietos, pero será cada vez más común que los abuelos puedan convivir con sus nietos durante el comienzo de la generación de su propia descendencia. Ello redundará en que los individuos se críen en interacción directa con menos miembros de su propia generación, pero se abre la posibilidad de ampliar las interrelaciones con familiares de otras generaciones, y del intercambio personal de conocimiento y experiencias entre ellos.

Las consecuencias económicas derivadas del proceso de envejecimiento de la población dependen, en parte, del tipo de contribución productiva de la población de la tercera edad. Los estudios acerca del papel de los viejos en las familias indican que ellos prestan importantes servicios, tales como continuar trabajando, aunque sea sólo parcialmente, especialmente en el campo, y mantener el hogar y cuidar a los nietos mientras los hijos trabajan. Algunas mujeres en la tercera edad adoptan un rol esencial en la crianza de los nietos, ya sea en zonas rurales cuando los hijos emigran a las ciudades en búsqueda de trabajo, o en contextos urbanos, con el objeto de permitir el trabajo de la madre fuera del hogar. La información disponible sobre los países latinoamericanos señala que la tasa de participación laboral de la población de la tercera edad es significativa, especialmente en los tramos más jóvenes. Esta es mayor en los países con menor desarrollo relativo, en las áreas rurales y entre los hombres, hecho que se debe en parte a la baja cobertura de los beneficios de pensión y otros de seguridad social en muchos países de la región. Pero, dado que la mayoría de las personas de la tercera edad no son económicamente activas, el envejecimiento de la población como un todo también puede ser fuente de ciertos conflictos intergeneracionales, al dificultarse el financiamiento de los actuales sistemas de jubilación organizados en base a transferencias entre cohortes. Esto puede verse agravado por la percepción de parte de las cohortes actualmente en la fuerza de trabajo que están pagando un alto costo a cambio de un apoyo incierto a su propia vejez, y por el poder político que pueden llegar a oponer los grupos de mayor edad a cambios orientados a mejorar la equidad intergeneracional. Este tipo de problema tiende a ser más evidente en los países con poblaciones más envejecidas, pero el potencial de cambio es mayor en los países en etapas intermedias de su transición demográfica, como México o Perú, puesto que el índice clave en el caso del financiamiento de pensiones, la razón pasivos/activos, puede cambiar más

pronunciadamente que en aquéllos donde la estructura según edad prácticamente se ha estabilizado, como en Argentina o Uruguay. Que esto resulte ser efectivamente así depende también de los cambios en otros factores del sistema; por ejemplo, si los países en las etapas intermedias de la transición logran incrementar la cobertura de los actualmente activos pueden compensar en buena medida los efectos desfavorables derivados de los cambios en la estructura demográfica de sus poblaciones.

En general, el crecimiento de la población en edad de trabajar, como se mostraba en una sección anterior, produce ciertas "presiones" sobre el mercado de trabajo, que se pueden expresar en términos de los requerimientos de inversión para absorber ese crecimiento, pero también es cierto que las tendencias demográficas han repercutido favorablemente sobre los índices de dependencia (medido como el número de inactivos por cada económicamente activo) en la mayoría de los países de la región. De hecho, muchos de ellos han experimentado descensos importantes en la dependencia infantil, sin que todavía se hayan registrado aumentos demasiado elevados en el grado de dependencia de la vejez; en este sentido, nuestros países se encuentran en una coyuntura demográfica favorable en comparación a muchos otros en el mundo que se ubican en etapas ya sea muy incipientes o muy avanzadas de su proceso de transición. Al igual que en el caso de la urbanización que se discute más adelante, esta situación representa una oportunidad para la generación de mayores niveles de ingreso y ahorro, a la vez que un desafío importante en términos de poder absorber adecuadamente a la voluminosa fuerza de trabajo y de realizar las inversiones requeridas para potenciar esas oportunidades.

Hay ciertos cambios demográficos que generan repercusiones indirectas sobre la fuerza de trabajo, que, sin embargo, pueden llegar a tener una importancia económica fundamental. Es el caso del descenso de la fecundidad, que en la medida en que se ha ido sometiendo cada vez más al control de las parejas, ha posibilitado el retardo del momento de tener el primer hijo y la ampliación del espaciamiento entre ellos. Si bien existen interrelaciones, se desea destacar aquí el rol facilitador que esos factores han tenido, sobre todo en los países en plena transición, de la viabilidad de completar mayores niveles educacionales, como de una inserción laboral más intensa y estable de las mujeres, contribuyendo de este modo tanto a la mejora de los índices de dependencia como a la productividad de la fuerza laboral. La reducción de la mortalidad tiene efectos en el mismo sentido, ya que ha contribuido a aumentar el número de años-persona en actividad laboral a lo largo del tiempo: mientras en los años cincuenta las personas en América Latina podían esperar vivir en promedio unos 32 años en las edades activas, en la actualidad esa expectativa ha superado los 40 años, y la cifra continuará creciendo en el futuro. Dado que una menor mortalidad va asociada a mejores condiciones de salud, presumiblemente estos también son años activos de mayor productividad.

La creciente inserción laboral de la mujer presenta especificidades en términos tanto cuantitativos como cualitativos. La evolución de la tasa de participación en la región como un todo ha sido gradual pero sostenida: ha pasado de valores de cerca de 13 por ciento en la década de 1950 a 20 por ciento hacia 1970 y a alrededor de 30 por ciento en la actualidad. La tendencia creciente debe ser examinada, no obstante, no sólo en términos de cantidad, sino también de calidad o condiciones de esta incorporación. Para algunas mujeres, la decisión de trabajar puede obedecer principalmente a una opción de búsqueda de condiciones favorables de remuneración y empleo en el mercado formal, como también de realización personal. Pero, para un parte importante de ellas, su incorporación es más bien determinada por los bajos ingresos familiares, viéndose enfrentadas a condiciones desfavorables, tales como trabajo informal, bajas remuneraciones y largas jornadas de trabajo. En muchos países de la región, la participación de la mujer casada se mantiene por debajo de su potencial debido a la existencia de una discriminación implícita por los mayores costos fijos de su trabajo (derechos de maternidad, por ejemplo), el menor pago por igual

trabajo realizado por los hombres, a la escasez de servicios de apoyo (salas cunas, horarios escolares extendidos) y a la inaccesibilidad de tecnología doméstica que facilite el trabajo fuera del hogar. Estas son áreas de política que deben considerarse como factores de la realización del potencial de la contribución productiva femenina, en un contexto donde las tendencias demográficas ya están ampliando ese tipo de posibilidades.

Una de las manifestaciones más destacadas de la dinámica demográfica de América Latina y el Caribe es la representada por el proceso de urbanización, cuyas repercusiones económicas y sociales son de la mayor importancia. Así, la tendencia de la población a concentrarse en ciudades constituye un factor de estímulo a la demanda, por cuanto conduce a una densificación de los mercados de bienes y servicios, a la vez que contribuye a la conformación de las economías de aglomeración. Estas involucran, entre otras características, la existencia de una voluminosa oferta de mano de obra, de diferentes tipos de calificación, dentro de mercados de trabajo geográficamente concentrados. Bajo tales condiciones, aumenta la factibilidad de economías de escala en la provisión de servicios sociales, lo cual permite reducir los costos unitarios pertinentes; por el contrario, el suministro de esos servicios a poblaciones dispersas es más costoso y, en algunos casos, virtualmente imposible. Desde luego, ha de reconocerse que el aprovechamiento de esas economías supone realizar inversiones de gran envergadura, como sucede, por ejemplo, con las obras de infraestructura física (agua potable, alcantarillado, electricidad, vialidad o comunicaciones). En contextos de escasez de recursos, sobre todo en tiempos de crisis, como los de la década de 1980, la prioridad de ese tipo de inversiones pasa a un segundo plano, lo que redundará en una intensificación de las externalidades negativas (contaminación, congestionamiento) y en un deterioro de las redes públicas debido a falta de mantención. Aun cuando el tratamiento de estos temas demandaría la consideración de una multiplicidad de factores intervinientes, cabe anotar aquí que cualquier estrategia de desarrollo debe tomar en cuenta el grado relativamente elevado de urbanización alcanzado por la población de los países de la región. En tal sentido, esas estrategias podrían contemplar el aprovechamiento deliberado de las oportunidades que ello ofrece, tratando de neutralizar o compensar las externalidades adversas a la calidad de vida en las ciudades. Las acciones de política en este sentido no se deducen automáticamente de los criterios básicos de equidad o de eficiencia productiva, por lo que requieren de atención particular.

Otra de las repercusiones de las tendencias demográficas que suele resaltarse, especialmente cuando se someten a examen las opciones para la asignación de recursos, consiste en el aparente ahorro que se derivaría de una reducción del crecimiento demográfico. De este modo, una disminución en el ritmo de aumento de la población menor de 18 años suele ser concebida como una posibilidad de ahorro en la provisión de educación. Dada la importancia que se atribuye a la educación en las estrategias actuales de equidad y transformación productiva, este argumento resulta incompleto. En efecto, la necesidad de elevar la calificación de los recursos humanos y de cerrar las importantes brechas de atención, involucran el desafío de analizar diferentes alternativas de inversión de los recursos en este mismo sector. Así, por ejemplo, en el caso de los países que se sitúan en instancias incipientes o intermedias de la transición demográfica, donde la cobertura de la educación revela deficiencias severas, será preciso realizar ingentes esfuerzos para llenar los vacíos históricos de un modo acelerado, a la vez que atender los nuevos requerimientos de una población que crece vigorosamente. Por su parte, en los países que ya han avanzado en esa transición, la gran tarea que se encara es la introducción de mejoras en la calidad de la educación, procurando elevar la equidad en la oferta de los servicios a los diferentes grupos socioeconómicos situados en las diversas áreas de los territorios nacionales.

A mediano plazo, el progresivo envejecimiento de la población, asociado a las etapas más avanzadas de la transición demográfica, se irá traduciendo en mayores demandas de salud y pensiones. La actual discusión en América Latina y el Caribe sobre reformas a los sistemas de provisión de esos y otros servicios sociales orientados a la vejez se deriva de la constatación de tendencias deficitarias en tales sectores. No siempre este debate toma debidamente en cuenta factores que, como los del cambio de población, inciden sobre aquellas deficiencias. Está claro que, a pesar de evolucionar con mayor lentitud que las fluctuaciones económicas, los elementos demográficos constituyen uno de los determinantes de la viabilidad financiera, a mediano plazo, de los sistemas en cuestión. La acumulación de fondos, efectivamente destinados a cubrir los gastos de jubilación y diversos riesgos (desempleo, invalidez y otras contingencias), podría contribuir a evitar posibles déficit de esos sistemas y, al mismo tiempo, constituiría una fuente de recursos del ahorro nacional requerido para costear inversiones en un contexto de restricción e incertidumbre en cuanto al financiamiento externo. Desde este punto de vista, sería importante que el papel de aquellos fondos se considerase en las estrategias de desarrollo de América Latina y el Caribe, no sólo por su relevancia en materia de equidad, sino también por sus potencialidades respecto de la transformación productiva. Este tipo de oportunidades parece ser mayor en los países que se ubican en instancias de transición demográfica intermedias, dado que sus poblaciones se distinguen por una alta proporción de personas en edades activas y por bajos índices de dependencia.

Finalmente, cabe recalcar el importante papel de las políticas y programas de población como un contribuyente a los objetivos de equidad. En la medida en que los recursos destinados a proporcionar atención de salud se orienten hacia los grupos más vulnerables de la población, y en tanto los programas de planificación familiar faciliten efectivamente el acceso a medios e información que permitan regular la fecundidad de acuerdo a los deseos de las parejas -sobre todo de aquellas donde la demanda insatisfecha es elevada-, se estará avanzando directamente al logro de una mayor equidad, e indirectamente a atenuar el ritmo de crecimiento de la población. Este es un área de política donde, tal como ocurre en varios de los puntos mencionados anteriormente, no existe contradicción entre los objetivos de equidad y de transformación productiva; más bien, brinda la posibilidad de lograr una consistencia y claras oportunidades de refuerzo entre ambos.

Bibliografía

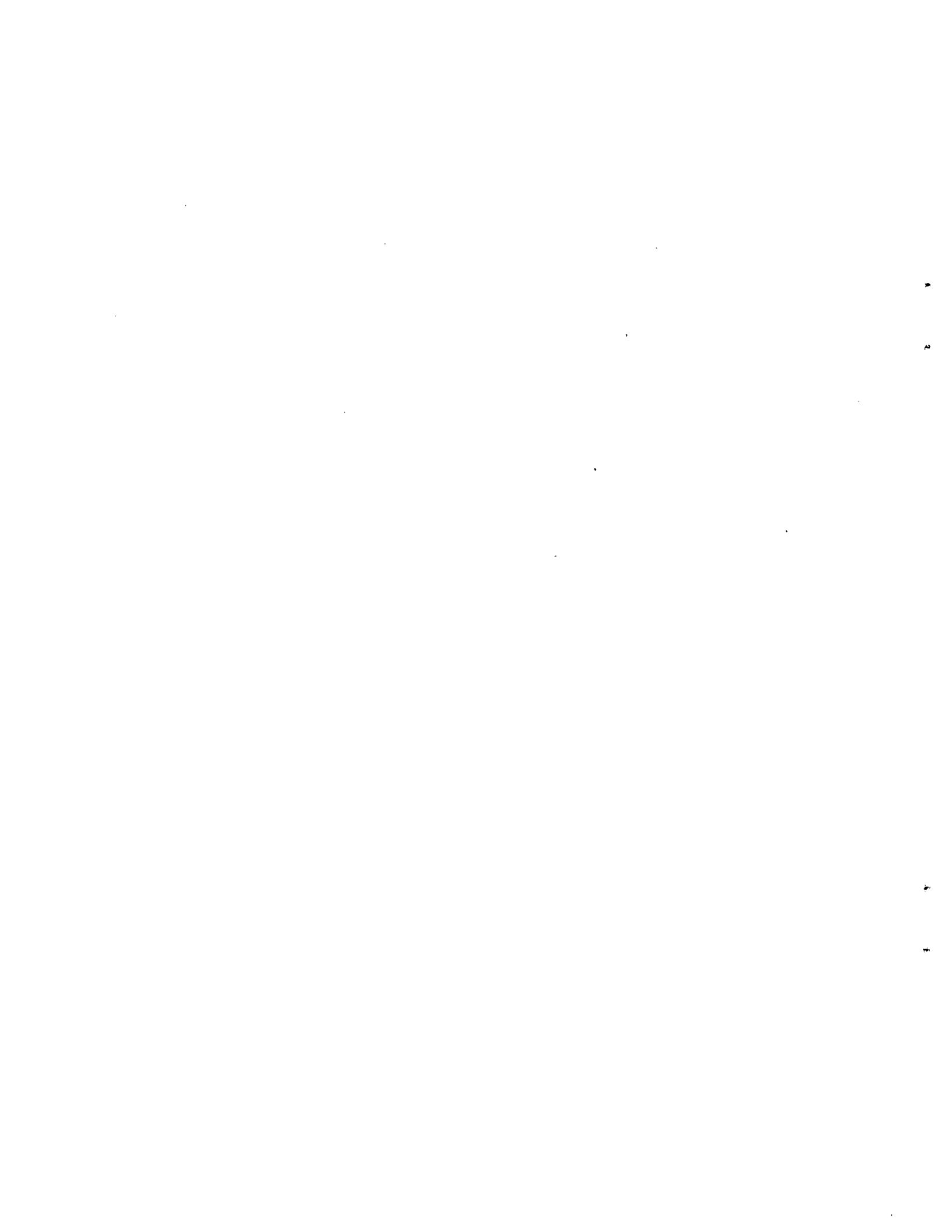
- Centro Latinoamericano de Demografía (CELADE) (1989), Investigación de la migración internacional en Latinoamérica, IMILA, Santiago de Chile, Boletín Demográfico, Año XXII, N° 43, enero.
- _____ (1990), La mortalidad en las Américas: progresos, problemas y perspectivas, CELADE/OPS, Santiago de Chile (Borrador).
- _____ (1991), Población y transformación productiva con equidad. CELADE, Santiago de Chile (inédito).
- _____ (1992), Las Américas: fuentes, calidad de la información demográfica, tamaño, crecimiento y composición de la población. 1980-2000, CELADE/OPS, Santiago de Chile (inédito).
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) (1988), La reproducción biológica y social de los hogares de Montevideo, CEPAL, Montevideo, junio.
- _____ (1990), Magnitud de la pobreza en América Latina en los años ochenta, mayo.
- _____ (1991), La suerte de las madres adolescentes y sus hijos: un estudio de casos sobre la transmisión de pobreza en Santiago de Chile, agosto.
- _____ (1992a), El manejo del agua en las áreas metropolitanas de América Latina, agosto.
- _____ (1992b), Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado, Naciones Unidas, Santiago de Chile.
- Conferencia Internacional sobre Refugiados Centroamericanos (CIREFCA) (1989), Los desplazados, refugiados y repatriados en el marco del desarrollo económico y social de Centroamérica, CIREFCA-PNUD, Guatemala, mayo.
- Chackiel, J. (1992), "Dinámica demográfica futura de América Latina. 1990-2050", Artículo preparado para la Revista DEMOS, México (inédito).
- Demographic and Health Surveys (DHS) (1991), Newsletter, Vol. 4, N° 2, IRD/Macro International, Columbia, Estados Unidos.
- Díaz, E. (1987), Causas de muerte en Guatemala, 1960-1979, CELADE, San José, Costa Rica, Serie OI, N° 1001.
- Di Girolamo, G. (1992), "El escenario agrícola mundial en los años noventa", en Revista de la CEPAL, N° 47, pp. 101-123.
- Ferrando, D.; S. Singh y D. Wulf (1989), Adolescentes de hoy, padres del mañana: Perú, The Alan Guttmacher Institute, Nueva York.

- Fortuna, J. C. y N. Niedworok (1985), La migración internacional de uruguayos en la última década, CIM-Universidad de Georgetown, Proyecto de Migración Hemisférica.
- Henriquez, M.E., N. Silva, S. Singh y D. Wulf (1986), Adolescentes de hoje, pais do amanha: Brasil, The Alan Guttmacher Institute, Nueva York.
- Inmigration and Naturalization Service (INS, USA) (1979), Statistical Yearbook.
- Inmigration and Naturalization Service (INS, USA) (1989), Statistical Yearbook.
- Martínez P., J. (1989) La migración de mano de obra calificada dentro de América Latina, CELADE, Santiago de Chile (inédito).
- Merrick, T. W. (1983), "La fecundidad y la planificación familiar en el Brasil", en Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar, Número Especial.
- Naciones Unidas (1991), World population prospects 1990, Dep. of International Economic and Social Affairs, Nueva York, Population Studies N° 120.
- _____ (1992), World population prospects: the 1992 revision, Naciones Unidas.
- Organización Panamericana de la Salud (OPS) (1990), Las condiciones de salud en las Américas, Edición de 1990, Vol. 1.
- Ortega, E. (1992), "La trayectoria rural de América Latina y el Caribe", en Revista de la CEPAL, N° 47, pp. 125-148.
- Pellegrino, A. (1991) La movilidad de profesionales y técnicos latinoamericanos y del Caribe, CELADE, Santiago de Chile (inédito).
- Percy K., E. y R. Warren (1992), "Demographic Dimensions of Southern Migration to and from the United States since the 1970s", en International Union for the Scientific Study of Population (IUSSP) (ed.), El poblamiento de las Américas, Veracruz, Actas, Vol. 2.
- Recchini, Z. y A. E. Lattes (comps.) (1975), La población de Argentina, CICRED.
- Ruiz, M. (1982), La mortalidad en Venezuela por sexo, edad y causas, 1968-1978, CELADE, Santiago de Chile, Trabajo final de Investigación, Maestría en Demografía 1981-1982.
- Simmons, A. B. y J. P. Guengat (1992), "Recent Migration within the Caribbean Region: Migrant Origins, Destinations and Economics Roles", en International Union for the Scientific Study of Population (IUSSP) (ed.), El poblamiento de las Américas, Veracruz, Actas, Vol. 2.
- Torrealba, R. (1992), "Migración y crisis en los países andinos: los años ochenta", en International Union for the Scientific Study of Population (IUSSP) (ed.), El poblamiento de las Américas, Veracruz, Actas, Vol. 2.

- Villa, M. (1992), "Urbanización y transición demográfica en América Latina: una reseña del período 1930-1990", en International Union for the Scientific Study of Population (IUSSP) (ed.), El poblamiento de las Américas, Veracruz, Actas, Vol. 2.
- Wulf, D. (1986), "Embarazo y alumbramiento en la adolescencia en América Latina y el Caribe: una conferencia memorable", en Perspectivas Internacionales en Planificación Familiar, Número especial.
- Yasaki, L. (1990), Causas de morte e esperança de vida ao nascer no Estado de São Paulo e regiões, 1975-1983, Coleção Realidade Paulista, SEADE, São Paulo, Brasil.



ANEXOS



AMERICA LATINA Y EL CARIBE: POBLACION TOTAL. 1950-2000 (en miles)

Región y país	1950	1960	1970	1980	1990	2000
Total región	165121	216615	283198	358925	441063	522961
América Latina	158810	209211	274538	349198	430182	510939
Argentina	17150	20616	23962	28237	32322	36238
Bolivia	2766	3428	4325	5581	7171	9038
Brasil	53444	72594	95847	121286	149042	172777
Colombia	11946	15939	21360	26525	32300	37822
Costa Rica	862	1236	1731	2284	3034	3798
Cuba	5850	6985	8520	9679	10608	11504
Chile	6082	7614	9504	11145	13173	15272
Ecuador	3310	4413	6051	8123	10547	13090
El Salvador	1940	2570	3588	4525	5172	6425
Guatemala	2969	3964	5246	6917	9197	12222
Haití	3261	3804	4520	5353	6486	7959
Honduras	1401	1935	2627	3662	5138	6846
México	27297	36530	50328	67046	84486	102555
Nicaragua	1109	1502	2063	2802	3676	5169
Panamá	839	1105	1487	1956	2418	2893
Paraguay	1351	1774	2351	3147	4277	5538
Perú	7632	9931	13193	17295	21550	26276
R. Dominicana	2353	3231	4423	5697	7170	8621
Uruguay	2239	2538	2808	2914	3094	3274
Venezuela	5009	7502	10604	15024	19321	23622
Caribe y otros	6311	7404	8660	9727	10881	12022
Antillas Holandesas	116	137	162	171	175	178
Bahamas	79	110	170	210	255	295
Barbados	211	231	239	249	257	268
Belice	67	91	120	146	189	229
Dominica	51	60	70	75	72	71
Granada	76	90	94	89	91	94
Guadalupe	210	275	320	327	390	437
Guayana Francesa	25	33	49	69	98	130
Guyana	423	569	709	759	796	883
Jamaica	1403	1629	1869	2133	2420	2677
Martinica	222	282	326	326	360	391
Puerto Rico	2219	2358	2718	3206	3530	3853
Santa Lucía	79	86	101	115	133	152
Suriname	215	290	372	352	422	500
Trinidad y Tabago	636	843	971	1082	1236	1365
Otros territorios	279	320	370	418	457	499
Anguila	5	6	6	7	7	8
Antigua y Barbuda	46	55	66	61	65	70
Aruba	57	59	61	60	61	63
Islas Falkland	2	2	2	2	2	2
Islas Caymán	6	9	10	17	27	40
Islas Vírgenes Americanas	27	33	64	98	107	109
Islas Vírgenes Británicas	6	7	10	12	16	21
Montserrat	14	12	11	12	11	11
San Cristóbal y Nieves	44	51	47	44	42	41
San Vicente y Las Granadinas	67	80	87	98	107	117
Turcos y Caicos	5	6	6	7	12	17

Fuente: CELADE y United Nations (1992).

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: TASAS DE CRECIMIENTO MEDIO ANUAL. 1950-2000
(tasas por cien)

Región y país	1950-60	1960-70	1970-80	1980-90	1990-2000
Total región	2.71	2.68	2.37	2.06	1.70
América Latina	2.76	2.72	2.41	2.09	1.72
Argentina	1.84	1.50	1.64	1.35	1.14
Bolivia	2.15	2.32	2.55	2.51	2.31
Brasil	3.06	2.78	2.35	2.06	1.48
Colombia	2.88	2.93	2.17	1.97	1.58
Costa Rica	3.60	3.37	2.77	2.84	2.25
Cuba	1.77	1.99	1.28	0.92	0.81
Chile	2.25	2.22	1.59	1.67	1.48
Ecuador	2.88	3.16	2.94	2.61	2.16
El Salvador	2.81	3.34	2.32	1.34	2.17
Guatemala	2.89	2.80	2.77	2.85	2.84
Haití	1.54	1.72	1.69	1.92	2.05
Honduras	3.23	3.06	3.32	3.39	2.87
México	2.91	3.20	2.87	2.31	1.94
Nicaragua	3.03	3.17	3.06	2.71	3.41
Panamá	2.75	2.97	2.74	2.12	1.79
Paraguay	2.72	2.82	2.92	3.07	2.58
Perú	2.63	2.84	2.71	2.20	1.98
R. Dominicana	3.17	3.14	2.53	2.30	1.84
Uruguay	1.25	1.01	0.37	0.60	0.57
Venezuela	4.04	3.46	3.48	2.52	2.01
Caribe y otros	1.60	1.57	1.16	1.12	1.00
Antillas Holandesas	1.66	1.68	0.54	0.23	0.17
Bahamas	3.31	4.35	2.11	1.94	1.46
Barbados	0.91	0.34	0.41	0.32	0.42
Belice	3.06	2.77	1.96	2.58	1.92
Dominica	1.63	1.54	0.69	-0.41	-0.14
Granada	1.69	0.43	-0.55	0.22	0.32
Guadalupe	2.70	1.52	0.22	1.76	1.14
Guayana Francesa	2.78	3.95	3.42	3.51	2.83
Guyana	2.97	2.20	0.68	0.48	1.04
Jamaica	1.49	1.37	1.32	1.26	1.01
Martinica	2.39	1.45	0.00	0.99	0.83
Puerto Rico	0.61	1.42	1.65	0.96	0.88
Santa Lucía	0.85	1.61	1.30	1.45	1.34
Suriname	2.99	2.49	-0.55	1.81	1.70
Trinidad y Tabago	2.82	1.41	1.08	1.33	0.99
Otros territorios	1.37	1.45	1.22	0.89	0.88
Anguila	1.82	0.00	1.54	0.00	1.34
Antigua y Barbuda	1.79	1.82	-0.79	0.64	0.74
Aruba	0.34	0.33	-0.17	0.17	0.32
Islas Falkland	0.00	0.00	0.00	0.00	0.00
Islas Caymán	4.05	1.05	5.31	4.63	3.93
Islas Vírgenes Americanas	2.01	6.62	4.26	0.88	0.19
Islas Vírgenes Británicas	1.54	3.57	1.82	2.88	2.72
Montserrat	-1.54	-0.87	0.87	-0.87	0.00
San Cristóbal y Nieves	1.48	-0.82	-0.66	-0.47	-0.24
San Vicente y Las Granadinas	1.77	0.84	1.19	0.88	0.89
Turcos y Caicos	1.82	0.00	1.54	5.39	3.48

Fuente: CELADE y United Nations (1992).

AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE: TASA GLOBAL DE FECUNDIDAD POR QUINQUENIOS,
SEGUN PAISES AGRUPADOS DE ACUERDO A LA ETAPA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA. 1950-2000

Países	Quinquenios									
	1950	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990	1995
	1955	1960	1965	1970	1975	1980	1985	1990	1995	2000
América Latina	5.9	5.9	6.0	5.6	5.0	4.4	3.9	3.4	3.1	2.8
Caribe y otros ^{a/}	5.2	5.1	5.5	5.0	4.4	3.5	3.2	3.0	2.8	2.8
Grupo I										
Bolivia	6.8	6.7	6.6	6.6	6.5	6.2	5.5	5.0	4.6	4.1
Haití	6.3	6.3	6.3	6.0	5.8	5.4	5.2	5.0	4.8	4.6
Grupo II										
El Salvador	6.5	6.8	6.9	6.6	6.1	5.7	5.0	4.5	4.0	3.6
Guatemala	7.1	6.9	6.9	6.6	6.5	6.4	6.1	5.8	5.4	4.9
Honduras	7.1	7.2	7.4	7.4	7.4	6.6	6.2	5.6	4.9	4.3
Nicaragua	7.4	7.4	7.4	7.2	6.8	6.4	6.0	5.6	5.0	4.5
Paraguay	6.8	6.8	6.8	6.4	5.7	5.1	4.8	4.6	4.3	4.1
Grupo III										
Brasil	6.2	6.2	6.2	5.3	4.7	4.2	3.8	3.2	2.8	2.4
Colombia	6.8	6.8	6.8	6.3	4.7	4.1	3.5	2.9	2.7	2.5
Costa Rica	6.7	7.1	7.0	5.8	4.3	3.9	3.5	3.4	3.1	3.0
Ecuador	6.9	6.9	6.9	6.7	6.1	5.4	4.7	4.1	3.6	3.2
Guyana	6.7	6.8	6.2	6.1	4.9	3.9	3.3	2.8	2.6	2.3
México	6.8	6.8	6.8	6.7	6.4	5.0	4.3	3.6	3.2	2.8
Panamá	5.7	5.9	5.9	5.6	4.9	4.1	3.5	3.1	2.9	2.7
Perú	6.9	6.9	6.9	6.6	6.0	5.4	4.7	4.0	3.6	3.2
Rep. Dom.	7.4	7.4	7.3	6.7	5.6	4.7	4.2	3.8	3.3	3.0
Suriname	6.6	6.6	6.6	5.9	5.3	4.2	3.4	3.0	2.7	2.4
Trin. y Tab.	5.3	5.3	5.0	3.8	3.5	3.4	3.2	3.0	2.7	2.5
Venezuela	6.5	6.5	6.5	5.9	5.0	4.5	3.9	3.5	3.1	2.9
Grupo IV										
Argentina	3.2	3.1	3.1	3.1	3.2	3.4	3.2	3.0	2.8	2.7
Bahamas	4.2	3.7	3.9	3.3	3.0	2.6	2.6	2.2	2.0	1.9
Barbados	4.7	4.7	4.3	3.5	2.7	2.2	1.9	1.6	1.8	1.9
Cuba	4.1	3.7	4.7	4.3	3.5	2.1	1.9	1.8	1.9	2.0
Chile	5.1	5.3	5.3	4.4	3.6	2.9	2.8	2.7	2.7	2.6
Guadalupe	5.6	5.6	5.6	5.2	4.5	3.1	2.6	2.5	2.2	2.0
Jamaica	4.2	5.1	5.6	5.8	5.0	4.0	3.6	2.7	2.4	2.1
Martinica	5.7	5.7	5.5	5.0	4.1	2.7	2.1	2.1	2.0	1.9
Puerto Rico	5.0	4.8	4.4	3.4	3.0	2.8	2.4	2.2	2.2	2.1
Uruguay	2.7	2.8	2.9	2.8	3.0	2.9	2.6	2.4	2.3	2.3

Fuente: CELADE y United Nations (1992).

^{a/}: Incluye Anguila, Antigua, Aruba, Islas Vírgenes Americanas y Británicas, Islas Caymán, Dominica, Grenada, Montserrat, Antillas Holandesas, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y Las Granadinas y Turcos y Caicos.

AMERICA LATINA: TASAS DE FECUNDIDAD POR EDAD, SEGUN PAISES
 AGRUPADOS DE ACUERDO A LA ETAPA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA. 1950-55 Y 1985-90
 (tasas por mil)

Países	Grupos de edades								TGF
	15-19	20-24	25-29	30-34	35-39	40-44	45-49		
Grupo I									
Bolivia	1950-55	100	275	307	281	222	120	46	6.8
	1985-90	86	237	247	197	138	73	23	5.0
Haití	1950-55	77	207	284	273	217	132	71	6.3
	1985-90	55	196	240	214	162	96	36	5.0
Grupo II									
El Salvador	1950-55	142	314	332	263	162	64	15	6.5
	1985-90	139	247	210	155	102	48	4	4.5
Guatemala	1950-55	174	313	321	280	209	93	27	7.1
	1985-90	133	276	277	229	157	70	13	5.8
Honduras	1950-55	151	305	320	286	212	116	21	7.1
	1985-90	118	279	261	204	164	77	7	5.6
Nicaragua	1950-55	170	353	356	273	211	95	29	7.4
	1985-90	169	270	260	201	140	56	14	5.6
Paraguay	1950-55	95	283	324	293	222	119	24	6.8
	1985-90	79	196	216	191	144	74	16	4.6
Grupo III									
Brasil	1950-55	83	264	302	251	189	98	44	6.2
	1985-90	48	170	181	131	78	30	3	3.2
Colombia	1950-55	128	287	323	280	214	92	28	6.8
	1985-90	74	159	146	104	63	27	7	2.9
Costa Rica	1950-55	119	334	331	261	203	83	15	6.7
	1985-90	98	182	165	123	75	26	3	3.4
Ecuador	1950-55	140	294	320	278	213	105	32	6.9
	1985-90	83	222	206	153	101	44	11	4.1
México	1950-55	115	300	322	287	200	100	26	6.8
	1985-90	93	209	177	126	82	28	5	3.6
Panamá	1950-55	145	283	278	208	136	63	23	5.7
	1985-90	91	185	159	105	62	22	5	3.1
Perú	1950-55	130	283	317	278	205	113	45	6.9
	1985-90	72	188	203	161	121	45	10	4.0
Rep. Dom.	1950-55	166	335	340	300	211	107	22	7.4
	1985-90	79	216	195	140	85	28	8	3.8
Venezuela	1950-55	155	330	308	239	167	70	24	6.5
	1985-90	79	191	177	125	78	34	8	3.5
Grupo IV									
Argentina	1950-55	62	160	172	128	76	26	7	3.2
	1985-90	71	158	162	115	63	20	4	3.0
Cuba	1950-55	67	234	231	158	90	33	7	4.1
	1985-90	85	123	93	48	24	8	1	1.8
Chile	1950-55	84	224	255	212	148	77	20	5.1
	1985-90	67	158	147	99	54	18	2	2.7
Uruguay	1950-55	60	150	148	104	60	20	4	2.7
	1985-90	61	135	133	91	49	15	1	2.4

Fuente: CELADE y United Nations (1991).

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: ESPERANZA DE VIDA AL NACER,
SEGUN PAISES ORDENADOS DE ACUERDO A LA ETAPA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA. 1950-2000

Región y países	Esperanza de vida [e(o)]			Aumento quinquenal		e(o)
	1950-55	1970-75	1985-90	1950-55 a	1970-75 a	Año 2000
AMERICA LATINA	51.8	61.3	66.7	2.4	1.8	69.8
CARIBE Y OTROS a/	52.0	63.1	67.6	2.8	1.5	70.3
GRUPO I						
BOLIVIA	40.4	46.7	58.8	1.6	4.0	64.5
HAITI	37.6	48.5	54.7	2.7	2.1	59.4
GRUPO II						
EL SALVADOR	45.3	58.8	62.4	3.4	1.2	69.1
GUATEMALA	42.1	54.0	62.0	3.0	2.7	68.1
HONDURAS	42.3	54.0	64.0	2.9	3.3	68.2
NICARAGUA	42.3	55.2	62.4	3.2	2.4	69.2
PARAGUAY	62.6	65.6	66.9	0.7	0.4	67.9
GRUPO III						
BRASIL	51.0	59.8	64.9	2.2	1.7	68.0
COLOMBIA	50.6	61.6	68.2	2.8	2.2	70.7
COSTA RICA	57.3	68.1	75.3	2.7	2.4	77.1
ECUADOR	48.4	58.9	65.4	2.6	2.2	68.2
GUYANA	52.3	60.0	63.2	1.9	1.1	67.7
MEXICO	50.8	62.9	68.8	3.0	2.0	72.0
PANAMA	55.3	66.3	72.1	2.8	1.9	73.5
PERU	43.9	55.5	61.4	2.9	2.0	67.9
REP. DOMINICANA	46.0	59.9	65.9	3.5	2.0	69.7
SURINAME	56.0	64.0	68.8	2.0	1.6	72.1
TRINIDAD Y TABAGO	58.2	65.7	70.1	1.9	1.5	73.1
VENEZUELA	55.2	66.2	69.7	2.8	1.1	71.3
GRUPO IV						
ARGENTINA	62.7	67.3	70.6	1.1	1.1	72.3
BAHAMAS	59.8	66.6	71.1	1.7	1.5	73.9
BARBADOS	57.2	69.4	74.6	3.1	1.7	76.8
CUBA	59.5	71.0	75.2	2.9	1.4	76.3
CHILE	53.8	63.6	71.5	2.5	2.6	72.7
GUADALUPE	56.5	67.8	73.6	2.8	1.9	75.9
JAMAICA	57.2	68.6	72.5	2.9	1.3	75.1
MARTINICA	56.5	69.2	75.4	3.2	2.1	77.3
PUERTO RICO	64.8	72.5	74.3	1.9	0.6	75.9
URUGUAY	66.3	68.8	72.0	0.6	1.1	73.0

Fuente: CELADE y United Nations (1992).

a/: Incluye Anguila, Antigua, Aruba, Bahamas, Islas Vírgenes Americanas y Británicas, Islas Caymán, Dominica, Grenada, Montserrat, Antillas Holandesas, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y Las Granadinas y Turcos y Caicos.

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: TASAS DE MORTALIDAD INFANTIL 1950-1955, 1970-1975, 1985-1990 Y
 PROYECCIONES AL 2000, NACIMIENTOS ANUALES 1985-1990, SEGUN PAISES
 ORDENADOS DE ACUERDO A LA ETAPA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA
 (tasas por mil)

Región y países	Tasa de mortalidad			Baja quinquenal		Tasa año 2000	Nac. anuales 1985-90	
	1950-55	1970-75	1985-90	1950-70	1970-85		Miles	Porcentaje
AMERICA LATINA	127	81	54	11.5	9.0	40	11514	
CARIBE								
Y OTROS a/ Total	124	73	52	12.8	7.0	41	203 11717	100.0
GRUPO I								
BOLIVIA	176	151	98	6.3	17.7	67	248	
HAITI	220	135	97	21.3	12.7	72	224	
Total							472	4.0
GRUPO II								
EL SALVADOR	151	99	59	13.0	13.3	36	172	
GUATEMALA	141	95	59	11.5	12.0	37	350	
HONDURAS	185	94	63	22.8	10.3	45	189	
NICARAGUA	167	100	71	16.8	9.7	42	150	
PARAGUAY	73	55	49	4.5	2.0	44	139	
Total							1000	8.5
GRUPO III								
BRASIL	135	91	63	11.0	9.3	48	3801	
COLOMBIA	123	73	40	12.5	11.0	33	802	
COSTA RICA	94	53	16	10.3	12.3	12	82	
ECUADOR	140	95	63	11.3	10.7	49	321	
GUYANA	119	79	56	10.0	7.7	39	21	
MEXICO	114	68	41	11.5	9.0	28	2400	
PANAMA	93	43	23	12.5	6.7	19	62	
PERU	159	110	88	12.3	7.3	63	636	
REP. DOMINICANA	149	94	65	13.8	9.7	46	213	
SURINAME	89	49	33	10.0	5.3	22	11	
TRINIDAD Y TABAGO	79	42	24	9.3	6.0	15	32	
VENEZUELA	106	49	36	14.3	4.3	30	519	
Total							8900	76.0
GRUPO IV								
ARGENTINA	66	49	32	4.3	5.7	25	669	
BAHAMAS	80	32	26	12.0	2.0	17	...	
BARBADOS	132	33	12	25.8	7.0	9	4	
CUBA	81	39	15	10.5	8.0	13	182	
CHILE	126	70	18	14.0	17.3	15	301	
GUADALUPE	68	42	14	6.5	9.3	11	7	
JAMAICA	85	42	17	10.8	8.3	11	57	
MARTINICA	65	35	11	7.5	8.0	9	6	
PUERTO RICO	63	25	14	9.5	3.7	12	65	
URUGUAY	57	46	24	2.8	7.3	16	54	
Total							1345	11.5

Fuente: CELADE y United Nations (1992).

a/: Incluye Anguila, Antigua, Aruba, Bahamas, Islas Vírgenes Americanas y Británicas, Islas Caymán, Dominica, Grenada, Montserrat, Antillas Holandesas, San Cristóbal y Nieves, Santa Lucía, San Vicente y Las Granadinas y Turcos y Caicos.

AMERICA LATINA Y EL CARIBE: DISTRIBUCION RELATIVA DE LA POBLACION EN PAISES AGRUPADOS SEGUN
LA ETAPA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA, POR GRANDES GRUPOS DE EDADES. 1950-2000

Región y países	1950			1990			2000		
	<15	15-64	65 y más	<15	15-64	65 y más	<15	15-64	65 y más
América Latina	40.4	56.1	3.5	35.8	59.5	4.7	31.7	62.9	5.4
Caribe y otros	39.5	55.9	4.6	31.2	62.3	6.5	30.2	63.0	6.8
Grupo I									
Bolivia	42.0	54.9	3.1	41.4	55.0	3.6	38.1	57.7	4.2
Haití	36.8	58.0	5.2	40.2	55.7	4.1	39.9	56.3	3.8
Grupo II									
El Salvador	42.8	54.2	3.1	43.5	52.7	3.8	38.9	56.7	4.4
Guatemala	44.1	53.4	2.6	45.4	51.4	3.2	42.9	53.3	3.7
Honduras	44.7	53.4	1.9	44.6	52.2	3.3	41.2	55.4	3.5
Nicaragua	44.0	53.0	3.0	47.9	49.1	3.0	43.6	53.2	3.2
Paraguay	42.9	53.9	3.2	40.4	56.1	3.6	38.3	58.2	3.6
Grupo III									
Brasil	42.0	55.5	2.5	34.7	60.7	4.7	29.1	65.3	5.6
Colombia	42.7	53.7	3.7	35.3	60.5	4.2	30.4	64.9	4.7
Costa Rica	43.3	52.9	3.7	36.5	59.3	4.2	33.1	61.8	5.1
Ecuador	41.9	53.5	4.6	39.3	56.9	3.8	34.8	61.0	4.2
Guyana	48.4	48.3	3.3	33.4	62.8	3.8	29.3	66.4	4.3
México	43.0	52.8	4.2	38.0	58.3	3.7	33.8	61.7	4.5
Panamá	41.0	55.1	3.9	35.0	60.3	4.8	31.5	63.1	5.4
Perú	41.6	55.0	3.5	37.6	58.6	3.8	33.6	61.8	4.6
Rep. Dominicana	44.5	52.3	3.2	37.9	58.7	3.4	33.9	61.9	4.3
Suriname	47.5	48.4	4.1	34.0	61.8	4.2	30.9	64.0	5.1
Trinidad y Tabago	43.0	53.0	4.0	34.0	60.5	5.5	30.5	64.0	5.5
Venezuela	43.6	54.6	1.8	37.2	59.1	3.7	32.4	63.1	4.5
Grupo IV									
Argentina	30.5	65.3	4.2	29.9	61.0	9.1	27.2	62.9	9.8
Barbados	38.1	55.2	6.7	24.5	63.7	11.8	22.2	66.7	11.1
Cuba	35.8	59.3	4.9	22.7	68.8	8.5	23.4	67.3	9.4
Chile	36.7	59.0	4.3	30.6	63.4	6.0	29.4	63.9	6.7
Guadalupe	43.1	51.8	5.1	27.0	64.1	8.9	27.4	62.8	9.8
Jamaica	41.7	54.0	4.3	33.2	60.2	6.6	28.6	65.0	6.4
Martinica	42.4	53.1	4.5	24.1	65.9	10.0	25.3	63.4	11.3
Puerto Rico	42.8	52.0	5.2	26.0	63.5	10.5	24.6	64.3	11.1
Uruguay	27.9	63.9	8.2	25.8	62.6	11.6	23.9	63.5	12.7

Fuente: CELADE y United Nations (1991).

A-8
 AMERICA LATINA Y EL CARIBE: TASAS DE CRECIMIENTO MEDIO ANUAL EN PAISES AGRUPADOS SEGUN
 LA ETAPA DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA, POR GRANDES GRUPOS DE EDADES. 1960-2000
 (tasas por cien)

Región y países	1960-1970				1970-1980				1980-1990				1990-2000						
	<15		15-64		65 y más		<15		15-64		65 y más		<15		15-64		65 y más		
	2.7	1.3	2.7	1.5	2.7	1.5	3.5	3.3	1.7	2.9	3.3	3.3	1.1	2.6	1.8	3.0	2.3	3.1	
América Latina	2.7	1.3	2.7	1.5	2.7	1.5	3.5	3.3	1.7	2.9	3.3	3.3	1.1	2.6	1.8	3.0	2.3	3.1	
Caribe y otros	2.7	1.3	2.7	1.5	2.7	1.5	3.5	3.3	1.7	2.9	3.3	3.3	1.1	2.6	1.8	3.0	2.3	3.1	
Grupo I																			
Bolivia	2.4	2.1	2.3	1.5	2.6	1.6	2.8	1.0	2.6	2.5	2.6	1.1	2.1	2.8	3.4	1.5	2.8	3.7	
Haití	2.1	2.1	1.5	1.5	1.6	1.8	1.1	1.1	1.6	1.8	2.1	1.8	1.8	2.1	1.1	2.0	2.2	1.4	
Grupo II																			
El Salvador	3.6	3.6	3.1	3.1	4.1	4.1	4.1	4.1	2.2	2.4	3.4	3.4	0.8	1.7	3.4	3.4	1.1	2.9	3.6
Guatemala	2.8	2.8	2.8	2.8	3.5	2.8	2.8	2.8	2.8	2.8	2.8	2.8	2.8	2.9	3.9	3.9	2.3	3.2	4.4
Honduras	3.5	3.5	2.6	3.1	4.2	3.4	3.2	4.8	3.4	3.2	4.8	4.3	2.8	3.9	4.3	4.3	2.1	3.5	3.4
Nicaragua	3.3	3.3	3.1	3.1	2.2	2.9	3.2	3.1	2.9	3.2	3.1	2.8	2.8	2.6	4.4	4.4	2.5	4.2	4.1
Paraguay	2.6	2.6	3.1	3.1	3.1	1.9	3.7	3.1	1.9	3.7	3.1	3.4	2.7	3.4	3.4	3.4	2.0	3.0	2.6
Grupo III																			
Brasil	2.5	2.5	2.9	3.0	4.5	4.5	4.5	4.5	1.2	3.1	4.0	4.0	1.2	2.5	3.6	3.6	-0.3	2.2	3.3
Colombia	2.8	2.8	3.0	3.0	3.1	3.1	3.1	3.1	0.8	3.2	3.4	3.4	0.7	2.7	3.2	3.2	0.1	2.3	2.8
Costa Rica	3.1	3.1	3.6	3.6	3.3	3.3	3.3	3.3	1.1	4.0	3.9	3.9	2.2	3.1	4.5	4.5	1.3	2.7	4.1
Ecuador	3.3	3.3	3.1	3.1	2.5	2.5	2.5	2.5	2.5	3.4	2.7	2.7	1.6	3.3	3.1	3.1	0.9	2.9	3.2
Guyana	2.0	2.0	2.3	2.3	2.8	2.8	2.8	2.8	-0.8	1.9	1.8	1.8	-1.5	1.8	0.2	0.2	-0.2	1.7	2.4
México	3.4	3.4	3.1	3.1	2.3	2.3	2.3	2.3	2.4	3.4	2.4	2.4	0.8	3.4	2.8	2.8	0.8	2.5	3.9
Panamá	3.1	3.1	2.8	2.8	3.0	3.0	3.0	3.0	1.9	3.4	2.9	2.9	0.7	3.0	3.6	3.6	0.7	2.3	3.1
Perú	3.0	3.0	2.7	2.7	2.9	2.9	2.9	2.9	2.2	3.1	3.1	3.1	1.2	2.9	2.8	2.8	0.9	2.5	3.8
Rep. Dominicana	3.3	3.3	3.0	3.0	3.0	3.0	3.0	3.0	1.4	3.5	3.0	3.0	1.2	3.0	3.0	3.0	0.7	2.4	4.2
Suriname	2.7	2.7	2.4	2.4	2.0	2.0	2.0	2.0	-2.5	1.0	0.9	0.9	0.2	2.9	1.1	1.1	0.7	2.0	3.6
Trinidad y Tabago	1.2	1.2	1.5	1.5	2.4	2.4	2.4	2.4	-1.0	2.2	3.5	3.5	1.6	1.8	1.5	1.5	0.4	2.0	1.5
Venezuela	3.4	3.4	3.5	3.5	5.2	5.2	5.2	5.2	2.4	4.3	4.5	4.5	1.5	3.1	4.1	4.1	0.6	2.7	3.9
Grupo IV																			
Argentina	1.0	1.0	1.5	1.5	3.8	3.8	3.8	3.8	1.9	1.3	3.3	3.3	1.3	1.2	2.4	2.4	0.2	1.5	1.9
Barbados	0.0	0.0	0.2	0.2	2.5	2.5	2.5	2.5	-1.8	1.3	2.8	2.8	-1.7	0.9	1.4	1.4	-0.6	0.8	-0.2
Cuba	2.8	2.8	1.3	1.3	4.0	4.0	4.0	4.0	-0.3	1.9	3.4	3.4	-2.4	2.2	2.0	2.0	1.1	1.6	1.9
Chile	2.1	2.1	2.2	2.2	2.9	2.9	2.9	2.9	0.0	2.5	2.6	2.6	0.8	2.1	2.4	2.4	1.1	0.6	2.6
Guadalupe	1.4	1.4	1.6	1.6	0.9	0.9	0.9	0.9	-2.8	1.8	4.5	4.5	-1.1	1.0	2.3	2.3	0.8	0.4	1.6
Jamaica	2.5	2.5	0.1	0.1	4.0	4.0	4.0	4.0	-0.2	2.4	3.1	3.1	-0.5	2.7	1.3	1.3	-0.4	1.8	0.8
Martinica	1.2	1.2	1.5	1.5	2.9	2.9	2.9	2.9	-3.7	1.7	4.8	4.8	-1.2	0.9	2.2	2.2	1.1	0.2	1.8
Puerto Rico	0.0	0.0	2.3	2.3	3.7	3.7	3.7	3.7	0.1	2.3	3.6	3.6	-1.1	1.3	3.7	3.7	0.4	1.1	1.5
Uruguay	1.0	1.0	0.9	0.9	1.9	1.9	1.9	1.9	0.0	0.3	2.1	2.1	0.2	0.6	1.6	1.6	-0.2	0.7	1.5

Fuente: CELADE y United Nations (1991).

LAS AMERICAS: POBLACION CENSADA EN PAISES DISTINTOS AL DE
SU NACIMIENTO ALREDEDOR DE 1970 Y 1980
(en miles)

PAIS DE PRESENCIA	Censo		Nacidos en el exterior		Nacidos en países latinoamericanos y del Caribe		Nacidos en países limítrofes	
	Fecha	Población	Población	Porcentaje a/	Población	Porcentaje b/	Población	Porcentaje c/
ARGENTINA	1970	23390	2193	9.4	580	...
	1980	27947	1858	6.7	747	40.2	734	98.3
BOLIVIA	1976	4613	58	1.3	43	74.1	37	86.1
BRASIL	1970	93139	1229	1.3	72	5.9	67	93.1
	1980	118675	1111	0.9	109	9.8	86	78.9
COLOMBIA	1964	19735	74	0.4	38	51.4	31	81.6
COSTA RICA	1973	1872	46	2.5	37	80.4	27	73.0
	1984	2415	89	3.7	74	83.1	51	68.9
CUBA	1970	8569	130	1.5	32	24.6	29	90.6
CHILE	1970	8884	89	1.0	30	33.7	25	83.3
	1982	11330	84	0.7	38	45.2	30	79.0
ECUADOR	1950	3203	24	0.8	17	70.8	17	100.0
	1982	8073	75	0.9	54	72.0	41	75.9
EL SALVADOR	1971	3554	22	0.6	20	90.9	17	82.1
GUATEMALA	1973	5160	38	0.7	28	73.7	23	85.2
	1981	6054	40	0.7	30	75.0	25	83.3
HAITI	1971	4330	6	0.1	3	50.0	3	100.0
HONDURAS	1961	1885	51	2.7	47	92.2	46	97.9
MEXICO	1970	48226	191	0.4	25	13.1	7	28.0
	1980	67396	269	0.4	36	13.4	4	11.1
NICARAGUA	1971	1878	21	1.1	16	76.2	12	75.0
PANAMA	1970	1428	57	4.0	29	50.9	16	55.2
	1980	1825	48	2.6	32	66.7	16	50.0
PARAGUAY	1972	2358	80	3.4	64	80.0	61	95.3
	1982	3029	169	5.6	150	88.8	144	96.0
PERU	1972	13539	67	0.5	23	34.3	19	82.6
	1981	17005	67	0.4	24	35.8	16	66.7
R.DOMINIC.	1970	4010	32	0.8	22	68.8	20	90.9
URUGUAY	1975	2788	132	4.7	37	28.0	33	89.2
	1985	2955	103	3.5	32	31.2	32	100.0

(continúa)

A-9 (continuación)

LAS AMERICAS: POBLACION CENSADA EN PAISES DISTINTOS AL DE
SU NACIMIENTO ALREDEDOR DE 1970 Y 1980
(en miles)

PAIS DE PRESENCIA	Censo		Nacidos en el exterior		Nacidos en países latinoamericanos y del Caribe		Nacidos en países limítrofes	
	Fecha	Población	Población a/	Porcentaje	Población b/	Porcentaje	Población c/	Porcentaje
VENEZUELA	1971	10722	583	5.4	221	37.9	181	81.9
	1981	14517	1075	7.4	651	60.6	514	79.0
BARBADOS	1980	249	19	7.6	2	10.5	2	100.0
GUYANA	1980	73	6	8.2	1	16.4	1	100.0
JAMAICA	1960	1610	22	1.4	7	31.8	5	71.4
T. Y TABAGO	1970	945	61	6.5	10	16.7	8	80.0
CANADA	1971	21568
	1981	24343	3843	15.8	265	6.9
E. UNIDOS	1970	203235	9619	4.7	1725	17.9	760	44.1
	1980	226546	14080	6.2	4232	30.1	2199	52.0

Fuente: CELADE (1989) y (1992)

a/: Obtenido respecto de la población total.

b/: Obtenido respecto de la población nacida en el exterior.

c/: Obtenido respecto de la población nacida en países latinoamericanos y del Caribe.

ESTADOS UNIDOS: PROFESIONALES Y TÉCNICOS Y TOTAL DE INMIGRANTES LATINOAMERICANOS Y DEL CARIBE RESIDENTES EN LOS CENSOS DE 1970 Y 1980, SEGUN PAIS DE NACIMIENTO

PAIS DE NACIMIENTO	Profesionales y técnicos			Total	Población	
	1970	1980	Variación porcentual	1970	1980	Variación porcentual
Argentina	4882	7766	59.1	44803	68887	53.8
Brasil	2138	3474	62.5	27069	40919	51.2
Chile	1984	4045	103.9	15393	35127	128.2
Colombia	5240	8724	66.5	63538	143508	125.9
Uruguay	488	919	88.3	5092	13278	160.8
Venezuela	631	1773	181.0	11348	33281	193.3
Bolivia	999	1809	81.1	6872	14468	110.5
Ecuador	1901	3436	80.8	36663	86128	134.9
Perú	2396	4853	102.6	21663	55496	156.2
Paraguay	276	444	60.9	1792	2858	59.5
Total	20935	37243	77.9	234233	493950	110.9
MEXICO	12689	34937	175.3	759711	2199221	189.5
Costa Rica	1110	1773	59.7	16691	29639	77.6
El Salvador	686	2202	221.0	15717	94447	500.9
Guatemala	1008	2058	104.2	17356	63073	263.4
Haití	2654	5832	119.7	28026	92395	229.7
Honduras	1816	1487	-18.1	27978	39154	40.0
Nicaragua	813	1696	108.6	16125	44166	173.9
Panamá	1859	5335	187.0	20046	60740	203.0
Rep. Dominicana	1520	3373	121.9	61228	169147	176.3
Cuba	26705	42066	57.5	439048	607814	38.4
Jamaica	7283	15899	118.3	68576	196811	187.0
Trinidad y Tabago	2004	5372	168.1	20673	65907	218.8
Total	47458	87093	83.5	731464	1463293	100.1
TOTAL	81082	159273	96.4	1725408	4156464	140.9

Fuente: CELADE (1989); Martínez (1989) y Pellegrino (1991)

A-11

PROFESIONALES Y TECNICOS NACIDOS EN AMERICA LATINA Y EL CARIBE CENSADOS EN PAISES DISTINTOS AL DE SU NACIMIENTO
(Censos alrededor de 1980)

PAIS DE NACIMIENTO	Pais de Residencia y año del Censo											TOTAL
	ARGENTINA 1980	VENEZUELA 1981	BRASIL 1980	COSTA RICA 1984	BOLIVIA 1976	CHILE 1982	ECUADOR 1982	GUATEMALA 1981	PANAMA 1980	PARAGUAY 1982	URUGUAY 1975	
ARGENTINA	---	1775	2907	142	454	797	328	44	82	1007	1250	8786
PARAGUAY	4698	76	788	8	26	20	22	6	8	---	226	5878
CHILE	3629	2894	2217	267	501	---	912	56	152	143	101	10872
BOLIVIA	2602	445	1831	29	---	349	67	4	17	36	18	5398
URUGUAY	4372	740	1596	36	19	133	80	10	14	202	---	7202
BRASIL	613	261	---	19	163	151	120	16	23	374	423	2163
ECUADOR	93	944	129	39	22	112	---	17	102	---	7	1465
PERU	1753	2367	749	113	276	305	181	26	95	---	24	5889
VENEZUELA	56	---	93	60	12	24	83	9	21	---	10	368
REP. DOMINICANA	---	629	11	17	4	5	17	8	16	---	14	707
COLOMBIA	280	12994	293	217	106	153	2027	60	428	---	14	16572
HONDURAS	---	50	31	120	1	14	14	183	34	---	---	447
CUBA	---	1416	44	162	3	31	46	39	119	---	---	1860
GUATEMALA	---	43	83	184	3	10	18	---	42	---	---	383
MEXICO	83	390	112	161	25	65	83	200	100	9	10	1238
NICARAGUA	---	208	117	1069	4	13	13	194	151	---	---	1769
EL SALVADOR	---	90	40	404	2	14	32	558	112	---	---	1252
PANAMA	---	244	92	260	7	17	41	37	---	---	---	698
COSTA RICA	---	211	12	---	4	11	29	106	177	---	---	550
HAITI	---	112	12	7	1	3	6	4	4	---	---	149
TOTAL L. AMERICANOS	18179	25777	11145	3307	1632	2224	4113	1573	1693	1771	2083	73646
TOTAL EXTRANJEROS	50721	49101	63154	4723	4692	6938	8188	3121	3021	3169	5161	201989

Fuente: CELADE (1989) y Martínez (1989)

A-12

AMERICA LATINA: POBLACION TOTAL Y DENSIDAD DEMOGRAFICA POR PAISES
(1950-1990)

País	Superficie km ²	Población (miles)				Densidad demográfica (hab./km ²)					
		1950	1960	1970	1980	1950	1960	1970	1980	1990	
América Latina	19984.4	158810	209211	274538	349198	430182	7.95	10.47	13.74	17.47	21.53
Argentina	2766.9	17150	20616	23962	28237	32322	6.20	7.45	8.66	10.21	11.68
Bolivia	1098.6	2766	3428	4325	5581	7171	2.52	3.12	3.94	5.08	6.53
Brasil	8512	53444	72594	95847	121286	149042	6.28	8.53	11.26	14.25	17.51
Colombia	1139	11946	15939	21360	26525	32300	10.49	13.99	18.75	23.29	28.36
Costa Rica	51.1	862	1236	1731	2284	3034	16.87	24.19	33.87	44.70	59.37
Cuba	110.9	5850	6985	8520	9679	10608	52.75	62.98	76.83	87.28	95.65
Chile	757	6082	7614	9504	11145	13173	8.03	10.06	12.55	14.72	17.40
Ecuador	283.6	3310	4413	6051	8123	10547	11.67	15.56	21.34	28.64	37.19
El Salvador	21	1940	2570	3588	4525	5172	92.38	122.38	170.86	215.48	246.29
Guatemala	108.9	2969	3964	5246	6917	9197	27.26	36.40	48.17	63.52	84.45
Haití	27.8	3261	3804	4520	5353	6486	117.30	136.83	162.59	192.55	233.31
Honduras	112.1	1401	1935	2627	3662	5138	12.50	17.26	23.43	32.67	45.83
México	1958.2	27297	36530	50328	67046	84486	13.94	18.65	25.70	34.24	43.14
Nicaragua	130	1109	1502	2063	2802	3676	8.53	11.55	15.87	21.55	28.28
Panamá	77.1	839	1105	1487	1956	2418	10.88	14.33	19.29	25.37	31.36
Paraguay	406.8	1351	1774	2351	3147	4277	3.32	4.36	5.78	7.74	10.51
Perú	1285.2	7632	9931	13193	17295	21550	5.94	7.73	10.27	13.46	16.77
R.Dominicana	48.7	2353	3231	4423	5697	7170	48.32	66.34	90.82	116.98	147.23
Uruguay	177.4	2239	2538	2808	2914	3094	12.62	14.31	15.83	16.43	17.44
Venezuela	912.1	5009	7502	10604	15024	19321	5.49	8.22	11.63	16.47	21.18

Fuente: CELADE, sobre la base de cifras nacionales.

AMERICA LATINA (VEINTE PAISES): INDICADORES DEL GRADO Y TASA DE URBANIZACION
(Período 1930-1990)^{a/}

Países	Grado de urbanización (por cien) ^{b/}							Tasa de urbanización (por mil) ^{c/}					
	1930	1940	1950	1960	1970	1980	1990	1930- 1940	1940- 1950	1950- 1960	1960- 1970	1970- 1980	1980 1990
Argentina	57.2	60.5	65.3	72.0	78.5	83.0	85.9	5.6	7.7	9.7	8.6	5.6	3.4
Bolivia	24.5	27.0	30.0	33.5	38.2	44.7	52.4	9.8	10.5	11.0	13.2	15.7	16.0
Brasil	24.0	26.4	36.0	44.9	55.9	67.3	73.9	9.5	30.9	22.3	21.7	18.6	9.4
Colombia	24.5	30.6	38.1	48.5	57.4	64.2	69.5	22.2	21.9	24.1	16.9	11.2	7.8
Costa Rica	20.0	26.0	33.5	34.2	38.7	43.1	46.7	26.1	25.4	2.0	12.2	10.9	8.0
Cuba	51.0	53.7	56.3	58.5	60.2	68.0	74.8	5.2	4.7	3.8	2.8	12.3	9.5
Chile	49.5	52.4	59.9	68.1	75.1	81.2	84.6	5.7	13.4	12.9	9.7	7.8	4.2
Ecuador	22.0	25.0	28.5	34.4	39.6	47.1	56.3	12.9	13.0	19.0	13.8	17.5	17.9
El Salvador	28.0	31.5	35.7	37.0	39.4	43.0	46.8	11.7	12.6	3.5	6.3	8.8	8.5
Guatemala	20.0	22.0	24.5	32.5	34.4	37.2	38.1	9.5	10.8	28.3	5.6	7.9	2.3
Haití	10.0	11.3	13.0	16.0	19.7	24.5	30.6	12.2	14.1	20.9	20.9	21.6	22.4
Honduras	12.0	14.5	17.6	22.0	28.0	34.8	40.7	18.5	19.3	22.4	24.4	21.8	15.6
México	33.5	35.1	42.7	50.8	59.0	66.4	72.7	4.7	19.5	17.4	15.1	11.8	9.1
Nicaragua	25.5	30.0	35.0	39.6	47.0	51.1	55.3	16.4	15.3	12.4	17.1	8.5	7.9
Panamá	30.0	33.5	35.9	41.4	47.2	49.6	52.9	11.3	6.7	14.2	13.2	4.9	6.4
Paraguay	30.0	31.8	34.6	35.6	37.0	41.5	47.4	5.7	8.5	3.0	3.8	11.5	13.3
Perú	26.5	30.5	35.5	46.3	58.1	64.2	70.0	14.0	15.3	26.5	22.6	10.1	8.5
Rep. Dominicana	17.5	20.0	23.8	30.2	39.3	50.1	58.6	13.1	17.5	24.1	26.1	24.3	15.8
Uruguay	63.0	67.0	72.5	78.0	82.0	85.1	88.8	6.1	7.9	7.3	5.0	3.7	4.2
Venezuela	27.0	33.5	47.0	62.0	75.0	83.0	87.5	21.5	33.9	27.7	19.0	10.1	5.3
América Latina	32.0	34.7	41.6	49.4	57.7	65.6	71.2	8.3	18.1	17.1	15.5	12.9	8.1

Fuente: Villa (1992).

^{a/} Población "urbana" definida con arreglo a los criterios empleados por los organismos nacionales de estadística. Las estimaciones anteriores a 1950 tienen un carácter aproximado y las cifras de 1990 (salvo por el caso de Venezuela) corresponden a las proyectadas por CELADE.

^{b/} Expresado por el porcentaje de la población total que habita en localidades definidas como "urbanas" por los organismos nacionales de estadística.

^{c/} Tasa media anual de crecimiento del grado de urbanización (porcentaje urbano); su valor es idéntico a la diferencia entre las tasas de crecimiento (calculadas según la forma exponencial) de la población urbana y total.

AMERICA LATINA: ESTIMACION DE LOS COMPONENTES DEL CRECIMIENTO DE LA POBLACION URBANA Y DE LA URBANIZACION a/ (Períodos intercensales)b/

Países	Porcentaje del crecimiento de la población urbana imputable a (según períodos):						Contribución proporcional de la TNRU a la urbanización (según períodos) <u>d/</u>		
	Incremento natural			TNRU <u>c/</u>			(1)	(2)	(3)
	(1)	(2)	(3)	(1)	(2)	(3)	(1)	(2)	(3)
Argentina	35.5	45.0	-	64.5	55.0	-	1.500	1.833	-
Brasil	50.4	55.1	50.8	49.6	44.9	49.2	1.101	1.124	1.113
Colombia	63.4	-	69.4	36.6	-	30.6	0.958	-	1.220
Costa Rica	-	-	64.1	-	-	35.9	-	-	1.052
Cuba	-	-	39.2	-	-	60.8	-	-	1.172
Chile	63.4	62.6	70.5	36.6	37.4	29.5	1.015	0.963	1.072
Ecuador	62.4	70.4	50.1	37.6	29.6	49.9	0.918	1.119	1.112
El Salvador	76.9	77.9	-	23.1	22.1	-	1.470	*	-
Guatemala	-	66.1	-	-	33.9	-	-	1.652	-
Honduras	-	-	55.9	-	-	44.1	-	-	1.282
México	-	68.3	69.5	-	31.7	30.5	-	1.023	1.116
Nicaragua	69.7	-	-	30.3	-	-	1.022	-	-
Panamá	68.8	59.8	70.3	31.2	40.2	29.7	1.698	1.237	-
Paraguay	-	65.1	49.3	-	34.9	50.7	-	*	1.460
Perú	-	58.4	66.2	-	41.6	33.8	-	0.986	1.251
Rep. Dominicana	56.5	51.8	-	43.5	48.2	-	1.081	0.966	-
Uruguay	-	92.7	55.2	-	7.3	44.8	-	*	0.966
Venezuela	63.3	72.7	72.1	36.7	27.8	27.9	1.021	1.006	1.140
Promedio de las estimaciones <u>e/</u>	(10) 61.0	(13) 65.0	(13) 60.2	(10) 39.0	(13) 35.0	(13) 39.8	(10) 1.178	(10) 1.191	(12) 1.163

Fuente: Villa (1992).

a/ Estimación indirecta de la transferencia neta rural-urbana mediante el uso de relaciones de supervivencia censales; el aporte del incremento natural se obtiene de modo residual. Cuando se carece de la información censal completa apropiada se usa el símbolo -.

b/ Los períodos intercensales identificados, según países, son los siguientes:

- (1) Años cincuenta: Argentina (1947-60); Brasil (1950-60); Colombia (1951-64); Chile (1952-60); Ecuador (1950-62); El Salvador (1950-61); Nicaragua (1950-63); Panamá (1950-60); Rep. Dominicana (1950-60); Venezuela (1950-61).

- (2) Años sesenta: Argentina (1960-70); Brasil (1960-70); Chile (1960-70); Ecuador (1962-74); El Salvador (1961-71); Guatemala (1964-73); México (1960-70); Panamá (1960-70); Paraguay (1962-72); Perú (1960-72); Rep. Dominicana (1960-70); Uruguay (1963-75); Venezuela (1961-71).

- (3) Años setenta: Brasil (1970-80); Colombia (1973-85); Costa Rica (1973-84); Cuba (1970-81); Chile (1970-82); Ecuador (1974-82); Honduras (1974-88); México (1970-80); Panamá (1970-80); Paraguay (1972-82); Perú (1972-81); Uruguay (1975-85); Venezuela (1971-81).

c/ La transferencia neta rural urbana (TNRU) incluye los efectos de la migración neta entre localidades rurales y urbanas y de la reclasificación de las mismas.

d/ Corresponde al cociente entre la tasa media anual de transferencia neta rural-urbana y la tasa de urbanización. El signo * indica que la tasa de urbanización es inferior al 5 por mil, lo que supone una base inestable para el cálculo de la contribución proporcional de la TNRU a la urbanización.

e/ Promedio simple de cada período.

GRUPOS POBLACIONALES Y REQUERIMIENTOS EN LOS PRINCIPALES SECTORES SOCIALES NECESARIOS PARA ENFRENTAR EL CRECIMIENTO POBLACIONAL SEGUN ESTADO DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA (en miles).
(PAISES SELECCIONADOS)

HAITI			
GRUPOS POBLACIONALES	1990	1995	2000
PEA TOTAL (15 años y más)	2988	3294	3648
PEA JOVEN (15-34 años)	1657	1820	1988
PEA FEMENINA	1485	1623	1781
PASIVOS _a /	177	198	225
REQUERIMIENTOS			
MEDICOS _b /	1	1.1	1.2
MEDICOS MEJORANDO RELACION _c /	1	1.3	1.6
CAMAS DE HOSPITAL _d /	5.5	6.0	6.6
PARTOS ATENDIDOS POR PERSONAL CALIFICADO _e /	85	90	94
DEFUNCIONES MENORES DE 15 AÑOS _f /	165	157	148
DEFUNCIONES DEL GRUPO 15-59 _f /	115	118	121
DEFUNCIONES DE 60 AÑOS Y MAS _f /	125	130	137
MATRICULAS EN PRIMARIA _g /	891	996	1100
MATRICULAS EN SECUNDARIA _h /	168	183	206
MAESTROS EN PRIMARIA _i /	34.3	38.3	42.3
MAESTROS EN SECUNDARIA _i /	6.6	7.2	8.1
VIVIENDAS _k /	1227	1349	1479
POBLACION CON AGUA POTABLE _l /	2719	2988	3276
POBLACION CON EXCUSADO _m /	1436	1578	1730

Fuente: CELADE (1991).

- a/ Los pasivos se definen como población en edad de retiro (60 años y más) que no están en la PEA.
- b/ Se supone constante una relación de 1.53 médicos por cada 10 mil habitantes.
- c/ Se supone que la relación de médicos por habitante sube a 1.82 por cada 10 mil habitantes en 1995 y llega a 2.04 por cada 10 mil habitantes en el 2000.
- d/ Se supone constante una relación de 8.5 camas de hospital por cada 10 mil habitantes.
- e/ Se supone constante una cobertura del 40 por ciento.
- f/ Las cifras son defunciones proyectadas para los quinquenios 1985-1990 (bajo año 1990), 1990-1995 (bajo año 1995) y 1995-2000 (bajo año 2000).
- g/ Se supone constante una Tasa Bruta de Matrícula (denominador = Población 6-11 años) de 89.5 por ciento.
- h/ Se supone constante una Tasa Bruta de Matrícula (denominador = Población 12-17 años) de 19.2 por ciento.
- i/ Se supone constante una relación de 26 alumnos por maestro.
- j/ Se supone constante una relación de 25.5 alumnos por maestro.
- k/ Se supone constante un promedio de 5.3 personas por vivienda a nivel nacional.
- l/ Incluye población con conexiones y fácil acceso. Se mantiene constante una cobertura de 41.8 por ciento.
- m/ Incluye conexiones a las cloacas y pozos sépticos. Se mantiene constante una cobertura de 22.07 por ciento.

GRUPOS POBLACIONALES Y REQUERIMIENTOS EN LOS PRINCIPALES SECTORES SOCIALES NECESARIOS PARA ENFRENTAR EL CRECIMIENTO POBLACIONAL SEGUN ESTADO DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA (en miles).
(PAISES SELECCIONADOS)

EL SALVADOR			
GRUPOS POBLACIONALES	1990	1995	2000
PEA TOTAL (15 años y más)	1639	1931	2259
PEA JOVEN (15-34 años)	975	1186	1410
PEA FEMENINA	450	554	671
PASIVOS _{a/}	169	204	244
MEDICOS _{b/}	3.4	3.8	4.4
MEDICOS MEJORANDO RELACION _{c/}	3.4	4.0	4.7
CAMAS DE HOSPITAL _{d/}	7.9	8.9	10.1
PARTOS ATENDIDOS POR PERSONAL CALIFICADO _{e/}	64	71	78
DEFUNCIONES MENORES DE 15 AÑOS _{f/}	82	67	65
DEFUNCIONES DEL GRUPO 15-59 _{f/}	67	56	58
DEFUNCIONES DE 60 AÑOS Y MAS _{f/}	58	64	75
MATRICULAS EN PRIMARIA _{g/}	1008	1062	1195
MATRICULAS EN SECUNDARIA _{h/}	102	109	115
MAESTROS EN PRIMARIA _{i/}	22.4	23.6	26.5
MAESTROS EN SECUNDARIA _{i/}	4.4	4.7	5.0
VIVIENDAS _{k/}	972	1101	1248
POBLACION CON AGUA POTABLE _{l/}	2140	2422	2746
POBLACION CON EXCUSADO _{m/}	3177	3596	4077

Fuente: CELADE (1991).

- a/ Los pasivos se definen como población en edad de retiro (60 años y más) que no están en la PEA.
- b/ Se supone constante una relación de 6.47 médicos por cada 10 mil habitantes.
- c/ Se supone que la relación de médicos por habitante sube a 6.73 por cada 10 mil habitantes en 1995 y llega a 6.97 por cada 10 mil habitantes en el 2000.
- d/ Se supone constante una relación de 15 camas de hospital por cada 10 mil habitantes.
- e/ Se supone constante una cobertura del 35.2 por ciento.
- f/ Las cifras son defunciones proyectadas para los quinquenios 1985-1990 (bajo año 1990), 1990-1995 (bajo año 1995) y 1995-2000 (bajo año 2000).
- g/ Se supone constante una Tasa Bruta de Matrícula (denominador = Población 6-11 años) de 111 por ciento.
- h/ Se supone constante una Tasa Bruta de Matrícula (denominador = Población 12-17 años) de 12.4 por ciento.
- i/ Se supone constante una relación de 45 alumnos por maestro.
- j/ Se supone constante una relación de 23.2 alumnos por maestro.
- k/ Se supone constante un promedio de 5.4 personas por vivienda a nivel nacional.
- l/ Incluye población con conexiones y fácil acceso. Se mantiene constante una cobertura de 40.75 por ciento.
- m/ Incluye conexiones a las cloacas y pozos sépticos. Se mantiene constante una cobertura de 60.5 por ciento.

GRUPOS POBLACIONALES Y REQUERIMIENTOS EN LOS PRINCIPALES SECTORES SOCIALES NECESARIOS PARA ENFRENTAR EL CRECIMIENTO POBLACIONAL SEGUN ESTADO DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA (en miles).
(PAISES SELECCIONADOS)

MEXICO			
GRUPOS POBLACIONALES	1990	1995	2000
PEA TOTAL (15 años y más)	27739	32447	37213
PEA JOVEN (15-34 años)	16804	19173	21031
PEA FEMENINA	6241	7448	8693
PASIVOS ^{a/}	4262	5117	6179
REQUERIMIENTOS			
MEDICOS ^{b/}	86	95	104
CAMAS DE HOSPITAL ^{c/}	85	94	103
PARTOS ATENDIDOS POR PERSONAL CALIFICADO ^{d/}	2291	2336	2340
DEFUNCIONES MENORES DE 15 AÑOS ^{e/}	710	611	523
DEFUNCIONES DEL GRUPO 15-59 ^{e/}	758	797	839
DEFUNCIONES DE 60 AÑOS Y MAS ^{e/}	950	1097	1271
MATRICULAS EN PRIMARIA ^{f/}	15196	15967	16480
MATRICULAS EN SECUNDARIA ^{g/}	4436	4395	4654
MAESTROS EN PRIMARIA ^{h/}	447	470	485
MAESTROS EN SECUNDARIA ^{i/}	233	231	245
VIVIENDAS ^{j/}	15252	16861	18457
POBLACION CON AGUA POTABLE ^{k/}	60875	67312	73679
POBLACION CON EXCUSADO ^{l/}	40029	44262	48448

Fuente: CELADE (1991).

- ^{a/} Los pasivos se definen como población en edad de retiro (60 años y más) que no están en la PEA.
- ^{b/} Se supone constante una relación de 9.7 médicos por cada 10 mil habitantes.
- ^{c/} Se supone constante una relación de 9.6 camas de hospital por cada 10 mil habitantes.
- ^{d/} Se supone constante una cobertura del 94 por ciento.
- ^{e/} Las cifras son defunciones proyectadas para los quinquenios 1985-1990 (bajo año 1990), 1990-1995 (bajo año 1995) y 1995-2000 (bajo año 2000).
- ^{f/} Se supone constante una Tasa Bruta de Matrícula (denominador = Población 6-11 años) de 117.57 por ciento.
- ^{g/} Se supone constante una Tasa Bruta de Matrícula (denominador = Población 12-17 años) de 34.84 por ciento.
- ^{h/} Se supone constante una relación de 34 alumnos por maestro.
- ^{i/} Se supone constante una relación de 19 alumnos por maestro.
- ^{j/} Se supone constante un promedio de 5.81 personas por vivienda a nivel nacional.
- ^{k/} Incluye población con conexiones y fácil acceso. Se mantiene constante una cobertura de 68.7 por ciento.
- ^{l/} Incluye conexiones a las cloacas y pozos sépticos. Se mantiene constante una cobertura de 45.18 por ciento.

GRUPOS POBLACIONALES Y REQUERIMIENTOS EN LOS PRINCIPALES SECTORES SOCIALES NECESARIOS PARA ENFRENTAR EL CRECIMIENTO POBLACIONAL SEGUN ESTADO DE LA TRANSICION DEMOGRAFICA (en miles).
(PAISES SELECCIONADOS)

URUGUAY			
GRUPOS POBLACIONALES	1990	1995	2000
PEA TOTAL (15 años y más)	1355	1423	1487
PEA JOVEN (15-34 años)	637	666	693
PEA FEMENINA	526	556	580
PASIVOS _{a/}	411	435	451
REQUERIMIENTOS			
MEDICOS _{b/}	5.9	6.1	6.3
CAMAS DE HOSPITAL _{c/}	14.2	14.6	15.1
PARTOS ATENDIDOS POR PERSONAL CALIFICADO _{d/}	52	52	52
DEFUNCIONES MENORES DE 15 AÑOS _{e/}	8	7	6
DEFUNCIONES DEL GRUPO 15-59 _{e/}	29	28	28
DEFUNCIONES DE 60 AÑOS Y MAS _{e/}	108	119	128
MATRICULAS EN PRIMARIA _{f/}	303	292	294
MATRICULAS EN SECUNDARIA _{g/}	236	233	223
MAESTROS EN PRIMARIA _{h/}	14.4	13.9	14
MESTROS EN SECUNDARIA _{i/}	23.6	23.3	22.3
VIVIENDAS _{j/}	910	940	963
POBLACION CON AGUA POTABLE _{k/}	2628	2705	2781
POBLACION CON EXCUSADO _{l/}	1869	1924	1978

Fuente: CELADE (1991).

a/ Los pasivos se definen como población en edad de retiro (60 años y más) que no están en la PEA.

b/ Se supone constante una relación de 19.07 médicos por cada 10 mil habitantes.

c/ Se supone constante una relación de 45.9 camas de hospital por cada 10 mil habitantes.

d/ Se supone constante una cobertura del 96.3 por ciento.

e/ Las cifras son defunciones proyectadas para los quinquenios 1985-1990 (bajo año 1990), 1990-1995 (bajo año 1995) y 1995-2000 (bajo año 2000).

f/ Se supone constante una Tasa Bruta de Matrícula (denominador = Población 6-11 años) de 94.7 por ciento.

g/ Se supone constante una Tasa Bruta de Matrícula (denominador = Población 12-17 años) de 71.95 por ciento.

h/ Se supone constante una relación de 21 alumnos por maestro.

i/ Se supone constante una relación de 10 alumnos por maestro.

j/ Se supone constante un promedio de 3.4 personas por vivienda a nivel nacional.

k/ Incluye población con conexiones y fácil acceso. Se mantiene constante una cobertura de 81.9 por ciento.

l/ Incluye conexiones a las cloacas y pozos sépticos. Se mantiene constante una cobertura de 60.4 por ciento.

REQUERIMIENTOS Y GRUPOS POBLACIONALES EN ALGUNOS SECTORES SOCIALES NECESARIOS PARA ENFRENTAR EL CRECIMIENTO POBLACIONAL SEGUN URBANIZACION, PAISES SELECCIONADOS 1990-2000 (en miles).^{a/}

REQUERIMIENTOS	HAITI		MEXICO		URUGUAY	
	1990	2000	1990	2000	1990	2000
VIVIENDAS URBANAS ^{b/}	426	647	11261	14586	833	904
VIVIENDAS RURALES ^{b/}	1024	1128	3991	3926	99	83
PEA URBANA	884	1340	21228	30380	1085	1240
PEA RURAL	2330	2540	7068	7368	154	130

Fuente: CELADE (1991).

^{a/} Se mantienen constantes las coberturas o relaciones de personas sobre recursos existentes en torno a 1990. En el caso de vivienda la relación utilizada proviene del último Censo de Población.

^{b/} Para Uruguay y Haití las cifras se refieren a hogares.

